



**CASASECA**



**La carne  
de Eva**

**Click**  
EDICIONES

# Índice

[Portada](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Capítulo I](#)  
[Capítulo II](#)  
[Capítulo III](#)  
[Capítulo IV](#)  
[Capítulo V](#)  
[Capítulo VI](#)  
[Capítulo VII](#)  
[Capítulo VIII](#)  
[Capítulo IX](#)  
[Capítulo X](#)  
[Capítulo XI](#)  
[Capítulo XII](#)  
[Capítulo XIII](#)  
[Capítulo XIV](#)  
[Créditos](#)  
[Biografía](#)  
[Click](#)

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*A todas las mujeres de mi vida*

## I

—Oye, Luis, ¿cuándo llegaron los negros?

—Pues no sé..., hace cien años.

—¿En 1827? Hace cien años era esa fecha.

—Sí..., bueno. He dicho cien años por decir algo; quizás no sean tantos.

Luis y Felipe caminan por las vías del tren. Los dos intentan mantener el equilibrio sobre uno de los raíles mientras avanzan hacia el depósito del agua.

—¿Y por qué vinieron los negros a este pueblo, Luis?

—Por las minas, para sacar el carbón.

A Felipe le gusta poseer animalitos a los que llamar suyos, pero como su familia no puede permitirse alimentar un perro, que es lo que a él más le gustaría, Quina es su mascota. Quina es una lagartija y vive en el bolsillo del único pantalón que tiene su dueño.

—Luis.

—¿Qué?

—Nada.

Luis y Felipe se dirigen, como casi todas las mañanas, a buscar renacuajos al charco que se forma bajo el vetusto depósito donde se almacenaba el agua con que alimentaban las máquinas de los viejos trenes. Luego los usarán como cebo para intentar pescar algo que comer. La pesca es el recurso del que echa mano Luis los días que no consigue que le den trabajo.

—Oye, Luis, ¿y vinieron muchos?

—Sí, muchos.

Luis, distraídamente, caza una mosca que se había posado en su brazo de un manotazo y se la da a Felipe. Este, con la mosca sujeta entre la punta de los dedos, llama a la puerta de su bolsillo. Quina asoma su cabecita y toma la mosca con sus diminutas fauces de los dedos de su dueño.

—Oye, Luis, si eran tantos los negros, ¿dónde dormían?

—Pues en camas.

Los niños están arrodillados, en silencio, junto al charco que se forma bajo el depósito. Luis, paciente como solo él sabe serlo, espera el momento preciso para sumergir la lata vacía que sujeta en suspenso cerca de la modesta ribera. La lata, a la que los hermanos han agujereado el fondo, ha de ser introducida en las quietas aguas con extrema rapidez, para así sorprender y atrapar el mayor número de renacuajos posible.

Quina, que ha abandonado la protección que el bolsillo de Felipe le ofrecía, se ha dedicado a escalar por la espalda de este con nerviosos movimientos, marcha irregular y desechando siempre, como con fastidio, la aburrida línea recta, hasta llegar al promontorio que para ella

representa el hombro de Felipe. Desde allí, imitando a su dueño, se dedica a observar a Luis.

El muchacho, que ya ha realizado la operación con relativo éxito, pues ha conseguido apresar más de diez renacuajos de una sola pasada, le entrega la chorreante lata a su hermano y luego se sacude el agua que ya le escurre por el codo dándose palmadas en la pernera del pantalón. Con maneras de cirujano, Felipe se dedica a recoger uno por uno los renacuajos del oxidado envase, que se ha quedado sin agua con rapidez, no sin antes pararse a apreciar sus palpitantes agallas coloradas e inútiles al contacto con el aire, y a depositarlos en un tarro de vidrio que previamente ha llenado en el charco y que luego se colgará al cuello con un manoseado cordel.

—Luis.

—¿Qué?

—Yo me refería a las casas.

—¿Qué casas?

—Las casas en las que estaban las camas de los negros.

Felipe y Luis son hermanos. Felipe tiene seis años; él es el encargado de cebar el anzuelo. Luis, de once, es el que sujeta el flexible palo de higuera que usan para atar el sedal. Juntos, abandonando las vías que les han servido de senda, bajando por lindes y pistas, han llegado hasta el remanso que forma el río bajo el puente del camino. Siguiendo por ese mismo camino, se puede llegar hasta el huerto de su tía Ascensión, pero ellos nunca se alejan más allá de donde ahora se encuentran cuando van de pesca.

—Luis, dime lo de las casas.

—No estaban en casas. Y ahora cállate, que no van a picar.

El menor de los hermanos se entretiene mirando cómo los renacuajos chocan entre sí dentro del reducido espacio en el que nadan. Mientras tanto, Luis, que se ha sentado junto a la orilla, fija la mirada en el pedazo de corcho que hace de flotador y espera.

Las verdes y largas hierbas sobre las que reposan los acogen con la modestia del buen anfitrión. El aire, humilde como siempre en su disfraz de invisibilidad, se dedica a llenar sus pulmones generosamente sin pedir nada a cambio. El sol, que antes del mediodía ya será intolerable, encuentra la piel de los muchachos con facilidad entre su escasa ropa. Y la espera, que es callada y sigilosa y que esta mañana, como otras tantas, tiene algo de modorra estival, de zumbido de moscardón y de falsa quietud, se extiende sin medida por entre las rendijas que el tiempo deja abiertas.

Con la irreverencia de los que no echan cuentas a la hora de decidirse a acabar con los momentos solemnes que otros están disfrutando, el corcho se hunde un poco en el agua con un ruidito que en algo recuerda a un solista interpretando una partitura equivocada, pero enseguida, arrepentido, vuelve mansamente a la superficie.

Luis, sin sorpresa, tira del sedal solo para corroborar que el renacuajo ha desaparecido.

—Cebo.

Procurando que su hermano no lo note, Felipe se demora en cebar el anzuelo más de lo que acostumbra para así disponer de un poco más de tiempo para hablar. Los hermanos susurran.

—Luis, si no había casas, ¿dónde estaban las camas de los negros?

—En un barracón, al lado de la mina. Cerca de donde tiene el huerto la tía Ascensión, por ahí

arriba.

El anzuelo, que al caer sobre el río ha puesto punto final a la desganada oratoria del hermano mayor, vuelve a estar dentro del agua. El irreal silencio, o más bien la falta de conversación, ensancha de nuevo el tiempo hasta el mismo límite de la paciencia de Felipe, Quina se asolea con la cabeza levantada sobre la espalda de su dueño y Luis aguza la vista para intentar descubrir un pez bajo las limosas aguas.

El corcho desaparece de nuevo, pero esta vez lo hace de una manera brusca y no vuelve enseguida a la superficie como la vez anterior. Y cuando lo hace, ni siquiera es en el mismo sitio, sino unos cuantos metros más allá de donde se encontraba antes de desaparecer.

Luis decide esperar, porque aún no sabe contra qué clase de enemigo tendrá que medirse. El sedal está tenso. El joven pescador tira un poco para comprobar la resistencia del pez, y el sedal se tensa aún más. Es grande. Luis suelta hilo despacio mientras cambia de postura, y la rama de higuera vibra. Ahora el muchacho tiene una rodilla hincada en la orilla y está preparado para lo que venga. Felipe, rígido, hipnotizado por la situación, mira cómo la espalda de su hermano se tensiona y endurece.

Sin transición, un zigzag en el agua, a unos palmos de la orilla opuesta, indica al pescador que el combate ha dado comienzo. A Felipe le está pareciendo que su hermano está soltando demasiado hilo. Luis sabe que así es. Sin esperanza, como sabiendo de antemano cómo terminará todo, comienza a recogerlo con cuidado... Pero ya es demasiado tarde. Un segundo después, el sedal, envuelto en un elástico silbido, salta por encima de sus cabezas convertido en un efímero muelle: el hilo se ha roto y el pez se ha llevado el anzuelo consigo.

—¡El anzuelo!

—No importa, todavía me quedan.

Pero sí importa. Importa porque Luis construye sus anzuelos aplastando entre dos piedras los barrotes de una jaula de perdigones que le robó al trampero del pueblo. La jaula, que encontró en el campo junto a una invisible red, tenía el reclamo dentro cuando Luis se la llevó, aprovechando que el trampero se aliviaba de aguas mayores tras unas zarzas. Su madre guisó el perdigón y, entre los tres, se lo comieron. Luego, Luis la escondió cerca de la casa. A la jaula le quedan solo tres barrotes.

El pequeño, que se ha creído a pies juntillas la mentira piadosa de su hermano, vuelve a la carga con el tema que hoy, no se sabe muy bien por qué, se trae entre manos. Además, como la pesca no se va a reanudar, puede hablar a plena voz y dejar de cuchichear.

—¿Qué es un barracón?

—Es como un pajar, pero con camas. Un pajar muy grande con muchas camas, ¿entiendes?

—Sí.

La imaginación del pequeño echa a volar y sus ojos, que ya no miran lo que tienen delante, se abren para poder asomarse al enorme pajar repleto de camas que su cerebro ha creado de la nada. Mira dentro, se pasea por él y vuelve a la realidad con una sonrisa pintada en la cara.

—¿Luis?

—¿Qué?

—¿Cebo el puesto?

—Sí.

—¿Puedo darle uno a Quina?

—Ya sabes que no le gustan.

—Es verdad.

Al dar por finalizada la pesca, Felipe echa al agua todos los renacuajos que sobran para así acostumbrar a los peces. A eso, los hermanos lo llaman *cebar el puesto*.

\*\*\*

—¿Luis?

—¿Qué?

—¿Cuándo se marcharon los negros?

Luis está contrariado por la pérdida del anzuelo; también molesto por no haber pescado nada para la comida. Además, para terminar de empeorar su malhumor, la tía Ascensión, que se los ha encontrado cuando regresaba del huerto, les ha regalado un calabacín mediano y un huevo a cada uno por, según les ha querido hacer creer ella, haberla ayudado con el acarreo. Luis no soporta la caridad; le hace sentirse un mendigo. Que le hagan sentirse un pordiosero es, sin lugar a dudas, la cosa de este mundo que más desagrada al muchacho.

—No se fueron.

—¿No se fueron?! ¿Y dónde están ahora?, ¿escondidos?

Cuando lleguen a casa con las viandas, su madre hará tortilla de calabacín. El día anterior preparó un barbo mediano que Luis pescó por la mañana, junto con unas patatillas llenas de raíces que alguien con más posibles desechó junto al camino. Y dos días atrás, unas gachas con el pan duro que le dieron a Felipe en el almacén del pueblo y con dos cuartillos de leche con que le pagaron a él por limpiar las pocilgas del mercado. Eso hacía tres días seguidos comiendo los tres.

—No se fueron porque los echaron.

—¿Los echaron?, ¿y por qué los echaron?

—De eso ya te enterarás tú solito.

Cuando la comida escasea, que es casi siempre, Margarita, la madre de los niños, y Luis se turnan para ayunar. Felipe no. Felipe es demasiado pequeño, demasiado débil. Nació muy hermoso, pero enseguida, a los pocos meses, poco después de dejar de tomar el pecho, se vino abajo sin remedio. Sus quebradizas piernas no tuvieron fuerzas para sostenerlo hasta que hubo cumplido los dos años. Luis, en cambio, es fuerte. Fuerte y orgulloso como Margarita y, como ella, puede aguantar un día entero, incluso dos, sin comer nada.

—¿Luis?

—¿Qué?

—¿Se fueron sin enfadarse?, ¿ni protestaron ni nada?

—Al principio sí protestaron. Bueno, más que ellos, los dueños de la mina.

La tía Ascensión, la del huerto, vive todavía con su padre, don Alonso. Su madre murió al nacer Margarita. Don Alonso le ha prometido a su hija Ascensión que el huerto que atiende y la cabaña que hay a su vera serán para ella si no se casa antes de haber muerto él. Ascensión y



Margarita tienen un hermano mayor. El tío Juan —le llamaron así por haber nacido el día de ese santo— ha heredado el oficio de carpintero de su padre. Es un buen ebanista y en su taller, el mismo que regentara su padre y antes de él su abuelo, nunca falta el trabajo. Juan está de acuerdo en que la cabaña y el huerto sean para Ascensión.

—¿Y luego ya no, Luis?

—No, luego ya no.

—¿Por qué, Luis?

—Porque mataron a uno y los demás cogieron miedo. Por eso.

A Margarita nadie le pregunta lo que piensa. La opinión de Margarita, por supuesto, no cuenta para nada.

—¿Mataron a uno de los negros?

—Sí

—¿Por protestar?

—No, no fue por eso.

Si Margarita hubiese recibido el nombre de la santa del día en que nació, al igual que sus hermanos, se habría llamado Carmen. Carmen es un nombre muy bonito. La clase de nombre que llevaría una gran dama, alguien de clase y con posibles.

Quizás por eso don Alonso se negó a ponérselo, porque pensó que no sería apropiado para la hija de un minero negro.

## II

Juan y Esteban transportan un tablón. Lo hacen despacio, como siempre. Juan, consciente de la incapacidad de su amigo, aminora el paso para adecuarlo al de este.

Esteban parece preocupado. Tiene que hablar con Juan, pero no sabe por dónde empezar. Lleva días en busca de una fórmula que le dé el valor necesario para hacerlo, sin conseguirlo. Y ahora que el tiempo apremia, que sabe que de hoy no puede pasar y que no encontrará esa confianza que siempre le ha faltado para hablar con su único amigo, decide improvisar en un arranque de osadía, igual que lo haría un niño pequeño ante un adulto.

—Juan, ¿puedo hablar contigo? Es de Margarita.

Juan detiene por completo la marcha. Por un momento da la impresión de que fuese a mirar a los ojos a Esteban, pero, en lugar de eso, los dirige a la mesa de carpintero que está en el rincón.

—Hacia mi mesa.

A Juan le gusta la mesa del rincón. La luz de la claraboya central a duras penas consigue llegar hasta allí en los días menos claros del invierno, pero cada vez que llueve, la humedad de todo el taller se concentra en aquel rincón, y allí se queda hasta que vuelve a llover. Juan suele decir que no necesita mucha luz para trabajar con la madera, que sus manos lo guían a través de los nudos y las vetas mejor de lo que podrían hacerlo sus ojos. En cambio, le parece fundamental que haya humedad; cuanta más, mejor. Esta, según dice, hace que la madera se esponje permitiendo que su buril la labre sin resistencia.

—¿Está bien aquí?

—Sí... Despacio, no sueltes todavía.

—¿Ahora?

Juan no responde, se limita a acomodar el tablón sobre la mesa con delicadeza. Luego se acerca hasta el otro extremo, flexiona las piernas y se asoma por debajo de la madera para cerciorarse de que está totalmente apoyada.

—Ahora.

Juan se incorpora y mira a su alrededor mientras pasa con ternura una mano sobre el tablón. Lo hace de tal modo que su mano parece la de un cazador agradecido y el tablón, el lomo de su perro más amado.

—Hay virutas en el suelo.

Con el paso de los años, Esteban ha llegado a comprender la manera de ser de su amigo. Sabe que es un ser retraído y que las palabras en su boca adquieren el valor del oro. Sabe que puede pasarse días enteros aislado en su rincón, sin hablar, sin mirar a nadie, casi sin comer. Así que, cuando Juan le indica la necesidad de limpiar el suelo alrededor de su mesa, él sabe que lo que en

realidad le está diciendo es que puede quedarse y hablarle de Margarita.

A Esteban, que ha plantado un saco de rafia muy cerca de la mesa de Juan, no le falta mucho para terminar de recoger las pocas virutas que con dificultad ha encontrado, pero no se impacienta. Las cosas con su amigo son así, pausadas. Sobre todo cuando de lo que se trata es de hablar. Aunque no siempre fue así. Hubo un tiempo —uno tan lejano que incluso parece imposible que realmente existiera— en el que Juan fue un niño alegre y despreocupado, un niño al que le gustaba hablar, inventar juegos y correr por el campo tras el errático vuelo de una mariposa. Pero las cosas cambiaron. Cambiaron de repente, y lo hicieron, como casi siempre, para peor.

—Yo sé poco de estas cosas.

Juan tiene veintiocho años y jamás se le ha conocido un devaneo. Sabe que algún día tendrá que casarse y formar su propia familia, pero evita como puede el incómodo tema de la boda, arguyendo que tiempo habrá cada vez que su padre lo saca a colación.

Cierto es que Bótoa, la novia en cuestión, solo tiene quince años, como cierto es que, precisamente por eso, fue ella la escogida.

La paradoja de estar comprometido y de que no se le conozcan devaneos tiene fácil explicación. Juan, el pobre niño asustado, atrapado como por arte de magia en el cuerpo del adulto en que se acababa de convertir, acudió a la casa de su futuro suegro en compañía de su padre el día que cumplió los dieciocho años, se sentó en la silla que le indicaron y, mientras su futura mujer, una mocosa de apenas cinco, revoloteaba por la estancia ajena a los designios que para su futuro acarrearía aquella reunión, en silencio e inmóvil, observó cómo se formalizaba el trato. Y desde entonces, desde ese día en que quedó sellado para siempre el pacto de honor que determinaría con quién habría de compartir su lecho y su vida, no ha vuelto por allí, ni siquiera para —por mor de satisfacer una curiosidad que no siente— saber si la mocosa sigue creciendo con normalidad, o se ha convertido en asno o en narciso de río, que para él lo mismo sería, como tampoco se ha arrimado a ninguna otra moza, niña o mujer que no sea una de sus hermanas.

—¿Y qué hay que saber?

Esteban es dos años mayor que Juan. Él es el hijo del pecado que una prostituta, amiga de profesión de su madre y por encargo de esta, abandonó en el orfanato a las pocas horas de nacer.

El orfanato fue para el niño un hogar lleno de madres que le dispensaban sin regateos todo el amor del que tuvo necesidad antes y, sobre todo, después del accidente que lo dejó tullido al poco de su décimo cumpleaños.

El nefasto accidente ocurrió una noche mientras los cuerpos de todos los que serían, muy a su pesar, desafortunados protagonistas yacían abandonados a su suerte y se dedicaban a destilar la magia que cada mañana los devolvía a la vida recuperados de los esfuerzos de la jornada anterior.

En mitad de la noche, minutos después de que el reloj del campanario ejecutase las dos y media con marcialidad y desapego, parte del anciano techo que cubría los dormitorios se desplomó de puro viejo. Una de las vigas maestras, carcomida y debilitada, pero aún mortífera, cedió en su caballete y se precipitó al vacío hasta que un par de literas sobre las que quedó encabalgada la detuvieron. Atrapados en su estela y con prisas por unirse a la macabra fiesta a la que la gravedad terrestre nunca hubiese permitido que llegasen tarde, cascotes deslucidos, maderos mal apuntalados entre sí con clavos tan oxidados que casi habían dejado de existir y

descoloridas tejas que, indiferentes, abandonaban su perpetua ubicación, dejando sin sustento a los desavisados líquenes que sobre ellas vivían, se precipitaron contra el suelo, llenando la noche de ruidos sin alma y de gritos de niños que, horrorizados, muchos de ellos heridos, huían de sus camas a la carrera.

Esteban ocupaba la parte de abajo de una de las dos literas sobre las que entonces, mientras el polvo hallaba acomodo de nuevo, descansaba la viga. Los dos niños que dormían en la litera de enfrente y el que lo hacía en la parte de arriba de la suya habían muerto en el acto, asimilando el breve dolor como si fuese parte del sueño que velaban, sin siquiera darse cuenta de que se ausentaban para siempre de su pequeña existencia de niños abandonados.

Al caer, la enorme viga había despertado al yaciente pueblo con sobresalto, aunque luego todos sin excepción, en los conciliábulos que con posterioridad y por muchos años se formarían para dialogar sobre el tema, habrían de inventar y exponer ante sus vecinos alguna tarea o manía o santa costumbre que cada noche a esa misma hora realizaban sin falta, y que ese solo hecho —el de que tan desgraciado suceso los hubiera encontrado despiertos y hubieran escuchado la mortífera viga caer— transformaba lo que sea que estuvieran haciendo en poco menos que trascendental, así fuese aliviarse acucillado sobre una abollada bacinilla.

Los niños del orfanato, llenos de temor y desorientación, corrieron sin descanso en cualquier dirección hasta que sus piernas no pudieron más, o hasta que, falsamente, se sintieron a salvo. Las monjas, aturdidas, se arremolinaron en el patio como ovejas perdidas sin su pastor y rezaron con fervor hasta que hubo amanecido. Luego, gracias a la ayuda de los vecinos más fuertes, pudieron retirar la gigantesca viga de encima de las irreconocibles literas.

Cuando sor Patricia, la monja encargada del dormitorio de los más pequeños, descubrió a Esteban, hacía largo rato que el niño había dejado de sentir dolor. La sangre que le manchaba la cara —unos coágulos negruzcos que habían absorbido la gran mayoría del polvo que les había caído encima— no era suya, sino del niño que dormía sobre él. La pobre criatura había quedado tan soldada a la viga que, cuando lo enterraron ese mismo día, llevaba injertadas en sus carnes más astillas que el propio ataúd.

A Esteban, que jamás dejó de estarle agradecido al Altísimo por su buena fortuna, le llevó un año entero incorporar su entumecido cuerpo de su nueva cama en la enfermería del orfanato, y casi otro más aprender a manejarlo. Al cabo de este último, descubrió, sin asombro, que la pierna derecha solo le servía para apoyarse en ella y que, al final del inútil brazo del mismo costado, le colgaba una extraña mano que podía ser abierta y cerrada, pero que carecía de fuerza.

A los dos años del accidente, cuando Esteban tenía doce y empezó a ser obvio que su cuerpo no iba a mejorar más de lo que lo había hecho ya, la hermana Patricia, en una de sus rondas de pedigüeña, comentó a don Alonso —uno de los valedores del orfanato y el que, debido a su oficio, más había colaborado en darle un techo seguro después del accidente— que sería una pena que aquella pobre criatura no pudiera entrar de aprendiz en ningún taller de Malcocinado, siendo como era tan servicial y tan honesto.

A don Alonso le pareció que una obra de caridad de ese tamaño no quedaría sin recompensa en el más allá, y le propuso a la monja que lo mandase cuando le pareciera bien para tenerlo un tiempo a prueba.

Sor Patricia no perdió el tiempo: dejó la ronda a medias y se fue a buscar al muchacho al orfanato. A partir de esa misma noche y hasta el sol de hoy, Esteban duerme bajo la escalera que conduce a los aposentos de la familia en la segunda planta, recibe dos comidas calientes al día y seis pesetas todas las semanas. (Los aprendices cobran diez y los oficiales ebanistas de más de dos años de antigüedad, veinticinco). También le dan un traje nuevo todos los años por San Miguel, que es cuando comienza el año agrícola y, por consiguiente, el del pueblo. El traje nunca le aguanta en condiciones de un año para el otro, por lo que nunca ha podido tener una muda.

Las pesetas que gana Esteban las entrega a sor Patricia todos los domingos al salir de la misa que cantan en la capilla del orfanato. La hermana, por orden de Esteban, echa una en el cepillo de san Judas Tadeo y las otras cinco, a una alcancía que ella guarda bajo el camastro donde duerme.

—¿Ya tenéis padrino?

—Aún no. Tu hermana Ascensión será la madrina, y ya sabes que a ella no la pretende nadie.

—¿Quieres que sea yo vuestro padrino?

—Te lo agradezco. Yo sé que a Margarita le va a gustar mucho que sus hermanos sean nuestros padrinos.

—¿Y... la dote?

Juan parece incómodo por hablar de dinero, pero Esteban, que lo conoce bien, sabe que lo que realmente le está incomodando es no poderse poner de una vez con la labor.

—Por eso no te preocupes, que ese asunto ya lo tengo yo hablado con tu padre.

—Bien, ¿cuándo es la boda?

—Nos casamos este domingo.

—¡Pasado mañana! Vaya.

Juan vuelve la mirada y se inclina sobre el tablón de cedro que tiene delante. Ahora que hay madera sobre su mesa, tiene pensado, al igual que hace siempre, pasar varios días sin moverse de allí a no ser para lo más esencial. *Aunque esta vez deberé hacer una excepción para acudir a la boda de mi hermana*, dice para sí, casi ausente, apenas un instante antes de ser completamente absorbido por la gratificante tarea...

... Aunque no todavía porque, con el cepillo en la mano y los ojos entornados puestos ya sobre un nudo con el que pareciera querer entablar conversación, se detiene a cavilar. Hay algo de todo lo hablado que no le deja concentrarse, que no termina de cuadrarle. Como una especie de desasosiego, de comezón. *He de hablar con padre*, se dice un momento antes de sumergirse de lleno en la labranza del tablón.

Esteban recoge entonces el saco de rafia y se dirige con él a otra parte del taller. Juan ha dado por terminada la charla que ambos mantenían, de la misma manera que lo hizo don Alonso esa misma mañana. Esteban no es otra cosa que un mozo que se dedica a limpiar un taller en el que nunca podrá aspirar a ser nada más. Él nunca será de la clase de personas que eligen cuándo se terminan las conversaciones y lo acepta. De la misma manera que acepta ser un tullido o el abandonado hijo de una puta sucia y vieja que lo miraba con desdén mientras esperaba a sus clientes apoyada sobre la parte exterior de la reja del orfanato, como si no hubiera más sitios en el pueblo o en el ancho mundo para hacerlo. De la misma manera que aceptaba las humillaciones a que era sometido por los otros niños. *Ahí va la puta de tu madre, Esteban. Ve a besarla, tonto, a*

*ver si vas a ser tú el único de todo el orfanato que no lo haga.*

Pero todo eso carece de importancia ahora que va a casarse con Margarita. La muchacha más dulce y de corazón más noble que existe. Es por ella por lo que Esteban recuerda con un retortijón en el estómago lo que habló con don Alonso por la mañana. Es por ella, y solo por ella, por lo que se siente vulnerable; porque sabe que es únicamente a través de ella que podrían llegar a hacerle daño.

—Don Alonso, ¿podría hablar con usted un momento si no es mucha molestia?

—Dime.

—Verá, usted... Yo... Yo quería hablarle de Margarita.

—¿De Margarita! ¿Pasa algo con Margarita?

—No, no, claro que no... Bueno, sí. En realidad, yo quería hablarle de Margarita y... de mí.

—¿De Margarita y de ti? Explícate, muchacho.

—Sí, don Alonso. Verá, usted, nosotros... Nosotros habíamos pensado... En fin, don Alonso, que nos queremos casar.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Bueno, yo trabajo para usted y Margarita sirve en su casa. Yo había pensado que usted...

—Ya entiendo, pero te equivocas. A mí no me interesa nada de lo que tengas que contarme a ese respecto. Mejor habla con Juan, que es su hermano mayor.

—Sí, don Alonso, como usted mande.

—¡Ah! Y... Esteban.

—Dígame, señor.

—Oye bien esto, que luego no quiero malentendidos.

—Sí, señor.

—Diga lo que diga Juan, esa negra no tiene dote, ¿comprendido?

—Sí, señor, comprendido.

### III

No ha amanecido todavía, aunque ya clarea, cuando Inés, la mujer de don Alonso, sale de la casa y se encamina loma abajo hacia el huerto.

Los pequeños Juan y Ascensión han quedado en sus infantiles camas vencidos por el sueño después de una noche tan calurosa que ni las aves de corral han conseguido dormir a gusto.

Cuando Inés se hace visible desde el huerto, Dionisio, el tremendo negro que la ayuda con él, se pone en pie y la observa terminar de bajar la cuesta. Junto a la puerta de la casucha que usan para guardar los utensilios de horticultura, como si quien estuviese a punto de llegar fuese la mismísima reina de España, el ayudante adopta la posición de firmes para recibir a su señora.

—Buenos días.

—Buenos días, señora.

—Toma.

La cesta vacía que ella transporta cada mañana pasa a manos de Dionisio. Entonces, con las manos libres, Inés saca el llavín que guarda en su faltriquera, abre la puerta de la casucha, pasa adentro y, enseguida, vuelve a salir con un hocino romo y oxidado que más troncha que corta los crujientes pedúnculos de las hortalizas.

—Señora, ¿quiere que corte yo hoy?

—¿Y eso?

—Como está usted así...

Inés le mira indecisa. Aunque está al final del noveno mes de embarazo y Dionisio lleva viéndola así desde el principio, nunca, en todo este tiempo, le había propuesto reemplazarla en el corte. Lo cierto es que las palabras de Dionisio la han hecho dudar. Esta mañana se nota extraña. Desde que posara los pies en el suelo, se siente pesada e ingrávida a un tiempo, plena de energía a pesar de no haber dormido en toda la noche. *¿Estaré de parto y no me habré dado cuenta?*, se pregunta Inés. *Estos negros son casi como animales. Seguro que él puede sentir mis propias vísceras preparándose para la ocasión antes incluso que yo misma.* Vacila un segundo, pero no quiere dar su brazo a torcer.

—No digas tonterías. Agarra esa cesta y sígueme al tajo.

Dionisio, naturalmente, no es un animal capaz de sentir las entrañas de otro ser vivo como las sentirían un perro o un caballo. Simplemente ha notado la barriga de su señora algo más baja; las caderas, que han perdido rigidez, algo más anchas; y sus ojos, algo más dispuestos. Para él no hay duda de que la criatura que la señora lleva en su vientre es como un león agazapado haciendo los últimos preparativos antes de dar el salto definitivo sobre su presa: la vida.

Por ser uno de los negros más viejos, Dionisio fue el designado por el capataz de la mina para

ayudar a Inés con las tareas del huerto, como parte del acuerdo al que don Alonso llegó con los dueños de la concesión minera: los mineros usarían el agua del inagotable pozo de su huerto para limpiar el mineral que extrajeran y así ahorrarse la bomba y los quinientos metros de tuberías que hubiesen hecho falta para llegar hasta el río. A cambio, ellos le comprarían a él toda la madera necesaria para apuntalar los laberínticos túneles de la excavación.

Dionisio entró a formar parte del trato cuando Inés le hizo ver a su marido que no le vendría mal algo de ayuda, que, aunque no lo pareciera, ya no era tan joven ni tan fuerte, y la pesada carga del huerto se le hacía cada día menos llevadera. Don Alonso pensó entonces que estaría bien aliviar a su esposa en lo posible de tan engorrosa tarea; además, sabía perfectamente que los concesionarios no le pedirían ni un céntimo por prestarle un negro durante unas horas por las mañanas. Más tarde, cuando se enteró de que Inés estaba encinta de su tercer hijo, se felicitó de haber llegado a aquel acuerdo, pues el parto, según las cuentas de su mujer, coincidiría sin remedio con los fructíferos y más atareados meses de verano.

Como todos los días, Dionisio va a la zaga de Inés recogiendo de su mano todo lo que la señora le ofrece para, de inmediato, depositarlo con cuidado en la cesta del acarreo.

—Señora.

—¿Sí?

—La cesta está llena.

Inés mira la cesta que descansa entre dos surcos de lechugas ya atadas para que las hojas del interior se mantengan frescas y jugosas. En la cesta no cabe un fruto más. No obstante, ella se vuelve y, usando el hocino, separa de su mata una sandía tan grande como el sol del mediodía.

—Tendrás que dar dos viajes. No quisiera tener que bajar mañana.

—Sí, señora.

Inés no ha parado de darle vueltas al comentario de Dionisio. Además, como para acabar de convencerse, ha recordado que al día siguiente se celebrará el Carmen, y a ella le gustaría que el niño naciera en ese día tan señalado. *Carmelo es un nombre muy adecuado para un varón. El hermano mayor de la abuela se llamaba así y fue un hombre muy cabal toda su vida, no como estos negros... Tan vagos, tan sucios, tan deshonestos...*

En realidad, todos los negros de la mina —esto incluye a Dionisio, aunque ya no trabaje en la excavación, pues lo que empezó siendo un par de horas en el huerto se ha convertido en un trabajo a tiempo completo— trabajan de sol a sol, se bañan todos los días y piden cada noche a Dios por sus semejantes.

—No se te olvide regar antes de nada.

En cuanto la señora se vuelva a la casa por el mismo camino que la ha traído, Dionisio sacará el agua del pozo cubo por cubo y la depositará en los surcos del huerto antes de que haga demasiado calor, y así evitar que las raíces de las plantas se cuezan por la acción de este sobre el agua. Luego, acarreará los dos viajes de fruta y hortaliza hasta la casa de los señores y, ya con el sol en todo lo alto, hará un tercer viaje al mercado de abastos cargado con lo que considere la señora que no necesitarán en la casa y se lo entregará al verdulero. Una vez allí, esperará a que el verdulero le devuelva el cesto acompañado de un pequeño hatillo con el dinero que paga por la mercancía. Dionisio pasará otra vez por la casa de los señores a entregar en mano a Inés la cesta y



los cuartos antes de dirigirse a la mina a comer su rancho. Luego de un pequeño reposo, ocupará la tarde arrancando hierbajos del huerto con las manos. No tiene llave de la casucha porque Inés no se fía de él, así que no puede acceder a los utensilios que esta encierra. Ese es también el motivo por el que Inés baja ella misma la cesta vacía al día siguiente hasta el huerto, en lugar de llevarla consigo Dionisio después del último viaje.

Dionisio nunca se ha preguntado por qué, desde que está él, no han vuelto a traer bencina para el motor de la bomba que extrae agua del pozo. Por qué tiene que regar de día, cuando él ha visto a la señora hacerlo, antes de que él se encargara del huerto, en las horas más frescas y cómodas del crepúsculo. Tampoco se pregunta por qué tiene que cargar con los pesados cestos cuesta arriba, hasta la casa, mientras que el borriquillo que antes acompañaba a la señora se dedica a engordar en su cuadra por culpa de la inactividad. Y mucho menos se le ocurre preguntarse por qué jamás la señora le mira a los ojos cuando le habla o por qué no le ha regalado siquiera uno de esos míseros tomates que tira al bosque para que lo aprovechen las bestias, según dice ella.

Dionisio no se hace esas preguntas porque ya conoce la respuesta. Él es negro. Nació esclavo, de padres esclavos, de los que fue separado cuando apenas tenía siete años. Toda su vida no ha hecho sino trabajar para el hombre blanco. Y aunque ahora ya no lo sea —pues las leyes abolieron la esclavitud en la España peninsular en 1837, hace de eso sesenta años—, él sigue sintiéndose como un siervo. Y aunque no se sintiera así, ¿qué podría hacer?, ¿adónde iría? Sin dinero para establecerse, sería siempre un asalariado a las órdenes de un amo. Es cierto que a muchos blancos les ocurre lo mismo que a él, pero el trato que estos reciben de los amos no es ni remotamente parecido al que reciben ellos, los negros. Ya no llevan cadenas, eso también es cierto, salvo en muy contadas excepciones, pero la forma en que se les trata sigue siendo la misma y el uso del látigo no solo es frecuente, sino que también está bien visto.

—¡Dionisio!, ¿me estás escuchando?

—Sí, señora, la escucho.

Dionisio nació allende los mares, en Puerto Rico, en 1834, tres años antes de que se aboliese la esclavitud en España. No así en Cuba y en su isla natal, últimas colonias españolas de ultramar, donde se siguió utilizando mano de obra esclava hasta hace bien poco. Dionisio apenas recordaba a sus padres; algo más a su madre, a la que debía su libertad. Esa libertad engañosa y escurridiza con la que él vivía, y con la que sueñan los que carecen de ella y desconocen que, de alguna manera, todos somos esclavos sin saberlo.

Algunas tardes, mientras el sol le quemaba las espaldas desnudas, agachado entre los surcos del huerto en busca de malas hierbas, Dionisio pensaba en ella, en su madre. Le gustaba imaginar que había muerto esclava, como había nacido. Con la esperanza intacta en una imposible libertad, y no liberta, decepcionada y ya sin ilusión posible.

Esa misma ilusión que él empezó a perder una noche de mar tranquila, cuando estrenaba su séptimo verano. Sin que él lo hubiese pedido, su madre, en una de esas noches en las que se podía disfrutar observando la inmensa luna reflejada sobre las aguas del puerto como si se la mirase en un estanque, se deslizó con su único hijo en brazos por los muelles en busca de un carguero inglés. Cualquiera. No encontró ninguno, pero sí uno portugués. Portugal, a pesar de haber sido pionera en la promulgación de leyes abolicionistas, no se mostraba tan beligerante en la lucha contra la

esclavitud como lo eran los ingleses. *No es momento para ponerse a escoger, desgraciadamente*, pensó la madre del asustado niño. Y, acercándose al costado del barco, se vistió con una extraña sonrisa que le sirviera, a un tiempo, para tratar de convencer al marinero que estaba de guardia de que aceptasen a su hijo entre la tripulación y para despedirse de Dionisio.

El marinero hablaba muy mal el español y ella no sabía nada de portugués. Aun así, se entendieron. Todos los barcos mercantes tenían una necesidad permanente de mano útil, por lo que el marinero no tomaba ningún riesgo al recibir al niño sin consultar. Muy al contrario, seguro que el capitán se pondría contento con la noticia por la mañana. El lloroso niño pasó de unas manos a las otras mientras su madre le recomendaba en un susurro: *Llora pasito, mi hijo, que nos van a oír*. Esa fue la última vez que Dionisio la vio. También fue la última vez que estuvo en Puerto Rico, y la última en que compartió su espacio vital con otro esclavo, pero ni siquiera eso le bastó para dejar de sentirse como un pobre siervo durante un solo día de su existencia.

En el barco lo trataron como a cualquier otro y, desde que la primera jornada el capitán anotara su nombre junto al de los demás en el libro de cuentas, ni una sola semana dejó de percibir su escuálida paga de grumete.

Al muchacho le gustaba, de cuando en cuando, bajar a tierra en los puertos que tomaban; pero solo a acompañar, nunca a beber ni a revolcarse con las prostitutas que lo manoseaban con descaro y le buscaban la boca con las suyas. Entre las meretrices portuarias existía la creencia de que traía buena suerte desvirgar a un hombre, o a un niño, así fuera negro.

Dionisio, en esas ocasiones, lleno de terror y de vergüenza, se pegaba al marinero que lo recogió la noche en que supuestamente se convirtió en liberto en busca de refugio. Este las espantaba o las atraía hacia sí, dependiendo de su humor y de la belleza de las mujeres que acosaran a su protegido, mientras le exhortaba al niño en perfecto portugués: *Tienes que aprender a manejarte solo, rapaz. Hazte valer, carajo*. Pero el tiempo pasaba y Dionisio no aprendía. Los años se amontonaban sobre su cada vez más enorme cuerpo y seguía sin aprender. Continuaba siendo tan dócil como un corderito, tan sumiso y tan subyugado como el esclavo que nunca dejaría de ser.

—No te duermas.

—No, señora, no me duermo.

—¡Señor, qué cruz!

## IV

—Madre, traemos comida.

Felipe entra corriendo en la casa que Margarita y Esteban compraron junto al fresco manantial que vierte sus aguas al río principal. Lleva un calabacín en cada mano y dos huevos en el bolsillo del pantalón en el que no vive Quina. Margarita, que está sentada bajo la ventana que da a la parte posterior, no ha visto llegar a sus hijos y se sobresalta.

—¿Es grande el pez?, ¿cómo habéis vuelto tan pronto?

La madre de los niños tiene la costumbre de encadenar preguntas, por lo que siempre alguna de ellas suele quedar sin respuesta. No lo hace conscientemente y sus hijos, con el tiempo, han aprendido cuáles han de responderse y cuáles carecen de importancia.

—No, madre, no hemos pescado nada.

—¿Entonces?

Margarita sabe que muchos días sus hijos y ella comen gracias a la caridad de la gente, sobre todo a la de sus hermanos. No soporta la caridad, pero no le queda más remedio que tolerarla si quiere que sus hijos se alimenten con cierta regularidad.

Margarita quisiera sentir agradecimiento con las personas que son caritativas con ellos. Sin embargo, en su desnutrido corazón ya no quedan nobles sentimientos que compartir con los demás. Lo poco de bueno que aún resta en él es para Luis y Felipe, pobres víctimas de la incomprensión de una raza que se cree superior. *¿Superior en qué?*, se pregunta a menudo Margarita. *En prepotencia, en prejuicios y en barbarie*, se responde unas veces. *En nada*, se responde las más.

—Nos encontramos con la tía cuando volvíamos del puesto del río.

—¿Fuisteis educados con la tía Ascensión? ¿Qué tal está su padre?

—Igual, no sé, Luis y yo la ayudamos a llevar el cesto desde el huerto hasta su casa sin que nos pidiera ayuda ni nada.

—¿No se te ocurriría andar mendigándole a tu tía? ¿Dónde está tu hermano ahora?

El mayor de sus hijos está junto al manantial, donde sabe que los borbotones del agua naciendo contra los pequeños guijarros atenúan el ruido que producen sus hipidos y su llanto. A Luis tampoco le gusta que le tengan lástima, pero no ignora que, sin la ayuda que reciben de sus tíos, Felipe moriría de inanición.

—Haciendo otro anzuelo.

—¡Vaya!

—¿Quieres que te ayude con la comida?

—No, mi amor, ve a jugar. Yo te aviso cuando esté lista.

—Se me olvidaba. La tía nos ha dicho que al tío Juan le gustaría vernos a los tres hoy.

Margarita considera la posibilidad de reservar los huevos y los calabacines para comerlos al día siguiente y aprovechar la invitación de Juan para aparecer por allí a la hora del almuerzo. A ella le gustaría poder tener asegurada la ración de la próxima jornada, pero no puede evitar la pena que siente por su hijo mayor cada vez que este tiene que humillarse para que su hermano se alimente; le origina un sentimiento de amargor en la garganta como el que produce el llanto cuando está a punto de nacer. No se hable más. Hoy es hoy, y mañana será otro día.

—Está bien, iremos por la tarde, cuando el sol esté bajito.

Felipe galopa fuera de la casa con alboroto mientras va pensando en la visita que le harán a su tío Juan por la tarde. A él le gusta el tío Juan, a pesar de lo distintos que son entre ellos. Es parecido a lo que le pasa con su hermano, que son muy distintos, pero que, sin embargo, se quieren. *Luis es como el tío*, piensa en un arranque de clarividencia. *Pueden estarse horas enteras sin despegar los labios*.

Margarita queda dentro de la casa, hermanada con las paredes que la rodean, con esas cuatro paredes que, desde que murió Esteban, se dedican a destilar soledad. Y es que nada es lo mismo desde que falta el hombre de la casa. El de verdad, no ese pobre niño que fracasa cada jornada intentando llenar los zapatos de su padre.

El día que Esteban apareció muerto, Margarita lo despidió desde la ventana como cada mañana, observando con ojos de enamorada, a pesar del tiempo transcurrido, su cansina e irregular marcha de viejo tullido. Y no sintió nada especial. Esa falta de sensibilidad, esa ausencia de una premonición salvadora que únicamente ocurre en la literatura y que solo alguien sin culpa es capaz de achacarse como una falta, aún la martiriza.

No fue capaz, obviamente, de presentir que aquel día se le partiría el alma, ni que esa misma noche intentaría vendérsela, rota e inservible, al diablo a cambio de dar marcha atrás en el tiempo y recuperar a su hombre, a su razón de vivir. Nunca se supo quién fue el asesino, ni a ella le importó demasiado conocer su identidad. ¿Para qué?, ¿de qué le hubiera servido?

Cuando Esteban vivía, aquella casa era un hogar y aquel hogar, una fiesta.

Ahora no es más que la guarida de unos pobres animalillos que intentan sobrevivir a la sombra del recuerdo de un fantasma.

Cuando Esteban vivía, el manantial era un río de alegría en el que padre e hijos echaban simulados barcos veleros a competir en sus traviesas aguas.

Ahora es el escondrijo de un huérfano que llora.

Cuando Esteban vivía, aquel lugar era un ir y venir de gente todos los domingos. Porque cuando Esteban vivía, sor Patricia los acompañaba después de misa y compartía el almuerzo con ellos, y los días que hacía bueno, solían degustar los dulces que la hermana les traía del orfanato afuera, en la calle. A veces sacaban las sillas, casi nunca, pero incluso cuando lo hacía, Margarita siempre extendía una manta en el suelo para los niños, y allí se quedaban, dando cuenta del postre mientras esperaban a Ascensión.

Ascensión no fallaba un solo domingo. En alguna ocasión, las menos, se había hecho acompañar por Juan y, en el último mes de vida de Esteban, también por su cuñada Bótoa, que rápidamente se había convertido en una habitual de las dominicales tardes de la casa junto al manantial. Aquella callada niña había resultado ser un torbellino de alegría que estaba

consiguiendo, poco a poco, sacar a su marido del mutismo en que vivía desde que muriera Inés, su madre.

Ahora, cada domingo, sor Patricia, con los ojos revueltos por el llanto, les dice: *No puedo, de verdad que no puedo volver a esa casa*, al tiempo que pone una peseta en la mano de Margarita y besa a los niños y les llena la cara de mocos..., mocos que estos limpiarán sin asco pero con pena, mucha pena, mientras ven alejarse a la religiosa a toda prisa.

Ahora, Ascensión no solo no va los domingos, sino que apenas sale de casa desde que don Alonso quedó definitivamente postrado en su cama, precisamente el mismo día en que murió Esteban. *La vida es cruel hasta en las coincidencias*, solían decirse entre sí las hermanas las pocas veces que habían coincidido después de aquello.

Ahora, Juan es el único que no falla a la cita semanal, si bien tampoco se queda mucho tiempo. Le hace entrega a Margarita del duro que antes le daba a Esteban cada sábado como complemento a las seis pesetas de sueldo que seguía cobrando y, casi sin haber hablado, se marcha por donde ha venido, intentando dejar por el camino toda la amargura que se le ha adherido al cuerpo mientras ha estado en la casa de su hermana. Juan no quiere llegar donde su mujer siendo portador de esa amargura. Teme que su futuro hijo la absorba de los besos que él le da a través del ombligo de su esposa, aunque esa es una guerra perdida, pues él mismo no levanta cabeza desde el fatídico día. No llevaba ni un mes casado cuando Esteban apareció muerto. Él, un hombre recio con casi cuarenta años a sus espaldas, lloró como un loco la pérdida de su querido amigo. Aún llora algunas noches cuando se sabe solo..., al igual que lo hace cada domingo en su camino de regreso después de llevarle el duro a su hermana.

Ahora, los ojos de Margarita lloran porque su corazón se dedica a odiar todo lo que estos le transmiten.

Ahora, el estómago de Felipe es un negro agujero que su cuerpo no entiende.

Ahora, las paredes de la casa que un día fue un vergel de alegría son mudos testigos del duelo familiar.

Ahora, el alma de Luis conversa cada día con Dios con la monótona cantinela de una única pregunta: *¿Por qué, tú que eres tan bueno con los blancos, mataste a mi padre?*, y la impía respuesta percute sobre su cerebro, dañina, implacable, como solo uno sabe ser consigo mismo: *Fue por castigar a madre, ¿verdad?, fue por castigar a la hija del pecado.*

Felipe, refrenando su carrera, ha llegado donde Luis y lo encuentra lavándose los churretes que las lágrimas han dejado en su cara. El pequeño disimula mirando hacia otro lado; prefiere hacer como que no se ha dado cuenta para no avergonzar a su hermano, mientras este termina de recomponer su desencajado rostro.

—¿Ya has hecho el anzuelo?

—Sí, mira.

Felipe observa el anzuelo como la joya de artesanía que es. Admira a su hermano y no deja pasar ninguna oportunidad para hacérselo saber. A él le gustaría ser como Luis: callado y pensativo, que cada palabra que dijese fuese fruto de una ardua reflexión. Pero su carácter es inquieto y volátil. No lo puede remediar.

—Te ha quedado muy bien. ¿A que sí, Quina?, ¿a que le ha quedado muy bien?

Felipe saca a Quina del bolsillo y la sostiene en la palma de su mano para que pueda apreciar el buen trabajo que ha hecho su hermano. Luis, ante los ojos admirados de Felipe y los inexpresivos de la lagartija, hace girar el anzuelo sobre su eje lentamente, como si lo exhibiera, antes de devolverlo al bolsillo. Guarda también la jaula, con los dos barrotes que aún le quedan, en su escondrijo junto al manantial.

También Quina es devuelta al bolsillo de Felipe. Este, en su campaña particular contra el silencio, decide romperlo contándole a su hermano lo contenta que se ha puesto madre con la comida que han traído, pero Luis sabe que eso es solo una verdad a medias. Felipe también informa a su hermano sobre la visita que harán al tío Juan cuando el sol deje de calentar tanto como lo está haciendo. De pronto, al final de esta última frase, Felipe hace una pausa inapreciable para el oído, no así para la vista, pues la pausa en sí es más el gesto de quien rebusca en su mente un hilo nuevo del que tirar, mientras aún sigue tirando del que le ocupa.

—Luis.

—¿Qué?

—Cuéntame por qué mataron al negro.

—Otro día.

Luis tiene una paciencia infinita para lidiar con su hermano. Posee también un alma sensible para con la inocencia. No cree que sea necesario que Felipe sufra antes de tiempo conociendo asuntos feos y desagradables, pero sabe que, ahora que padre no está, es solo cuestión de tiempo que algún malintencionado venga a sacarlo de su ignorancia, de la misma manera que lo hicieron con él unos chicos mayores a finales del invierno pasado.

Los muchachos, todos ellos aprendices de los talleres cercanos al centro del pueblo, estaban fumando y tosiendo mientras se protegían del frío contra la puerta falsa del corral de la iglesia. Eran cuatro; el mayor no tendría aún los quince.

Luis regresaba del orfanato. Ese domingo se celebraría una misa de difuntos por el aniversario de la muerte de su padre y él ayudaba casi siempre a sor Patricia con los preparativos. La hermana le había pedido que leyera un salmo y esa mañana lo habían estado repasando juntos.

Cuando le llegaron las primeras voces, ni siquiera pensó que tuvieran nada que ver con él.

—¡Eh, Carbonilla!

Luis siguió caminando ignorante de la que se le venía encima hasta que un golpe sordo en su brazo derecho le hizo soltar la Biblia que portaba. No supo lo que le había golpeado hasta que vio la piedra al agacharse a recoger las Sagradas Escrituras. Cuando se incorporó, escuchó risas a su espalda. El que hablaba era un mocito pequeñajo al que Luis habría zurrado con facilidad de encontrarse los dos solos, a pesar de la diferencia de edad.

—¿No te habrá dolido, Carbonilla?

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—¿A mí?, nada. ¿Y a ti, Carbonilla?

—Me llamo Luis.

—Luis el Carbonilla.

Entonces, uno de los que atendía a la conversación, mucho más grande que él, le empujó con violencia haciéndole caer sobre un costado. Rápidamente, los cuatro lo rodearon y lo patearon

durante interminables segundos mientras el pequeñajo le informaba, con absoluta falta de delicadeza, de la poca decencia que había mostrado su abuela al concebir a su madre.

Luis llegó a casa magullado por dentro y por fuera. A Margarita no le hizo falta preguntar para saber lo que le había pasado a su hijo; podía leerlo perfectamente en la esquivo mirada que este exhibía.

Ese domingo, en la misa de difuntos por el alma de su padre, mientras hacía que leía un salmo que se sabía de memoria, Luis lloró por primera vez desde que tenía conciencia. Su llanto no lo provocaba el dolor que le producía la ausencia del padre, que era mucha, sino la rabia.

Al levantar el rostro, aún tumefacto por los golpes recibidos, sobre los feligreses antes de empezar con la fingida lectura, Luis divisó a los cuatro matones juveniles sentados en la última fila. Y como si la afrenta de su sola e inadecuada presencia no le pareciera suficiente, el pequeñajo, en el colmo del cinismo, le sonreía cada vez que Luis lo miraba.

Al día siguiente, con la decisión tomada desde la noche anterior, Luis se levantó muy temprano y lo esperó en la esquina de la calle en la que trabajaba como aprendiz. En menos de veinticuatro horas, Luis volvió a llorar de rabia. Esta vez era una rabia liberadora, una rabia pura y redentora, la que humedecía sus ojos. El pequeñajo ni siquiera intentó defenderse. Luis descargaba los puños sobre su cara de pasmo, sin oposición, una y otra vez. *Ríete ahora*, susurraba entre dientes con cada golpe.

A los otros tres, bastante más grandes y quizás —juzgó Luis prudentemente— con menos culpa en el incidente, se conformó con soltarles un cantazo desde la distancia con su siempre certera honda. Al último de ellos, que se había vuelto muy precavido debido a las advertencias de sus compinches, lo estuvo acechando varias tardes. Cuando por fin lo tuvo a tiro, hizo bailar su honda y le acertó en pleno rostro cuando salía a orinar a la cuadra aneja a la casa. Al recuperar la consciencia, el mozo observó que se había mojado los pantalones y que, por más que lo intentara, no conseguía recordar qué hacía allí tirado y cómo se había producido el profundo corte sobre la ceja que el perro de la casa lambía con fruición.

—Se lo voy a preguntar a madre.

—Ni se te ocurra, ya te he dicho que te lo cuento yo otro día.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

Luis no piensa contarle nada —¿cómo podría?—; solo quiere disponer de algo de tiempo para inventar cualquier fantasía que acalle la curiosidad de Felipe.

Margarita se asoma a la ventana y vocea los nombres de los niños.

—Ya vamos, madre. Y tú no vayas a preguntarle nada sobre muertos, ni negros ni de ningún otro color, ¿entendido?, que la vas a poner triste.

Los niños se sientan a la mesa, único mueble que Esteban fabricó en todos los años que estuvo en el taller de carpintería. Es cierto que Juan le ayudó a desbastar cada tablón antes de ser apuntillado junto al resto, pero fue Esteban el que ligó los maderos unos a otros hasta conseguir que tuviesen la forma que ahora tenían, el que labró las filigranas que adornan los laterales y el que la barnizó, con la misma delicadeza con la que se peina a un recién nacido, una vez acabada.

Margarita, que hasta hace un momento trajinaba en el fogón, se acerca ahora con una fuente en

la que ha servido el revuelto de huevo y calabacín que ha preparado. Los tres comen del mismo recipiente, como es costumbre entre la gente humilde, usando cada uno su propia cuchara de madera en las que el padre, con una navajita, grabó en su día la inicial del propietario.

Margarita y Luis se eternizan con cada bocado hasta que Felipe está lleno y no quiere más. Entonces, los dos actores principales, sin público que los jalee, dan comienzo a un ritual, que no por sabido deja de dramatizarse a diario.

—Cada día comes más rápido, a tu hermano y a mí casi no nos ha dado tiempo de empezar.

Felipe no se da cuenta del engaño y sonrío satisfecho por la hazaña. La madre traza entonces una línea entre los restos para dividirlos entre su hijo mayor y ella. Siempre deja algo menos en su lado, no mucho, para que no se note demasiado; Luis, por no agraviarla, hace como que no lo nota. Madre e hijo son más felices enmascarando su pobreza con mentiras piadosas.

—¿Puedo ir al manantial?

—Sí, ve, pero vuelve en cuanto te llame, que tengo que asearte para ir a casa del tío.

—¿Puedo llevar a Quina a casa del tío Juan?

—Sabes que a la tía Ascensión le dará un infarto solo con que asome la cabecita de tu bolsillo.

—Bueno, pues voy a cazar una mosca para dejarla bien comidita en su caja.

Luis y Margarita sonrían mientras ven salir por la puerta a Felipe. Luego, se vuelven el uno hacia el otro y la sonrisa compartida se hace más amplia.

—¡Qué grande y qué guapo está!

—¡Tú sí que estás guapo!

—Será que me parezco a usted.

—Será.

Los dos terminan de comer mientras en sus caras sobreviven los restos de una bobalicona sonrisa. Les gusta imaginar al otro viviendo una vida mejor, más dulce, menos atroz. La vida que, según ellos, el otro merece.



## V

Los sábados en el taller de carpintería son un día especial. No solo porque se trabaje seis horas en vez de doce como el resto de la semana —porque, aunque se entra a las seis como todos los días, al parar a las doce para el almuerzo que les sirve Margarita ya no se vuelve al tajo, como lo harían de lunes a viernes, para seguir desde la una hasta las siete de la tarde—. No solo porque al día siguiente sea domingo y no haya que trabajar. No solo porque sea día de pago y los mozos estén deseando ir a beber unos aguardientes a la asociación que tienen los labradores en una de las esquinas de la plaza chica. Sino también porque, desde hace un tiempo, Margarita ha adoptado la costumbre de escamotear unas libras de harina durante la semana y convertirlas en dulces el sábado por la mañana para que los trabajadores del taller tomen postre ese día.

Los sábados, después del almuerzo, mientras toman los dulces que Margarita ha dispuesto con antelación en pequeños cestillos repartidos estratégicamente entre las largas mesas, por unos instantes, el taller es una fiesta. Son momentos de distensión que todos aprovechan para no hablar de temas referidos al trabajo, sino de otros más agradables y entretenidos: los viejos conversan acerca del tiempo y las cosechas; los jóvenes, de jugadas de tute subastado que se han dado y de cómo las habrían jugado cada uno de ellos; los solteros, de las mozas casaderas; los casados, de sus familias. Y todos, sin excepción, de lo buena muchacha que es Margarita, a la que siempre felicitan por su excelente mano con la cocina en general y con la repostería muy en particular.

Este sábado, además, es doblemente especial, porque es la víspera de la boda entre Esteban y Margarita. Esteban, que ha comprado unas canecas de aguardiente, se dispone a repartirlas entre sus compañeros una vez que todos han acabado con el postre. Algunos de ellos, al ver aparecer los envases, apuran de sus vasos el vinacho con que almuerzan en el taller y se sirven el aguardiente en ellos. Otros, más escrupulosos con el sabor de lo que toman, corren a enjuagar el recipiente a la pileta de la carpintería para recibir el dulce alcohol en vasos limpios. Y todos, de nuevo sin excepción, brindan por la boda de ese buen chaval que es Esteban con esa novia a la que todos admiran de boca hacia fuera y que, en su fuero interno, saben que ninguno la elegiría como esposa o dejaría que ninguno de sus hijos la tomase como tal, pues estarían marcando con ello su vida y ensuciando la sangre de su descendencia para todas las generaciones venideras.

Ascensión y Juan están de pie, junto a los novios, al final de las dos mesas corridas que conforman el comedor. Ascensión, abstemia sin remedio, sostiene en la mano un vaso con agua que todos creen aguardiente, y sonríe dulcemente mientras apoya la mano libre en el hombro de Margarita.

A Juan también se le intuye una sonrisa que no llega a plasmarse del todo. Él es el padrino, y por tanto, a él le corresponde decir unas palabras.

Juan, siendo lo más sucinto posible para hacerse entender, cuenta a los trabajadores de su padre que, como padrino del enlace que se va a celebrar, invita a todo el taller a tomar chocolate y a comer el pastel nupcial que la propia Margarita ha preparado para tan ansiado día. Les recuerda que, por si alguien no lo sabe, la boda se celebrará ese mismo domingo en la capilla del orfanato en el que se crió Esteban y que coincidirá con el servicio de las once de la mañana.

Esteban levanta una mano, como pidiendo permiso para hablar, de la misma forma que lo habría hecho si se encontrara en el aula en la que fue alfabetizado en el orfanato. Juan, que lo ha visto de reojo, le baja el brazo y guarda silencio para dejar que hable. Esteban solo quiere decir, para los que nunca hayan estado allí, que la capilla es muy pequeña.

Juan se da cuenta enseguida de lo que su amigo trata de hacer ver a los presentes y que no quiere decir a las claras para que nadie se sienta ofendido ni excluido, así que, por si hay alguien corto de luces, él mismo emplaza a los presentes para una hora después del comienzo de la ceremonia, cuando esta ya haya concluido, en el patio del orfanato, que es donde se servirá el refrigerio.

Los casados allí presentes están pensando en cómo les dirán a sus mujeres que tienen que acompañarlos al singular enlace entre un tullido y una negra porque ella es la hermanastra del hijo del amo del taller donde trabajan. Los solteros, sin embargo, están pensando a quién llevarán de acompañantes o a quién conocerán al día siguiente en el convite. Y, otra vez, todos ellos, sin excepción posible, caen en la cuenta de que nunca habían escuchado a Juan hablar tan alto y tan seguido en los años que hace que lo conocen, por lo que rompen a aplaudir entre vivas.

Poco a poco, los trabajadores, después de apurar la última gota de aguardiente de la última de las canecas, comienzan a irse, no sin antes estrechar las manos de los cuatro e intercambiar frases de falsa complicidad con los tres hermanos y chascarrillos algo más procaces acerca de la noche de bodas con su compañero de taller.

Al poco quedan solos los cuatro. Margarita y Ascensión ríen y cuchichean aparte de los hombres. Ascensión quiere que su hermana luzca lo más guapa posible el día de su boda, y le propone usar polvo de arroz para aclarar en lo posible su piel. Margarita la deja hablar, de la misma manera que tiene pensado dejarla hacer al día siguiente. En realidad, a Margarita no le importaría acudir al enlace vestida de Pierrot o disfrazada de forzudo de feria con tal de poder casarse con el que ella considera el mejor hombre del mundo.

Margarita busca a Esteban con la mirada y, para su sorpresa, lo descubre serio y con cara de preocupación. Desde donde ellas están, no alcanza a oír lo que Juan le está diciendo a su hombre:

—Hablé ayer con mi padre sobre la dote de Margarita.

Esteban abre los ojos muy asustado. No se esperaba que algo así pudiese suceder. Él no anda buscando dinero ni problemas; solo quiere casarse con Margarita y vivir en paz con ella en la casa que han comprado y arreglado junto al manantial. Teme la reacción de don Alonso. Sabe — porque su amigo se lo dijo el mismo día que se conocieron— que el padre de Juan es un hombre duro, y piensa que no es del tipo de persona que dejará insatisfecha una afrenta.

Está convencido de que tendrá problemas con el amo si este sospecha que ha sido él el que ha ido con cuentos a su hijo acerca de la conversación que ambos mantuvieron. Sin embargo, lo que no se espera es que sea el propio Juan quien esté molesto con él.

—No necesito que me protejas de mi padre.

—¿Por qué dices eso?

—Ayer te pregunté por la dote de Margarita y me contestaste que eso ya estaba solucionado.

Esteban hace amago de replicar, pero prefiere no hacerlo hasta averiguar qué es lo que su amigo conoce del tema.

—No intentes justificarte diciendo que no mentiste. Me ocultaste la verdad, y eso es tanto como mentir.

Esteban se siente avergonzado por haber traicionado la confianza de su amigo, su amigo de verdad, su único amigo, de igual forma que él es el único y verdadero amigo de Juan. El sentimiento de culpa lo embarga hasta el punto de casi hacerle llorar. Un hilo de voz se abre paso a través del nudo que atenaza su garganta.

—Perdóname, Juan, tienes razón.

Juan percibe la angustia de Esteban, y no le gusta. No soporta el sufrimiento ajeno; bastante tiene con el suyo. Decide ponerle fin. Apoya sus manos en los hombros de Esteban con suavidad, con ternura, como queriendo que su amigo note, a través del tacto, todo lo que lo quiere.

—Tranquilo, no pasa nada.

Una de las manos de Juan, abandonando el hombro en que se encuentra, viaja a la barbilla de Esteban y la levanta hasta que consigue que los ojos de su amigo lo miren de frente.

—Escúchame. Mi hermana va a recibir una dote de cien duros. El chocolate y las pertinentes rondas que se tomarán en la asociación de labradores corren por cuenta del padrino y, además, esta misma tarde pienso hablar de nuevo con mi padre para que te suba el sueldo. No permitiré que sigas cobrando menos que un aprendiz.

—¡Juan, por Dios!

Esteban está muy nervioso. Las palabras recién pronunciadas han salido de su boca con prisa, a medio masticar, pero Juan, que lo último que desea es que su amigo se asuste más de lo que ya está, se da incluso más en tranquilizarlo.

—La dote y la convidada de mañana quedan entre tú y yo; por mi boca no se va a enterar nadie. Malicié desde un principio, por cómo evitabas ayer el tema, que mi padre te había soltado una de las tuyas. Así que me hice el distraído y le pregunté que qué habías hablado con él sobre tu boda con Margarita. Me respondió que no sabía nada del tema, y yo tampoco le dije nada. Por otra parte, lo del aumento de sueldo es algo que clama al cielo desde hace tiempo.

—Yo tengo ahorros, Juan...

—Pues los guardas para cuando los necesites.

Esteban no da crédito a la cantidad de palabras que salen de la boca de Juan. Pero, sobre todo, no puede creer el montón de promesas y ofrecimientos que le está haciendo. Es cierto que Margarita y él tenían un dinero ahorrado, como lo es también que no les queda ni un céntimo de todo lo guardado. Esas quinientas pesetas les van a venir muy bien para adquirir todos los aperos que aún necesitan para terminar de equipar la cocina y para comprar el ajuar de invierno del dormitorio. Habían pensado que Margarita cocinara en una fogata en la calle los domingos, ya que el resto de la semana seguirían comiendo en la carpintería, como siempre; pero ahora, gracias al ofrecimiento de Juan, podrían comenzar su vida en común con algo más de holgura.

Con todo, Esteban no puede evitar que un negrísimo nubarrón le tape el sol que ilumina tanta felicidad. Teme la reacción que don Alonso pueda tener si se entera de todo o de parte de la conversación que Juan y él sostienen, porque sabe perfectamente de lo que es capaz el amo cuando está ofuscado. Por eso le gustaría creer que la charla entre padre e hijo ha sido tan escueta como Juan se la ha referido. Le gustaría volver a esa parte de la conversación para poder preguntárselo con naturalidad... Pero ahora ya es tarde. No lo hizo en el momento, y le parece que sacar de nuevo el tema, después de que él mismo se encuentra en deuda con su amigo por haberle ocultado la verdad, podría llegar a ofenderlo.

Está acostumbrado a que los parlamentos entre ellos duren una décima parte de lo que está durando este, y es él quien, por una vez, se siente incómodo. Se levanta y le tiende la mano en un intento de darlo por finalizado.

—Gracias, Juan.

—¿Tienes traje?

El motivo de que no les quede nada del dinero que tenían ahorrado es que se lo han entregado todo al viudo de Xius. Pero traje sí tiene, ¡y bien bonito que es! El traje es el regalo que en el orfanato le han hecho por todo el tiempo que lleva aportando una peseta a la semana al cepillo de san Judas Tadeo, patrón de las causas imposibles. Esteban ha intentado rechazarlo arguyendo que la peseta la daba de corazón y no para comprar el favor de la orden, pero sor Patricia se ha indignado de tal forma ante lo que ella ha dado en llamar *falsa humildad* que no le ha quedado más remedio que aceptarlo.

—Sí, sí tengo. Gracias de nuevo.

—Deja ya de dar las gracias por todo, que me estás poniendo nervioso.

\*\*\*

La tarde anterior, la del viernes, los novios la ocuparon saldando la deuda que contrajeron al adquirir la casa.

Cuando Esteban salió de trabajar, Margarita lo estaba esperando en la puerta del taller con un hatillo que contenía los ahorros de toda una vida entre las manos. Habían quedado en verse con sor Patricia en el orfanato a las siete y media y, en el mismo sitio, aunque media hora después, con el viudo de Xius. Así que ahora andan con prisas, porque don Alonso ha entretenido a Esteban con un par de nimiedades que bien podían haber esperado para el día siguiente.

—No corras tanto, amor, no te vayas a hacer daño. No creo que al viejo le importe esperar un poco más después de todo lo que ha esperado.

—Voy bien, no te preocupes. Además, no es por ese huraño por quien corro, sino por la hermana, que ya debe estar preocupada.

Cuando llegan al orfanato, sor Patricia los está esperando en el recibidor con gesto serio mientras mantiene aferrado con ambas manos contra su pecho el cofrecito que ha usado todos estos años como alcancía.

—Llegáis tarde, diablillos. Vamos rápido al comedor. Le he dicho a la hermana portera que acompañe hasta allí al viudo cuando llegue.

Margarita y Esteban, ante la ahora entusiasta mirada de sor Patricia, sentados al final de una de las interminables bancadas del comedor, cuentan por separado y luego juntan los ahorros de ambos. No es que les haga falta contarlo; saben perfectamente que Esteban tiene tres mil doscientas pesetas y Margarita, lo que falta hasta cuatro mil quinientas. Pero les hace ilusión que por una vez, al hacer la suma final, no falte ni un céntimo de esa mágica cifra.

Llegar a juntar cuatro mil quinientas pesetas ha sido su meta durante estos dos últimos años, desde que se decidieran a hablar más seriamente de planes de boda y acordaran que Esteban debía acercarse a preguntar al viudo de Xius por la deshabitada casa que este tenía junto al manantial. Reunir el dinero ha sido más que una obsesión para ellos; ha sido, sobre todo, un modo de vida. Cuando el trato que selló sus destinos al de la casa hubo terminado y arrojó sobre ellos dos, humildes asalariados, la exorbitante cifra, cada céntimo que sor Patricia guardaba celosamente en la alcancía se restaba automáticamente de las cuatro mil quinientas pesetas. Cada vez que estaban enfermos y se aguantaban sin ir al médico y sin gastar en medicinas, cada vez que Esteban rechazaba la oferta de sus compañeros de acercarse a la asociación, cada vez que Margarita soñaba con un vestido o un sombrero y sacudía la cabeza para librarse del incómodo pensamiento, sustituyéndolo por la visión de la casa terminada de arreglar o la casa habitada por ellos, se sentían más y más cerca del éxito final.

—Tú no tienes lo que vale esa casa, muchacho.

—¿Cuánto vale? Diga.

El viejo lo miró de hito en hito, incrédulo ante el atrevimiento que exhibía quien él pensaba que no era más que un tullido desharrapado.

—Dos mil duros, lo menos.

Esteban se había informado con un par de tratantes y había llegado a la conclusión de que la casa no valía más de seis mil pesetas. Pero sabía que el viudo de Xius era un rácano incorregible que además disfrutaba haciendo negocios; por eso, tiró muy por lo bajo en su primera oferta.

—Le doy dos mil quinientas pesetas y nos entrega el tejado reparado.

El viudo de Xius se sorprendió con la respuesta del tullido, aunque se guardó muy mucho de demostrarlo. Lo que sí hizo, olvidándose de cualquier recelo, fue empezar a tomarse en serio la conversación. El viudo, desde ese momento, comenzó a ensalzar las bondades de la casa: el manantial cercano, el refugio que ofrecía el bosque en el que estaba ubicada, con toda esa leña a disposición durante el frío invierno, y la fresca sombra de los chopos y llorones en el verano. Esteban le decía que sí al viejo con la cabeza mientras este le hablaba y luego le rebatía, sin menospreciar nunca la propiedad: que la casa necesitaba muchos arreglos y que estos tendrían que salir todos de su bolsillo, a lo que el viudo contestaba con otra nueva retahíla dedicada a ensalzar lo que él daba en llamar con insistencia su *bella casa*. Y así una hora tras otra, hasta que se hizo de noche, toda una inacabable tarde de domingo.

Luego de mucho tirar y aflojar por parte de ambos, el precio se fijó en las consabidas cuatro mil quinientas pesetas. También acordaron que la propiedad se entregaría tal como estaba, por lo que las reparaciones pertinentes —arreglar el tejado, solar la mayor parte del suelo de las habitaciones, que se encontraba en muy mal estado o simplemente había desaparecido, dotarla con una chimenea, reparar o, mejor, sustituir todas las tuberías, pintarla por dentro y encalarla por

fuera— correrían a cargo del comprador. Eso sí —y en eso estuvo muy hábil Esteban—, no le pagaría nada hasta que la casa fuese habitable. Con eso se dieron la mano, y al cabo de un mes, cuando el acuerdo estuvo listo para la firma, ambos lo rubricaron ante el notario principal de Malcocinado.

Esteban y Margarita acudían a la casa todos los domingos después de misa para trabajar en su reparación. Sor Patricia los acompañaba la mayoría de las veces. Solía llevar consigo queso o jamón asado y también alguna perrunilla que todos compartían. Cuando el trabajo requería músculo, la hermana se hacía acompañar de un par de mozalbetes del orfanato, de los que ella sabía que antes se dejarían despellejar que contar a nadie lo que habían estado haciendo toda la tarde en su compañía.

Esteban, calculando más que el contable de una naviera, ponía extremo cuidado en que las obras de reparación no progresasen más rápido que sus ahorros.

—¡Me engañaste, mozo del demonio! Ahora que bien merecido lo tengo por no tratar con caballeros.

El viudo de Xius se desesperaba cada vez que visitaba la obra y esta no avanzaba al ritmo que él suponía debía hacerlo.

—Caballero es aquel que, aun arrepintiéndose de la palabra dada, la cumple. Por eso lo llevé al notario, viejo, porque me figuraba que no estaba tratando con uno.

El viudo de Xius, geniudo y malhumorado como era, escupía entonces cerca de sus botas, soltaba una maldición y les mostraba las espaldas a los allí reunidos mientras enfilaba el camino de regreso al pueblo. En más de una ocasión, cuando recorría el trayecto que separaba la casucha de Malcocinado, había estado tentado de acercarse a las autoridades competentes a denunciar que había visto a niños del orfanato trabajando en domingo. Solamente le retuvo el hecho cierto de que, procediendo así, lo único que conseguiría sería retrasar aún más el cobro de la deuda.

Ahora, algo más de dos años después, ante las cuatro mil quinientas pesetas de las que le hace entrega sor Patricia, no sin antes hacerle firmar un recibí, el viudo de Xius reprime maldiciones porque le cohibe la presencia de la religiosa, aunque no lo suficiente como para impedirle mirar a Esteban con acumulada inquina mientras le echa en cara lo mal que se ha portado con él:

—¡Dos años me has hecho esperar por un dinero que, a mi edad, ya no voy a tener tiempo de disfrutar!

Sor Patricia, acompañando el gesto con una pícara sonrisa, pone una mano encima del hatillo que contiene la mágica cantidad y amaga el gesto de atraerlo hacia ella.

—Siendo así, ¿por qué no lo dona al orfanato y hace una buena obra? No creo que vaya a encontrar mejor manera de preparar su alma pecadora para el momento en que tenga que enfrentarse al juicio con el Sumo Hacedor.

Entonces, el viudo de Xius, completamente fuera de sí, vuelve la vista hacia la hermana, arroja el recibí firmado con malos modos sobre la mesa y, en un gesto bastante más brusco del que hubiera hecho falta, aparta la mano que la religiosa tiene sobre el dinero.

—Mi alma ya no tiene salvación, señora mía, ni la pretende.

## VI

Cuando Inés regresa a su casa acompañada por Dionisio todavía se encuentra bien. Cualquier otro día hubiese subido sola y Dionisio se habría quedado regando el huerto, y habría hecho él el viaje con los frutos recogidos hasta la casa mucho después; pero hoy Inés ha decidido que no correrá ningún riesgo. A última hora, cuando ya se disponía a emprender el camino de vuelta, desdiciéndose de lo último que le había mandado al negro, le ha sugerido que lo mejor es que hoy deje el riego para la tarde y que suba con ella acarreado el primer viaje. Dionisio no se ha extrañado de la petición. ¿Cómo hacerlo cuando sabe que ha sido él mismo el que ha sembrado la duda en la mente de la señora?

Al llegar a la casa se encuentra con que su marido está solo en la cocina ante un tazón de leche manchada con una mezcla a partes iguales de café y achicoria. Don Alonso es sorprendido por su mujer mientras deja caer dentro de la mezcla, como tiene por costumbre desde muy pequeño, trozos de pan duro que luego rescatará con una cuchara, donde los dejará escurrir un momento, apoyados contra la pared del tazón, antes de llevárselos a la boca.

—Buenos días.

—Buenos días, mujer.

Inés hace pasar a Dionisio, que saluda con una silenciosa inclinación de cabeza, y le hace indicaciones para que vacíe sobre la mesa todo lo que lleva en la cesta. Don Alonso, viendo que el espacio donde desayuna va a ser ocupado, decide levantarse, salir a la calle y sentarse en el poyo que está incrustado en la pared por la parte de fuera, con su tazón en la mano, a disfrutar a la sombra del poco frescor que aún le resta a la mañana.

Dentro, bajo la atenta mirada de Inés, Dionisio va depositando sobre la gran mesa las hortalizas y frutas de la cesta hasta que esta está vacía y aquella llena.

—Voy a por el segundo viaje, señora.

—Sí, ve.

Dionisio sale por la puerta de la cocina, se despide de don Alonso y se pierde loma abajo.

Mientras tanto, Inés se ha servido un tazón idéntico al de su marido hasta en los trozos de pan que flotan en su interior y sale a sentarse en el poyo junto a él.

Don Alonso e Inés llevan algo más de diez años casados. Fue el suyo un matrimonio de conveniencia, como lo eran todos entre la gente que contaba con algo de dinero o de influencias en España a finales del siglo XIX. Los pobres, sin embargo, tenían más libertad a la hora de elegir pareja.

La encargada de escoger la esposa de don Alonso había sido Fátima, la madre de este. Su padre llevaba varios años enterrado cuando a él se le ocurrió que lo mejor que podía hacer con su

vida era casarse y procurarse un heredero para que este, a su vez, hiciese lo mismo en el futuro. No se casó joven, aunque su futura esposa sí que lo era. Al igual que hizo su padre antes que él, don Alonso se dedicó primero a engordar su fortuna antes de decidirse a dar el paso definitivo.

Fátima, por encargo de su hijo, se dedicó por un tiempo a hacer un exhaustivo estudio de todas las familias acomodadas de Malcocinado antes de decidirse por la de José. El padre de Inés era tinajero, ni más pobre ni más rico que otras familias con hijas casaderas a las que ella les había echado el ojo. Pero distinguía a esta del resto el que el cabeza de familia fuese viudo y anciano, además de que fuese Inés su hija única. Fátima pensó que, no teniendo nadie más a quien casar, el viudo sería más generoso que otros con la dote, y que no habiendo ningún otro hermano con quien repartir, sería también mucho más abundante la herencia cuando llegase. Y acertó en ambas cosas.

Don Alonso nunca fue un niño rebelde, maleducado o simplemente travieso. Tampoco había sido un adolescente problemático, ni un joven altivo u orgulloso. Por eso ni siquiera se planteó poner en duda la decisión que su madre había adoptado cuando esta se la comunicó. Así pues, acompañó a Fátima a pedir la mano de la novia cuando se lo solicitó, hizo visita todas las tardes de domingo que duró el noviazgo, se casó en el día señalado y se dedicó luego a hacer su vida de hombre casado y respetable mientras dejaba que la vida resbalase suavemente a través de los plácidos días que conformaban su existencia.

Decir que la misma premisa podría aplicársele también a Inés no sería, ni por asomo, cierto. Es verdad que acató con sumisión la decisión de su padre de casarla con un desconocido. Es verdad que recibió cada tarde de domingo al caballero en cuestión y lo atendió con esmero y hasta con gusto. Es verdad que se casó donde y cuando le dijeron ataviada con un precioso vestido rosa hecho para ella para la ocasión. Y es verdad que solo vivió, a partir de entonces, como se supone que debe hacerlo la abnegada esposa de un empresario de provincias. Pero ¿tenía otra opción? En realidad, Inés estaba tan atrapada por el papel de señora que le tocaba representar como Dionisio dentro de su piel oscura. Ninguno de ellos era más libre que el otro, por mucho que Inés creyese lo contrario.

—¿Cómo te encuentras?

—Rara.

—No me extraña. No creo que ningún cristiano haya conseguido dormir esta noche como es debido. Yo también me siento raro, no te preocupes.

Los esposos terminan de beberse el tazón en silencio. Inés vuelve a la cocina con los recipientes vacíos y los deposita en la pila. Enseguida se ocupa de colocar en la despensa lo que necesitará para la casa y de dejar en un rincón de la mesa lo que Dionisio habrá de llevarse al mercado. Cuando termina, asoma la cabeza por la puerta de la cocina y se dirige a su marido, que sigue sentado afuera.

—Voy a recostarme un rato. No creo que me duerma, pero, por si acaso, haz el favor de avisarme cuando regrese Dionisio del huerto.

—Sí, mujer. Descuida. Ve y descansa.

Inés sale de la cocina por la puerta que da al taller. Todos los trabajadores le dan los buenos días cuando ella pasa por su lado y a todos ellos responde con una inclinación de cabeza y media sonrisa. Al llegar al pie de la escalera que, arrancando desde el propio taller, conduce al piso de



arriba, donde se encuentran los aposentos de la familia, se topa con alguien a quien no conoce: un niño que, según calcula ella, tendrá unos diez o doce años y que la mira con ojos expectantes. Inés amplía su sonrisa y el niño se la devuelve.

—¿Quién eres tú?

—¿Yo? Esteban.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde anoche.

—¿Llevas toda la noche ahí de pie?

Esteban se ríe por la confusión y le explica a Inés que, en realidad, se acaba de levantar; también le cuenta que ha dormido bajo el hueco de la escalera, que es donde lo acomodó la noche anterior don Alonso, al que está muy agradecido por haberle dado el sitio más fresco de todo el taller.

—No me puedo imaginar dónde has estado durmiendo hasta ahora para pensar que ese rincón apestoso y sin ventilación es fresco.

—En el orfanato, señora.

Esteban ha estado muy bien cuidado los años que ha vivido en el orfanato y sabe que don Alonso lo ha puesto a dormir bajo la escalera para quitárselo de en medio. Pero la hermana Patricia, mientras él se despedía de la madre superiora la tarde anterior, le pidió que fuese amable con la gente que lo acogía; y después, en un aparte, le aconsejó que fuese inteligente, como ella sabía que el niño podía serlo, si lo que quería era tener un trabajo y ser un hombre de provecho por el resto de sus días.

—Ya, bueno. Lo mejor será buscarte otro sitio, pero ahora no. Ahora no tengo el cuerpo para nada que no sea descansar. Lo haremos esta tarde. De todas formas, hasta que no llegue la noche no hay prisas, ¿verdad?

—Sí, señora. Digo..., no. Lo que usted diga.

Inés, una vez en su cuarto, se recuesta sobre la cama que ahora, después de que la brisa de la mañana haya evaporado el sudor que ella misma y su marido han dejado adherido a las sábanas, está fresca. Un segundo después, duerme profundamente.

Don Alonso pasa de la cocina al taller siguiendo el mismo itinerario que su esposa. Itinerario que, en realidad, es el único lógico, a no ser que se quiera salir por la puerta de la cocina que da a la calle y rodear todo el edificio para acceder a él por la del taller. Pasea la mirada y observa con agrado que todos están en sus puestos. Un par de carpinteros, de los que se encuentran más próximos, se acercan a consultarle algún asunto referente a las tareas que les ocupan. Él los despacha diligentemente con buenos consejos e instrucciones precisas. A continuación da alguna orden más general, sin precisar a quién va dirigida. Luego aconseja a un joven oficial sobre cómo labrar la delicada madera de peral que tiene entre manos, y cuando por fin cree que todo está como a él le gusta, hace un gesto de conformidad para sí y se dispone a subir las escaleras que llevan a la vivienda de la familia para abandonar la serrería, no sin antes echar un último vistazo desde lo alto a su taller. Es entonces cuando descubre a Esteban con cara de estar desubicado, perdido como lo estaría un bando de gorriones nuevos entre las primeras nieves. *Ya no me acordaba de este mozalbete*, dice entre dientes. Vuelve a bajar las escaleras y lo llama con la

mano para que acuda hasta donde él se encuentra; llama también a uno de los aprendices y, cuando los tiene a los dos delante, le encomienda a este último la tarea de enseñar al primero los deberes que como mozo de almacén tendrá que desempeñar a partir de ese mismo instante.

Don Alonso, una vez en la planta de arriba, se acerca hasta el cuarto de Juan, su primogénito. Complacido, lo observa dormir el sueño de los inocentes durante varios minutos. Luego repite la operación con Ascensión y, por último, se dirige a su propia habitación, donde se encuentra con que la puerta está entornada casi en su totalidad. Se detiene un momento a escuchar el sonido de la acompasada respiración de su mujer. No va a abrir la puerta; prefiere, para evitar en lo posible hacer ruido, asomar la nariz y un ojo por el resquicio por el que la luz se escapa de la habitación. *Duerme. ¡Qué alegría!*, se congratula al descubrir su cuerpo abandonado sobre las sábanas. *Está tan bella así...*

Don Alonso decide que no va a llamarla cuando Dionisio regrese con el segundo viaje, así que baja a esperarlo a la cocina con la intención de servirse otro tazón de leche manchada. Cuando entra, se encuentra con la cocinera que ayuda a Inés a preparar el gran almuerzo de todos los días.

—Buenos días, Felisa.

—Buenos días tenga usted.

Don Alonso coge un tazón limpio de una de las gavetas de la cocina y se lo entrega a Felisa. Ahora que la cocinera está en su puesto de trabajo, le parece impropio andar enredando en un lugar que, claramente, no le corresponde.

—¿Me preparas una leche manchada como a mí me gusta? Solo medio tazón, por favor.

—Claro, señor, cómo no.

Don Alonso recibe el tazón de manos de Felisa y se sienta de nuevo en la gran mesa que reina en mitad de la cocina, como hizo la primera vez, cuando se levantó de la cama chorreando sudor y él era el único que estaba despierto en toda la casa.

—¿Sabes tú lo que se va a servir hoy a los trabajadores?

—Sí, señor. Pipirrana.

—Pues haz el favor de acercarte a ver si con lo que hay en la despensa tienes bastante para prepararla. Dionisio va a volver enseguida del huerto y no quiero despertar a la señora sin necesidad. La pobre se acaba de dormir.

Felisa se acerca a la despensa, busca con la mirada y encuentra los tomates, las cebollas y los pimientos verdes y rojos exhibiendo sus carnes tersas y brillantes y que, desafiando las tinieblas de la fresquera, se hacen visibles una vez que los ojos de quien los mira se habitúan a la penumbra.

—No hay pepino, señor.

—Esperemos a ver qué trae Dionisio en el segundo viaje.

No bien termina de hablar cuando se oye a Dionisio pedir permiso desde la puerta de la calle para entrar. El negro, que durante el camino venía alegre bajo la brutal carga de la cesta, cantando para sí las viejas canciones de esclavos que aprendiera en su niñez, al llegar a la casa, ante la presencia del amo, deja que una expresión sombría se apodere de su rostro de negro viejo, de su cuerpo de subyugado animal apaleado.

—Pasa. Mira a ver lo que trae, Felisa.

La parte de arriba de la cesta está a rebosar de pepinos. Felisa los toma a puñados y los echa directamente a la pila para lavarlos. Debajo de ellos, aparece una hermosa sandía que debe rondar la arroba de peso, si no más. A don Alonso, al abrazarse a ella para sacarla, se le han endulzado los ojos con la promesa del frescor de su carne. Al fondo de la cesta, con prisas por volver a llenar el hueco que esta ha dejado, han caído por montones tersas zanahorias y verdes calabacines.

—¿Necesitas algo de esto otro?

—Para mañana, la señora había pensado hacer pisto de calabacín.

—Mañana será otro día. ¿Necesitas algo para hoy?

—No, señor.

Dionisio quiere advertir a don Alonso de que la señora no tiene intención de bajar al día siguiente al huerto, pero el amo lo cohibe en exceso y no se atreve a hablar.

—Muy bien, termina de cargar la cesta con lo que hay sobre la mesa y el aparte que hizo antes la señora y se la llevas al verdulero.

—Sí, señor.

Don Alonso espera paciente a que Dionisio termine de ponerlo todo dentro de la cesta, y cuando este ya ha salido, vuelve a sentarse a la mesa. Enseguida, vuelve al tazón largamente abandonado. Está frío. No, ni siquiera eso; está tibio. Sobre la superficie se ha formado una tela transparente y arrugada que aparta con un dedo. Le da un tiento con los labios muy juntos y fruncidos. El sabor de la mezcla le hostiga el paladar. Por un momento piensa en tirarlo por el sumidero, pero en lugar de eso se aplica en dar sorbitos cortos al repulsivo mejunje mientras mira sin ver cómo Felisa lava y trocea con celeridad todos los ingredientes. *¿Estará de parto?*, considera. *Nunca la he visto dormir tanto rato después de amanecido.* Don Alonso saca del bolsillo el reloj de plata de ley que heredó de su padre y lo consulta con cara de preocupación. *Lleva más de una hora.*

Felisa termina de alinear la pipirrana que descansa en una artesa sobre la mesa auxiliar. La que ella misma, como aprendió a hacer de Inés cuando entró a trabajar a su servicio, ha acercado a la pila para hacer la tarea con mayor comodidad. En realidad, la mesa auxiliar no es otra cosa que cuatro tablones clavados en tijera de dos en dos sobre los que se apoya un tablero de pino sin forma regular. Uno de los aprendices la construyó siguiendo las especificaciones de Inés. Para don Alonso, la mesa auxiliar es una abominación a la que evita mirar.

—¿Me ayuda usted, señor?

—Claro, mujer, ¿qué necesitas?

—Bajar la artesa con la pipirrana a la fresquera hasta la hora de comer.

—¿Solo eso?

A Felisa le parece que la pregunta de don Alonso lleva implícita una crítica sobre el poco trabajo que tiene que hacer y, en un santiamén, le hace una lista detallada de todas las actividades que desarrollará durante el transcurso de la mañana.

—Sí, bueno, pero además hay que limpiar toda la cocina, poner la mesa para el regimiento que trabaja para usted, y también hay que trocear el pan (aunque no lo voy a hacer hasta el último momento para que no se reseque)..., sin contar con todo lo que habrá que limpiar cuando esos

vándalos terminen de comer.

Don Alonso no tiene por menos que sonreír.

—Está bien, me avisas con lo que sea.

Cuando regresan de la fresquera, se encuentran con que Juan, despeinado, descalzo y vistiendo un holgado camisón blanco completamente arrugado, lo mira con la cara abotagada por el sueño reciente desde el centro de la cocina.

—Buenos días, hijo.

Juan abre mucho los ojos, intentando que estos se despeguen del todo, luego chasquea la lengua y traga saliva para aclararse la garganta.

—Buenos días, padre.

—¿Por qué no subes a refrescarte y a ponerte algo encima antes de desayunar?

—¿Qué hora es?

Don Alonso acaba de consultar su reloj no hace ni cinco minutos, pero lo vuelve a sacar del bolsillo con un gesto mecanizado que siempre logra hipnotizar a Juan, por todo lo que él imagina que debe significar ser el poseedor de un artilugio como ese.

—Las diez, y un calor de justicia.

Don Alonso ríe abiertamente su propia imitación del sereno del pueblo, pero enseguida vuelve a recordar que su mujer posiblemente esté de parto y la risa se le atraganta hasta convertirse en una tos convulsa.

Juan y Felisa, que se habían unido a su risa y que se alimentaban de ella para existir, quedan abandonados a su suerte, y mientras uno decide continuar riéndose, aunque con más mesura, la otra se pone muy seria de repente.

—Perdón, señor.

Don Alonso, secándose las lágrimas que le han provocado el ataque de risa primero y el de tos después, agarra a Juan, que todavía sonrío, y se lo lleva a través del taller hasta el pie de la escalera.

Al empezar a subir, Juan se fija en Esteban y detiene la marcha.

—¿Quién es ese niño?

Esteban se da cuenta de que padre e hijo lo señalan mientras murmuran entre sí, y se sonroja.

—¿Ese?, el nuevo mozo.

—¿Cuántos años tiene?

—No sé, tu edad más o menos.

—¿Puedo invitarlo a jugar?

—Mejor sube primero a arreglarte, bajas a desayunar y luego hablamos.

Don Alonso decide matar el tiempo de espera recorriendo las mesas de los oficiales mientras observa el trabajo que realizan. Lo echa de menos. En un acto reflejo hace crujir los dedos, como tenía por costumbre hacer antes de ponerse manos a la obra cuando aprendía el oficio con su difunto padre, don Arnaldo. A don Arnaldo lo recuerda muy viejo, tal como era en los últimos años. En comparación, Fátima, su joven esposa, era tan solo una niña. También lo recuerda demostrando un cariño siempre sincero con él y con su madre. *¿Cómo nos queríamos los tres!*, rememora.

Por el rabillo del ojo, don Alonso ve abrirse la puerta de la segunda planta; por ella sale Juan, muy arreglado y repeinado, acompañado de su hermana Ascensión, un año menor que él. Bajan de la mano, riendo Dios sabe de qué. Don Alonso los acompaña a la cocina y los deja con Felisa.

—Voy a ver a la señora. Son casi las diez y media, ya empieza a preocuparme.

Cuando el inquieto marido llega al cuarto, casi de puntillas, e intenta asomar la nariz y el ojo como hiciera la primera vez, se encuentra con la voz de Inés.

—¿Aún no ha llegado Dionisio?

Don Alonso evita contestar a su mujer. No quiere que ella sepa que le ha llevado la contraria en asuntos en los que su intervención nunca ha sido necesaria ni requerida: el huerto y la cocina. Y aunque podría decirle que lo ha hecho porque le preocupaba su salud, o porque creyó que estaba poniéndose de parto y que el descanso le vendría bien, prefiere eludir el tema y responder con otra pregunta.

—¿Llevas rato despierta?

Inés se ha despertado por el ruido que han hecho sus hijos mientras se preparaban para bajar a desayunar, pero ella, en su atontamiento, está convencida de que lo que la ha sacado de su reparador sueño ha sido el suave rechinar de las abarcas de su marido en el pasillo, pero no se lo dice para no hacerle sentir mal.

—Un rato ya.

—¿Qué tal estás?

—Mejor.

Don Alonso se sienta en el borde de la cama con cuidado mientras cariñosamente aparta un par de mechones de la cara de su mujer.

—Estás muy sudada. ¿Quieres darte un baño?

Inés se rebulle en la cama intentando acomodarse. Es entonces cuando nota lo empapada que está. Busca con las manos el origen de tanta humedad. *Es sudor*, piensa. Pero al palpar su propio cuerpo algo más abajo y notar la viscosidad del líquido entre sus piernas, se desdice para sí, meneando imperceptiblemente la cabeza, antes de dar la alarma.

—Estoy de parto.

—¿Estás segura?

Inés ha roto aguas mientras dormía. Don Alonso, que la mira espantado, se ha levantado como un resorte y camina de espaldas hacia la puerta. Pareciera como si, ahora que Inés pudiera estar de parto, su sola presencia en la habitación fuese algo inconveniente y fuera de lugar.

—Sí, eso creo.

Inés deja de pensar con claridad. Ahora, aterrada como está, una sola cosa ocupa su mente sin dejar espacio para nada más: esa cosa es un nombre de mujer. Una mujer de la que nunca nadie se acuerda, a la que incluso evitan saludar las gentes de bien cuando se cruzan con ella por las calles del pueblo y que, sin embargo, es la primera que acude a la memoria de todos cuando servicios como los que necesitará hoy Inés son requeridos.

La parturienta, con una expresión de súplica escrita en los ojos, los vuelve al lugar que hasta hace un segundo ocupaba su marido.

—¡Alonso, por Dios! Avisa a Luzía Gadanha.

Pero don Alonso ya no está allí para dar contestación a su mujer. El asustado esposo ha atravesado el pasillo, que hace un momento recorriera de puntillas, a la carrera, y el ruego de su esposa lo alcanza, por poco, terminando de bajar las escaleras.

## VII

Margarita, acompañada de sus hijos, llama a la puerta de la cocina de la casa, que todavía es de don Alonso, para encontrarse con que Juan no está: ha ido con Ascensión al huerto para ayudarla con el riego. La que los atiende es Bótoa, la joven esposa de su hermano. Oronda como está debido a la preñez y manteniendo, a pesar de lo avanzado de su estado, la extrema delgadez característica del resto de su cuerpo, a Felipe le recuerda a una culebra de agua que vio una vez reposando el almuerzo en la orilla del puesto de pesca. La culebra se había tragado vivos varias decenas de alevines; a algunos todavía se les veía moverse a través de la fina piel, dentro del abultado vientre. Al percatarse de la llegada de los hermanos, la culebra se deslizó pesadamente sobre la húmeda ribera hasta el río, se sumergió y, un instante después, desapareció entre los limos del fondo.

—No creo que tarden.

—Bueno, pues los esperamos, y así te hacemos compañía.

—¿Te apetece tomar café? Tengo prestiños para acompañar. Los traje Juan el otro día del convento cuando fue a visitar a su abuela para contarle que al pobre don Alonso no le quedan ya ni dos meriendas.

Bótoa rebosa salud y simpatía, pero, sobre todo, sinceridad. La muchacha no tiene reparos para llamar a las cosas por su nombre. Esto fue lo que más le chocó a Juan de su esposa cuando comenzaron a intimar después de casados. Lo que en un principio le pareció virtud, a los pocos meses se le tornó insolencia. Ahora, sin embargo, transcurridos casi dos años de vida en común, no sabe muy bien qué pensar. Margarita, en cambio, lo tiene claro: su cuñada le agrada profundamente.

—Pobrecillo, Dios le dé buena muerte.

—Eso ya no va a poder ser. El pobre viejo lleva sufriendo de lo lindo desde poco después de mi boda, y va para dos años. ¿Tomamos el café o no? —Bótoa sostiene un caldero mediano entre las manos.

—¿No te parece mejor que los esperemos, para tomarlo todos juntos?

—Pues... sí, eso estaría bien. Ayúdame entonces a colarlo, y así entretenemos la espera.

Bótoa le tiende el caldero a Luis y se apoya trabajosamente sobre el fogón de la cocina, que aún está frío, cuando el mayor de sus sobrinos la libera de la carga.

—Anda, Luis, acércate a llenarlo a la fuente. Y tú, Felipe, no te importará traer unas briquetas de carbón, que se nos han acabado, ¿verdad?

Juan y Ascensión, en efecto, vienen ya de regreso. Ambos se dedican a darle vueltas a lo que la abuela Fátima le ha contado a Juan a través de los barrotes de la sala de entrevistas del

convento, donde lleva enclaustrada desde hace casi treinta años.

Fátima es tan solo diecisiete años mayor que Alonso, su único hijo. Se casó el mismo día que cumplió los dieciséis con el mejor y más afamado ebanista de Malcocinado, que es la cabeza de partido y que dista unos quince kilómetros de La Cántara, su aldea natal.

Don Arnaldo, que tenía sesenta y seis cuando se casaron, había llegado, años atrás, a un acuerdo con la humilde familia de Fátima cuando esta contaba tan solo doce. El anciano la había visto jugando en las calles de la aldea, sucia y desaharrapada, como iba siempre, pero también hermosa y gallarda como la diosa que, sabedora de su poder, lo pasea impudicamente por sus dominios. Y se prendó de ella. El ebanista se ofreció entonces a costear la crianza de Fátima a condición de que pudiera casarse con ella el mismo día en que la niña tuviese edad para ello.

El padre de Fátima aceptó encantado el dinero que el ebanista le hacía llegar todas las semanas con el cartero que compartían los dos pueblos. Esos cuartos que su futuro yerno le enviaba le servían no solo para criar holgadamente a la chiquilla, sino también para tener contento al dueño de la taberna donde solía coger unas melopeas tan sonadas que, de la menor de ellas, podía tardar tres días en recuperarse.

Para la madre de Fátima, un alma de Dios sin carácter ni malicia, las curdas que su marido agarraba, tan mansas como frecuentes, no suponían para ella un quebradero de cabeza más allá de pensar que el pobre desgraciado estaba perdiendo su salvación eterna por entregarse de manera tan desenfrenada al vicio de la bebida. Para la abnegada madre, el verdadero problema consistía en mantener sin mácula hasta el día de los esponsales a su díscola hija, a la que había sorprendido en licenciosa actitud con muchos de los mozos de la aldea. La niña, en realidad, no era tan tonta como para entregar su preciosa flor a ningún muerto de hambre —cosa que a la sufrida madre le hubiese venido muy bien saber—, pero eso no le impedía divertirse con ellos en cualquiera de los tres pajares con que contaba La Cántara.

\*\*\*

Juan había madrugado para coger el primer tren de la mañana, en el que aguantó varias horas de traqueteo. Después tuvo que alquilar una mula en la estación en la que se apeó para continuar viaje a lomos de esta, otra hora más, hasta el convento. Una vez allí, solicitó audiencia con la hermana Carmen, el nombre escogido a la postre por su abuela cuando tomó los hábitos. Al cabo de un rato, que no le pareció excesivamente largo, un par de novicias le hicieron pasar a una sala que estaba surcada al medio por unos gruesos barrotes. El mobiliario de esta habitación —que no era otra cosa que el lugar destinado por la orden para que las hermanas recibiesen de cuando en cuando a sus familiares más cercanos, y siempre por algún motivo excepcional que lo justificase — era de una humildad rayana con la desnudez. Tan solo contaba con un par de sillas, una a cada lado de los barrotes, y un pequeño tapiz viejo y descolorido que había sido puesto allí provisionalmente para tapar un desconchón en uno de los muros, que aún tardaría en repararse. Juan tomó asiento en la de su extremo y no fue hasta que estuvo bien sentado que se percató de que sor Carmen ya ocupaba la otra.

—Buenos días, abuela.



—Ave María Purísima, hijo mío.

—Sin pecado concebida.

Fátima, que tenía ojo para esas cosas y para todo lo demás, adivinó por el sombrío semblante de Juan que su nieto era portador de malas noticias. Y, temiéndose que esta fuera por causa del nacimiento del primogénito de su nieto, que ella sabía que sería por estas fechas, preguntó a boca de jarro:

—¿Eres ya padre, muchacho?, ¿ha salido todo bien?

—No, abuela, no lo soy, ni tampoco he venido por eso. Padre se muere. El médico del pueblo no le da más de una semana de vida.

Fátima escuchó la noticia del pronto final de su único hijo con un punto de alivio y, también, con la naturalidad que para ella había adquirido la muerte desde que vivía entre esos muros.

Estuvo mucho tiempo callada, pensando en que su Alonsillo por fin descansaría de tanto sufrimiento. Juan la contemplaba en silencio, buscando una señal que no llegaba en su mirada extraviada.

Afuera hacía mucho calor. El denso aire de la mañana había ido acumulando grados despiadadamente hasta la hora del mediodía, para luego solidificarlos en un vano intento de aplastar la creación bajo su ardiente peso. La sala de entrevistas, sin embargo, se conservaba fresca como una bodega. A Juan le pareció que el regalo que la sala le hacía era como una invitación; una tan tentadora que no supo cómo resistir.

Entonces, sin que ello le supusiera ningún esfuerzo, dejó que todo el cansancio del que su cuerpo había ido haciendo acopio durante la jornada se le cayese encima, y se quedó dormido al cobijo de la nana que la embaucadora penumbra cantaba en sus oídos sin siquiera notarlo.

Mecido por la espera, arrullado por el silencio, sucumbió al sueño. Cuando despertó, apenas unos minutos después, no supo muy bien dónde se encontraba hasta que la dura voz de su abuela lo trajo de vuelta desde la modorra a la que se había abandonado.

—... Es de justicia, Juan, y yo sé que tú eres un hombre justo. En realidad, Ascensión y tú sois tan negros como Margarita, o mejor dicho, ella es tan blanca como vosotros. Lo cierto y verdad es que los tres sois cuarterones.

Juan parpadeaba aceleradamente, luchando por escapar del sueño que lo atrapaba. Quería evitar tener que restregarse los ojos para que su abuela no notase que se había quedado dormido, pero no le quedó más remedio que realizar el delator gesto para que este lo liberase de las húmedas secreciones que enturbiaban su visión. Era obvio, incluso para él, que aún no había terminado de cruzar la línea que separa el mundo de los sueños y el de la realidad; que Fátima llevaba más tiempo hablando que él escuchando. Intentó hacerse una idea de lo que su abuela le había estado diciendo por las cuatro frases que había alcanzado a oír, y que no habían sido otra cosa que una súplica y una extraña revelación.

Fátima no había notado que su nieto se había quedado dormido, así que interpretó la confusión que se reflejaba en su rostro como un signo de incredulidad y se convenció a sí misma de que lo que tenía que hacer era contarle la historia completa, desde el principio, como había hecho un par de años atrás con su hijo Alonso, y dejar que fuese él mismo quien sacase sus propias conclusiones.

—Yo tenía dieciséis años, hijo, casi una niña. Tu abuelo, ese hombre santo que en paz descansa, amaba el mar y se empeñó, en mala hora, en que yo debía conocerlo también. Él lo tenía todo preparado desde hacía ya mucho tiempo, según me dijo, así que a la semana de la boda, una mañana muy temprano, casi que por sorpresa, me llevó hasta la estación de Malcocinado, donde cogimos el tren hasta Sevilla. Esa misma tarde, después de que hubiésemos visitado todo lo que a tu abuelo le pareció que podía tener algo de interés para mis jóvenes ojos, embarcamos en un vaporcito mercante que salía de Palos y recorría la península por la costa oeste hasta San Sebastián.

»Según me contó mi Arnaldo, el viaje en el mercante había sido posible porque el viejo capitán, que era de Malcocinado, y tu abuelo se conocían de antes, de siempre, casi desde el nacimiento, pues las familias de ambos habían sido vecinas y los dos tenían exactamente la misma edad.

»La primera escala del viaje la hicimos en Faro la mañana siguiente a la que zarpamos. El tiempo que duraban las estancias en los puertos dependía de lo que la marinería tardara en realizar las maniobras de carga y descarga y de lo que se demorase el capitán en echar cuentas y poner en orden sus papeles con las autoridades portuarias. En alguna no nos demoramos ni dos horas; en otras, en cambio, estuvimos más de seis.

»La de Faro fue una de las cortas. A tu abuelo y mí no nos dio tiempo más que a pasear por el muelle y a tomar una *bica* en la terraza de una de las cafeterías del paseo marítimo.

»La del día siguiente, sin embargo, la de Lisboa, adonde llegamos después de estar navegando toda la noche y gran parte de la mañana, fue bastante larga. El capitán le dijo a tu abuelo durante el almuerzo que tomamos nada más atracar que me llevara a ver el sistema de tranvías recién instalado, el cual, según él, era la maravilla más grande de todo Portugal y la prueba irrefutable de que el mundo, por fin, salía de las cavernas para dirigirse con paso firme hacia un esperanzador futuro.

»El paseo fue precioso. Los tranvías, pintados de amarillo, subían fatigosos las imposibles cuestas de la capital lusa hasta casi tocar el cielo, para luego, al otro lado, hacernos creer que se precipitarían sin remedio por aquellas callejuelas hasta el mar por el que habíamos llegado. Pero no, nada de eso podía suceder; en realidad, no había ningún peligro más allá del que la propia imaginación quisiese hacerle creer a cada uno.

Fátima entornó los ojillos llenos de las arrugas que había ido acumulando durante toda una vida, haciéndolos sonreír, y luego calló unos instantes, conmovida por los recuerdos.

Juan, que había permanecido en silencio escuchando con atención la historia que su abuela le contaba mientras terminaba de sacudirse de encima el sueño que aún lo acosaba, reaccionó y, aprovechando el momento de éxtasis al que esta se entregaba con sincera complacencia, se atrevió a opinar.

—No entiendo por qué me cuentas todo esto, abuela.

—Calla y escucha con atención, muchacho. ¿Te crees que a mí me es grato referirte esta, esta...? Eres la segunda persona a la que se lo cuento en toda mi vida.

—¿Lo de que Ascensión y yo somos negros lo has dicho en serio?

—¡Ah, los prejuicios, los malditos prejuicios! ¿Es a eso a lo único a lo que has prestado

atención de todo lo que te he dicho?

—No, claro que no, pero comprenda usted...

—¡Que comprenda! ¿Que comprenda qué? ¿No se te ha ocurrido pensar que, si lo que te estoy contando es cierto, se ha cometido con Margarita una gran injusticia solo para que tú y Ascensión pudierais llevar vida de... de señoritos?

—Pero yo no lo sabía...

—Lo cierto y verdad es que de eso solo hay una culpable, pero ahora que lo sabes, ¿has pensado en Margarita, o solo en ti? ¿Has pensado en sus hijos, en tus sobrinos, o solo en el que tú vas a tener con tu esposa?

Juan, que había bajado la vista avergonzado ante la dura mirada con que Fátima lo encañonaba mientras esta lo interrogaba sin piedad, la levantó espantado cuando terminó de escuchar la última de las preguntas y sintió horror. Tenía que saber más. Tenía que saberlo todo porque, al contrario de lo que su abuela le reprochaba, a él no se le había ocurrido pensar que aquella afirmación acerca del color de su sangre pudiera ser cierta y, por tanto, no había tenido tiempo de considerar la posibilidad de que su esposa pudiese parir un niño negro. Se armó de valor, se cruzó de brazos y respiró hondo.

—Siga, abuela, por favor.

Fátima dulcificó su forma de mirar al darse cuenta de cómo se humillaban los ojos de Juan ante la reprimenda recibida. *Él no tiene ninguna culpa*, se recordó. *Yo soy la única culpable en toda esta historia*. Y, retomando el hilo de la narración como si la interrupción de su nieto no hubiese existido, continuó como si nada en el mismo punto donde lo acababa de dejar.

—El caso es que, después de Lisboa, atracamos en La Coruña y en Santander antes de hacer escala por un día entero en San Sebastián. La razón de que la última escala durase tanto es que allí tenía las oficinas la compañía que era dueña del vapor y, por tanto, ese era el lugar donde el capitán tenía que rendir cuentas de sus viajes. A la mañana siguiente, con los pies destrozados de visitar tan bella ciudad y dormidos tu abuelo y yo como troncos, iniciamos el viaje de regreso muy temprano, aprovechando la favorable marea. Las escalas del viaje de vuelta fueron las mismas que las del de ida, exceptuando la de Santander, que fue sustituida por una en Gijón, y la de Oporto, que era totalmente nueva. La última, antes de que los viajes por barco se acabasen de forma definitiva para mí al llegar a Palos de la Frontera, fue la de Faro, donde ocurrió la desgracia.

—¿Qué pasó en Faro, abuela?

Fátima, que había ido conduciendo la narración con paso seguro hasta ese punto, en el cual sabía con certeza que se produciría la pregunta que acababa de escuchar, se tomó un momento y se dedicó a medir a Juan con la mirada, sopesando si este aguantaría el tiro de gracia que estaba a punto de recibir. Decidió que sí.

—Que me violaron unos sucios negros. Eso es lo que pasó.

Juan quedó horrorizado por lo que acababa de escuchar. Durante el corto periodo de tiempo por el que había discurrido la entrevista, se había ido cargando de razones para odiar a su abuela, pero la gruesa detonación de la inesperada confidencia estallando en sus oídos lo dejó tan impactado que borró de golpe todo el odio que había ido acumulando contra la anciana. Cuando

reaccionó, apenas un segundo después, le pareció descabellado pensar que aquella viejecita indefensa y mal encarada pudiera ser la víctima de una violación, pero enseguida recordó que aquello que su abuela le contaba como si nada había sucedido hacía muchos años, cuando ella tenía tan solo dieciséis y no era nada más que una pobre niña frágil e indefensa.

—¿Qué hizo el abuelo cuando se lo contaste?

—El abuelo no hizo nada por la sencilla razón de que yo nunca le conté una sola palabra de todo aquello.

—Pero ¿cómo es eso posible? Tú has dicho que yo era la segunda persona a la que le has contado lo de...

Juan no pudo decir la palabra *violación*, se le quedó atorada en la garganta, y él no tuvo la entereza suficiente como para forzarla a salir. Su abuela, con un significativo gesto de las manos, le pidió que tuviese todavía un poco de paciencia.

—En un primer momento no hablé por miedo. Estaba convencida de que, si decía algo, esos monstruos volverían y, cuando se cansaran de usarme como ya lo habían hecho, me matarían. Luego, una vez hubimos desembarcado en Palos al día siguiente, me pareció que nadie iba a salir beneficiado si yo hablaba. Probablemente yo la que menos.

—Y callaste.

—Lo cierto y verdad es que callé, pero te lo estoy contando ahora.

—Eso es lo que no entiendo, ¿por qué ahora?

—Porque tengo la esperanza de que, aunque tarde, sabrás hacer justicia, y de que serás capaz de poner derecho lo que otros desbaratamos.

Juan notó cómo una carga descomunal le caía sobre sus hombros. La única vez que había sentido un lastre de esa naturaleza, precisamente en aquel lejano día del Carmen en que nació Margarita, se había apoyado en su recién adquirido amigo Esteban. Hoy, por desgracia, no contaba con él. Su abuela, sin previo aviso, se había puesto a hablar de nuevo y Juan agradeció que aniquilara sin piedad el insoportable silencio.

—... Los negros eran parte de un lote de esclavos que iban a trabajar en la construcción de los barracones de lo que luego serían las minas de Riotinto.

—¿Esclavos?

—Sí, hijo, esclavos. Tienes que darte cuenta de que te estoy hablando del año 1848. Es difícil de creer desde el punto de vista del siglo XX, pero es así. Es cierto que en la España peninsular no los había, como también lo es que los españoles de Cuba aún seguían teniéndolos, así que es justo pensar que el dueño de la compañía que construyó esos barracones era indiano.

Juan hizo un cálculo rápido. Si su abuela tenía dieciséis en el 48, ahora tendría noventa y cinco. Se sorprendió. A pesar de lo dura que debía ser la vida en aquel convento, la hermana Carmen no aparentaba la edad que ella aseguraba. Aunque, ahora que lo pensaba, tenía que ser así, pues su padre acababa de cumplir setenta y ocho en primavera. Don Alonso sí representaba su edad, aunque, en descargo del viejo, había que reconocer que la apoplejía y el tiempo que llevaba postrado en la cama no le habían ayudado a mantener un buen estado de salud, precisamente.

—El caso es que una tormenta en el golfo de Cádiz obligó al barco negrero a refugiarse en Faro antes de que pudiese continuar hasta Huelva, donde tenían pensado desembarcar a los

esclavos. Los dueños del barco aprovecharon, según contó el capitán del vapor durante el almuerzo de ese día, para desembarcar a un marinero de primera que había contraído malaria y a tres negros que no se sabía muy bien lo que tenían, pero que sus dueños temían que pudieran echarse a perder.

»El marinero de primera y los tres negros ya restablecidos embarcaron en el vapor en el que mi querido Arnaldo y yo viajábamos la mañana en que este hizo escala en Faro, durante nuestro viaje de regreso. Justo en la última que debíamos realizar antes de llegar a Palos y dar por finalizados el paseo y nuestra luna de miel.

»Habían pensado en acompañarnos el resto del trayecto, porque el capitán les había advertido que no podrían entrar al puerto de Huelva, y una vez en Palos de la Frontera, desplazarse hasta Riotinto por tierra.

»Como ya te dije, la escala que hicimos en Faro en el viaje de ida fue muy corta. No tuvimos tiempo de pasear por la ciudad, lo que apenó muchísimo a mi Arnaldo, que estaba como loco por visitar no sé qué iglesia construida de no sé qué clase de piedra muy peculiar y que, según él, era un pecado perderse. Lo cierto y verdad es que a mí la iglesita me daba lo mismo, era el no poder acompañarle lo que me daba pesar, pero es que realmente yo estaba hecha añicos. Habíamos encontrado mala mar al doblar el cabo de San Vicente y me había pasado las últimas cuatro horas vomitando lo que ya no tenía en el estómago. Tu abuelo intentó convencerme de que caminar por tierra, a salvo del cansino bamboleo del barco, me haría bien. Empeñado como estaba en no perderse esta vez la visita a la dichosa iglesia, hubiera dicho cualquier cosa con tal de arrastrarme con él hasta el centro de Faro, pero a mí lo único que me apetecía era permanecer tumbada en mi camarote el mayor tiempo posible. Le dije que yo estaría bien, que no se preocupara, que en ese momento el descanso era lo que más me convenía y que se fuera sin mí.

»Arnaldo, que no estaba dispuesto a pasar otra vez de largo sin ver la iglesia, se despidió besando mi sudorosa frente con ternura y salió del camarote raudo a realizar su ansiada visita. Fue entonces cuando me violaron.

Juan, que había escuchado el relato de su abuela debatiéndose entre la duda de si realmente quería saber o no, se convenció rápidamente de que tenía que enterarse hasta del último de los detalles cuando Fátima, con gesto de dolor, se detuvo abruptamente. Siempre le había pasado lo mismo. Esa ansia por conocer, ese no saber pararse a tiempo. Juan se mordió la lengua apenas un segundo y después, abandonándose por completo al instinto primario de su enorme curiosidad con el que llevaba décadas luchando, dio rienda suelta al descomunal torrente de preguntas que luchaban por salir.

—Pero ¿qué pasó?, ¿cómo pudo ocurrir?, ¿entraron en el camarote mientras dormías?, ¿te...?

—No, hijo, no fue así. Lo cierto y verdad es que yo aquel día estaba muy mal y casi he olvidado los detalles de lo que ocurrió antes de la violación; no así los del resto del día, que los tengo grabados a fuego en la memoria.

—Si te es muy penoso, abuela...

Fátima hizo un gesto con la mano, como para restarle importancia a los sentimientos que despertaban en ella recordar los acontecimientos de aquel suceso, y su nieto no quiso insistir más por miedo a que se arrepintiese y decidiese no contárselo.

—Yo me quedé dormida, de eso estoy completamente segura, antes incluso de que a mi querido Arnaldo le diese tiempo a abandonar el barco. Lo que no sé con certeza es el tiempo que pasé postrada hasta que un extraño ruido, como de voces y pasos mezclados, me sacó de mi duermevela. Aunque no estaba del todo despierta, enseguida me di cuenta de que me encontraba aún más mareada que antes de quedarme traspuesta. Lo que aún no me explico después de tanto tiempo es qué fuerza del destino, con lo mal que yo estaba, me hizo incorporarme y me sacó al pasillo.

»Después de no mucho caminar por aquel corredor que, no entendía por qué, no me sonaba de nada, topé al final de él con una puerta cerrada que tenía el llavín dentro del ojo de la cerradura, donde debía haber estado otra abierta que me llevase a cubierta. Luego me percataría de que, en mi atontamiento, había girado a la derecha al salir del camarote en vez de a la izquierda, como había hecho siempre. Detrás de la puerta se escuchaba, no muy clara, una animada conversación. Llamé con los nudillos y la conversación cesó; entonces pedí permiso para pasar, pero nadie contestó. Yo interpreté erróneamente el silencio que recibí como respuesta, como la falta de obstáculo para pasar, y abrí la puerta que me condujo a conocer el infierno en la tierra.

Fátima, que hasta ese momento había hablado sin sentir ningún pudor, calló avergonzada ante la barbaridad que le estaba revelando a su nieto, por lo que sus ojos se turbaron y rechazaron mirarlo de frente.

Juan ya no era dueño de su voluntad. Necesitaba enterarse del resto, saber más, a pesar del vértigo que le producía encontrarse al borde del abismo del conocimiento. Lo que estaba a punto de vivir le recordó aquel otro día. Aquel nefasto día en el que había desobedecido a su padre, le había seguido por puro afán de saber y se había topado con la pesada carga que todavía hoy llevaba sobre él, esperándole al final del camino. Pero aun así, a pesar de las advertencias que él mismo se hacía, a pesar de que en su interior sabía que seguir ahondando en busca de esa falsa sabiduría no le aportaría nada útil, no pudo resistirse a saber, a saber porque sí, a saber sin más, aunque eso terminara de matarle.

—¿Te hicieron daño, abuela?

—Mucho, hijo. Aquellos animales me desgarraron por dentro, no tuvieron ningún cuidado conmigo. Todo lo contrario, pareciera que usaran sus miembros como estiletes y su único objetivo fuese clavármelos bien adentro.

—Entonces, el abuelo notaría algo.

A Juan se le hizo extraño usar la palabra *abuelo* para designar a don Arnaldo, el marido de su abuela. Si lo que ella le estaba contando era cierto —como no podía ser de otra manera, pues no se podía entender que nadie en sus cabales pudiese inventar algo tan terrorífico—, ese señor, al que no llegó a conocer en vida, no era más que un completo extraño sin vínculo alguno con él y sus hermanas.

—No, no lo hizo. Yo salí de aquella habitación espantada, como bien puedes suponerte. Cuando acabaron conmigo, mientras los dos que me habían violado en primer lugar reían y me señalaban, el otro, aún desnudo, antes de dejarme salir y a la vez que hacía el gesto de autodegollarse con su propio pulgar, me decía muy quedo: *Tú habla, yo mata*.

»A pesar de todo lo que acababa de pasar, yo no tenía una sola señal de violencia en todo el

cuerpo, de lo que di gracias a Dios. No sé si las fuerzas que reuní para hacer todo lo que hice a continuación me las dio la ansiedad del momento o simplemente la sabiduría de ser mujer, lo cierto y verdad es que ni yo misma me lo puedo explicar.

»Volví al camarote, me lavé la cara para hacer desaparecer los surcos que habían dejado marcados las lágrimas al caer, me peiné y me adecenté en lo posible y, una vez me hube tranquilizado, girando al salir del camarote, esta vez sí, a la izquierda, subí a cubierta. Y echando mano de todo el aplomo que pude reunir, le pedí al capitán que, en cuanto pudiese, diera la orden de que se me preparase una tina con agua limpia y una pastilla de jabón oloroso en mi propio camarote, exactamente igual a como ya había sido dispuesto para mí unos días antes en San Sebastián, aunque aquella vez fuese por coquetería y esta por la más estricta necesidad.

»El baño no tardó ni media hora en estar listo. Yo me zambullí en él, sin siquiera quitarme el vestido que llevaba puesto, en cuanto los marineros que trajeron la tina salieron por la puerta. Con el jabón estrangulado entre mis dos manos, restregué con fuerza, con saña. Restregué y restregué hasta que gasté la pastilla entera intentando quitarme el olor a negro que llevaba pegado a mí como si fuera el mío propio.

»Cuando, casi al mediodía, regresó tu abuelo, yo le estaba esperando con un vestido limpio y la mejor de mis sonrisas. El almuerzo que ese día nos sirvieron en la sala donde comía el capitán fue seguramente exquisito, como todos los de aquella semana, pero lo cierto y verdad es que yo lo recuerdo vivamente como uno de los más amargos de mi vida.

La abuela y el nieto quedaron entonces sumidos en el más profundo de los silencios. Sin más que decir, se miraban y se sonreían con esas sonrisas sin alma que solo buscan congraciarse a los desgraciados entre sí.

La abuela aprovechó el momento de calma para darle vueltas en su cabeza a todo lo dicho, por si se le había escapado algo que fuese necesario añadir. Se dijo que no, que eso era todo. El nieto, casi en estado de conmoción, intentaba asimilar lo que su abuela le había revelado, pero su mente solo era capaz de pensar nimiedades que la mantuvieran a salvo de tener que enfrentarse a la verdad. *Lo cierto y verdad..., ¿de dónde habrá sacado esa expresión que no para de repetir?, no se la recuerdo de antes*, se decía. Al rato, una mano anónima golpeó la puerta de la sala de entrevistas por la parte que daba al convento.

—Tengo que irme.

—Abuela, dígame, ¿sabe mi padre algo de todo esto?, ¿es él la otra persona a la que le contaste esta historia?

—Sí, es él. Fue hace dos años, cuando me dijo en una de sus visitas que la negra que trabajaba en la cocina había dejado de hacerlo hacía años porque se había casado con un tullido y que, ironías del destino, habían tenido dos muchachos tan blancos como la nieve. No me pude resistir. Sé que lo que me contaba lo hacía con resentimiento, porque el nacimiento de Margarita fue lo que destruyó su vida, pero yo ya no entendía ni entiendo de sutilezas. Sentí que había llegado el momento de hacerle justicia a mi nieta, y se lo solté todo.

Fátima se levantó y se dirigió hacia la puerta. Juan supuso que, sin duda, eso había sido lo que le había provocado a su padre la apoplejía que lo tenía postrado en cama desde hacía más o menos dos años. Pero no fue hasta más tarde, mientras esperaba el tren de regreso en la estación,

cuando cayó en la cuenta de que el mismo día en que su padre sufrió el ataque, Esteban había sido hallado muerto al pie del camino que conduce al taller. Por aquellos días de invierno de 1925 — dos años después del golpe de estado de Primo de Rivera—, la crisis financiera estaba haciendo mella en la población menos favorecida. Esto había provocado que las gentes del pueblo, entre los que él mismo se incluía, achacaran la muerte de su amigo a unos hipotéticos asaltadores que habrían acabado con su vida para quitarle unos dineros que el pobre tullido no poseía. Ahora, a la luz de la revelación que le había hecho su abuela, estos dos sucesos, en un principio inconexos, no se lo parecían tanto.

—¿Y por qué no dijo usted nada cuando nació Margarita?

—Lo cierto y verdad es que cuando nació tu padre, tan bonito, tan blanco, yo di por sentado que era hijo de mi Arnaldo, así que el nacimiento de Margarita me pilló completamente desprevenida, igual que al resto.

—¿Y luego, cuando cayó en la cuenta?

—Por tantas cosas..., ¡qué sé yo! Por miedo, por vergüenza... El caso es que fui cobarde, tan cobarde que no se me ocurrió otra cosa que venir a encerrarme aquí a intentar olvidarme de todo.

—¿Murieron mi madre y el negro por mi culpa, por estar yo presente en el parto?

—No, hijo, por Dios. No puedo creer que aún sigas pensando eso. Tú eras solo un niño sin malicia; también a ti te debo disculpas, por lo que veo. Una nunca imagina hasta dónde puede llegar el mal de las mentiras que inventa. La santa de tu madre murió de sobrepeso, y hubiese muerto de la misma manera si tú no hubieses estado allí. Fui yo la que lo lio todo. La que intentó enredarte con mentiras para que te fueras y dejases de molestar, pero nada más. Tú no hiciste nada malo; era yo la que estaba en falta. Al igual que fui yo la que inventó lo del negro del huerto y la que puso a tu padre en el compromiso. Todo lo hice yo, Juan. Absolutamente todo.

Fátima acababa de desnudar su alma ante Juan..., aunque no del todo. Había una cosa sobre la que había mentido: la muerte de Inés. Se tomó un segundo para decidir si debía revelarle a su nieto cómo murió realmente su madre. Decidió que no, que eso no sería necesario, que eso solo añadiría dolor y que no aportaría nada a la causa que ahora más le urgía: restituir a Margarita. *No, definitivamente ese secreto se irá a la tumba conmigo*, se dijo.

La hermana Carmen, que había llegado ya a la altura de la puerta, la mantenía entreabierta, con una mano sobre el pomo, esperando el instante preciso para cerrarla tras de sí.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo ahora?

—Eso, mi querido nieto, queda entre tu conciencia y tú. Lo único que puedo decirte es que creo que ha llegado la hora de hacer justicia, de poner derecho lo torcido. Dios te ilumine en su inmensa sabiduría.

Los quejumbrosos chirridos de la hoja encajando en su marco pusieron punto final a la conversación. Juan se quedó un momento mirando la carcomida madera de la puerta mientras miles de problemas con sus soluciones, no todas ellas buenas, intentaban abrirse camino hasta su martirizado cerebro. Pero él, perdido entre los escombros de su desolado cerebro, solo tuvo piedad con uno de ellos: *En cuanto llegue a casa, me tengo que poner a hacer una puerta nueva.*

\*\*\*



Juan y su conciencia llevan tres días —los que hace que volvió del convento— intentando llegar a un acuerdo consigo mismo sin conseguirlo. Por fin, la mañana del viernes, harto de devanarse los sesos y de esperar en vano la iluminación divina, sin haber tomado ninguna decisión al respecto, le pide a Ascensión que se acerque hasta la casa de Margarita cuando baje al huerto y le diga que quiere verla a ella y a sus dos hijos. Ascensión, que conoce a su hermano bastante bien y que sabe que este no es de los que malgastan saliva en naderías, no tiene por menos que preguntar:

—¿Y eso?

—Luego te cuento.

Ascensión baja al huerto con la fresca, como solía hacer su madre. Carga las alforjas del borriquillo que la acompaña, lo deja atado a la caseta y, cuando se dispone a ir a casa de Margarita, se encuentra con sus sobrinos, por lo que decide ahorrarse el paseo dándoles a ellos el recado. Los llama y acuden raudos. Ascensión les transmite el encargo que le ha dado Juan para su madre entre beso y beso. Los hermanos asienten al darse por enterados.

Felipe enseguida se ofrece para llevar las riendas del asno, se acerca hasta él y lo libera de su atadura para, a continuación, comenzar a tirar del animal por toda la cuesta arriba. Luis va muy callado, como siempre, pero Felipe no para de hablar. Cuando llegan a la casa, Luis agarra las alforjas con ambas manos y, de un solo tirón, las descabalga del borrico. Cuando todo está sobre la mesa de la cocina y Ascensión les ofrece un calabacín y un huevo a cada uno, Luis intenta rechazar lo que se le ofrece con un *Se lo agradezco, pero no, gracias*, como le ha enseñado su madre. Felipe, en ocasiones como esta, no comprende a su hermano.

—Démelos a mí, tía.

—Se te van a romper los huevos. Deja que tu hermano lleve la mitad.

—No, mire.

Felipe mete el huevo que sostiene en un bolsillo y le pide el otro a Ascensión, repite la operación y, con las manos libres, recibe los dos calabacines.

—¿No sería mejor que llevases un huevo en cada bolsillo?

Felipe no quiere decirle a su tía que en el otro está Quina para no asustarla y le responde con una mentira.

—Está bien así. En el otro bolsillo tengo un agujero por el que caben los dos huevos a la vez.

Ascensión ríe con gusto mientras duda sobre si debe ofrecerse a zurcirlo, pero la dura mirada con la que Luis la tiene enfilada la persuade de hacerlo. Una vez que se han ido sus sobrinos, Ascensión sube a ver a su padre y luego pasa la mañana ayudando a la nueva cocinera. La nueva cocinera lleva en casa desde que nació el mayor de sus sobrinos —hace de eso once años— y Margarita tuvo que dejar los fogones para poder cuidarlo, pero, comparado con el tiempo que estuvo Felisa en el puesto, todos la consideran nueva.

Después, cuando la tropa que faena en el taller ha terminado de comer y todo ha quedado limpio y recogido, la nueva cocinera les sirve el almuerzo a los hermanos y a Bótoa en la cocina. Como de pasada, sin concederle la debida importancia, Ascensión le comunica a Juan que ya ha llevado el recado donde Margarita y le vuelve a interrogar sobre el asunto. Juan rehúye contestar.

—¿Vas a bajar al huerto otra vez?

—Claro, a regar, como todas las tardes.

—Pues me avisas y te acompaño.

Ascensión mira de reojo a Bótoa, que parece no haberse dado cuenta de que su marido no ha querido hablar delante de ella. Los tres continúan comiendo en silencio. Bótoa, cuando termina, se levanta y se disculpa diciendo que está rendida y que se va a recostar un rato.

Juan espera a que su joven esposa haya abandonado la cocina antes de decidirse a romper el silencio.

—Tenemos que hablar. Es importante. Pero no ahora. Luego, cuando bajes al huerto.

\*\*\*

Ascensión, después de ver cómo su hermano recorría el camino del taller, se ha ido a echar también la siesta, pero no consigue dormir. La curiosidad y la preocupación han tomado por asalto la mejor parte de sus pensamientos. Al cabo de un rato de dar vueltas y de desordenar la cama en vano, se levanta y baja a buscar a Juan a su mesa.

—Es pronto, aún hace calor.

—Lo sé, pero no aguanto la espera.

—Está bien. Vamos.

Los dos hermanos salen por la puerta de la cocina, como tienen por costumbre, y se encaminan por la cuesta abajo en silencio. El calor es insoportable. Ascensión ha tenido la precaución de llevar consigo una sombrilla lo bastante amplia como para que quepan los dos bajo su protección, pero Juan rehúsa el ofrecimiento apartando delicadamente a su hermana con el brazo cuando esta se acercaba a darle cobijo.

Cuando llegan al huerto, sudorosos y sofocados por la insufrible canícula, Juan, en un susurro innecesario, le cuenta a Ascensión lo que su abuela le reveló hace apenas unos días, evitando, siempre que le es posible, entrar en detalles escabrosos. A pesar de eso, la ingenua Ascensión, escandalizada, ofendida en lo más íntimo y envuelta en lágrimas desde el primer minuto, está a punto de perder el sentido en un par de ocasiones mientras dura el relato.

Cuando Juan le da fin a la narración y termina de exponerle sus dudas a la amedrentada confidente, los hermanos, sentados en un banco de madera sobre el que proyecta su mínima sombra de media tarde la caseta del huerto, no vuelven a pronunciar palabra.

En silencio, casi sin mirarse, aguardan un tiempo más a que el sol abandone las alturas y decida, de una vez, acercarse, como cada día, a morir al horizonte. Cuando eso ocurre, varias horas después, él arranca el motor y ella, azadón en mano, se dedica a dirigir el agua que el pozo regurgita para que todos los surcos reciban una cantidad de líquido similar. Después, sin que el silencio haya visto peligrar su reinado, acompañados todavía por un obstinado sol que, aunque algo más manso, aún tardará en retirarse, vuelven a subir la cuesta arriba hasta el taller.

Al llegar junto a la puerta de la cocina, el olor a café los rescata de su ensimismamiento y los pone alerta. Aún sin hablar, agarrándose las manos el uno al otro, en busca del apoyo que a ambos les falta, se paran a escuchar un momento la conversación que en el interior se desarrolla.

Margarita y sus hijos —aunque a estos no los hayan oído todavía— están dentro. Dan un par de pasos atrás para separarse de la puerta y, sin llegar a soltarse del todo las manos, se ponen a susurrar.

—¿Qué hacemos?

—Pensémoslo. No tenemos por qué decidirlo ahora mismo. A lo mejor me he precipitado haciéndola llamar sin haber hablado antes contigo. La cuestión es solo una, ¿estamos dispuestos a sufrir el escarnio del que vamos a ser objeto cuando el pueblo se entere?

—No lo sé, Juan. Te juro que no lo sé. Yo a Margarita la quiero mucho, pero... no lo sé. Entremos, Juan, entremos cuanto antes porque, si no lo hacemos ya, voy a salir corriendo y no voy a parar nunca.

Ascensión es la primera en atravesar la puerta. Felipe, en cuanto la ve, sale corriendo a abrazarla.

—No he traído a Quina, tía, y los calabacines estaban buenísimos, ¿a que sí, madre?

Ascensión ríe con genuinas ganas, como siempre que Felipe es el causante de su alegría, liberando así gran parte de la tensión que la apesaba. Enseguida se le unen todos los demás. Juan, que apenas ha torcido el gesto para esbozar una sonrisa, saluda con la cabeza a su sobrino Luis. Este, que adora a su hermano, sí ha reído con gusto, pero ahora que su mirada se ha cruzado con la de su tío, el habitual gesto hosco vuelve a tomar posesión de su infantil semblante. Ascensión ha alzado a Felipe en brazos y avanza hacia el centro de la cocina que durante años fuera el reino de Margarita, y antes de Felisa, y de Inés, y antes de Fátima, y mucho antes de la madre de don Arnaldo, que se llamaba Javiera por haber nacido el día de san Francisco Javier...

—Mientras servís el café, subo a ver a padre. Oye, Margarita, ¿te importa si me llevo a Felipe?

—No, mujer, llévatelo.

Juan se ha acercado a Bótoa con un beso listo en los labios.

—¿Qué tal estás, niña?

—Pichí, pichá.

—Quédate sentada, que ya atiendo yo a mi hermana y a mis sobrinos.

—No, tranquilo, ve tú mejor a por los prestiños a la despensa, que ya servimos nosotras el café.

Juan, que va en busca de los prestiños, pasa cerca de Luis y le alborota el pelo con una mano. Entonces cae en la cuenta de que no tiene ninguna excusa preparada que ofrecerle a Margarita y a sus sobrinos. Si están allí, es porque él los ha mandado llamar, y lo más seguro es que estén esperando a que les resuelva el porqué de tan misteriosa cita cuanto antes.

Juan intenta pensar rápido mientras vuelve de traer la bandeja de dulces que él mismo adquirió en el convento por encargo de la caprichosa Bótoa, pero eso es algo que a él no se le da bien.

—¡Ah, se me olvidaba, Margarita! Te he mandado aviso porque mañana sábado me va a ser imposible bajar a tu casa, ¿por qué no vienes tú a la hora de comer y te doy el duro? Trae a los niños, y así almorzamos todos juntos.

Margarita se queda extrañada. Piensa, con razón, que no hacía falta que subieran hasta allí

para decirles eso; bastaba con que Ascensión les hubiese referido eso mismo a sus hijos cuando los vio por la mañana. Y tampoco haría falta volver a subir al día siguiente cuando podría darle el duro allí mismo. Se huele un confabulación de sus hermanos para tenerlos comiendo por caridad varios días, pero no quiere ser mal pensada. Ellos saben que acepta las limosnas que le dan a regañadientes y nunca se hubiesen arriesgado a ser tan obvios. *Debe estar desubicado por la inminencia del parto*, prefiere pensar Margarita.

—Está bien, mañana a las doce subiré con los niños.

A Luis, todo lo que está ocurriendo a su alrededor le parece una mala interpretación de sus tíos para endosarles otra de sus obras de caridad, pero, por no sabe muy bien qué motivo, a su madre no. Si no, ella jamás habría reaccionado de una manera tan sumisa.

Ascensión, mientras tanto, ha entrado en el dormitorio de don Alonso. El cuarto huele a cerrado y a medicinas. Ascensión pone al niño en el suelo y se acerca a la cama.

—¿Qué tal se encuentra, padre?

La pregunta es retórica, puesto que don Alonso, desde que sufrió la apoplejía, no ha vuelto a hablar. Sin embargo, sus ojos, que están llenos de vida, se clavan en el niño y se vuelven con rapidez a Ascensión, interrogándola con la mirada.

—Este niño tan guapo es el menor de Margarita, Felipillo. ¿A que está muy hermoso, padre? —Ascensión se vuelve al niño—. Saluda, hombre, no vaya a pensar mi padre que le tienes miedo.

Felipe se adelanta hasta el rodero de luz que alimenta la lamparita de aceite que está en la mesilla. No tiene miedo. Sonríe.

—Hola, señor.

—¿Ha visto qué educado es, padre?

Don Alonso, al primer vistazo, se da cuenta de que el niño es una copia exacta de Fátima, su madre. Saca entonces un rápido brazo de debajo de las sábanas y lo atrapa. Ascensión está impresionada por la agilidad que ha demostrado su padre. El médico lo tiene desahuciado desde hace más de una semana. La mujer también teme que Felipe se vaya a asustar y le busca la mirada desde el otro lado de la cama para tranquilizarlo con una sonrisa.

Pero Felipe está tranquilo. Tan tranquilo como para acercarse voluntariamente a don Alonso y endilgarle un sonoro beso en la escualida mejilla que asoma por entre los lienzos que ya casi son mortaja.

A don Alonso se le han saltado las lágrimas. Sabe que está ante su nieto y que nunca lo ha tratado como tal. Los remordimientos de toda una vida hacen fila en su conciencia de viejo moribundo, y sufre por no poder expresar todo lo que lleva dentro. Entonces, resignado, suelta a Felipe y devuelve la mano a su sitio bajo las sábanas.

Felipe, risueño y confianzudo, acodado sobre la cama, se dirige a Ascensión ajeno al drama que está teniendo lugar en el interior del padre y de la hija, y que es el mismo para los dos.

—Es muy simpático tu padre. ¿Puedo volver otro día a visitarlo?

—Claro, cariño. Cuando quieras.

Las tinieblas en que se halla la parte de la habitación desde la que Ascensión ha sido testigo presencial del, para ella, emotivo encuentro le ocultan a Felipe más lágrimas, pero estas, al contrario que las de don Alonso, van acompañadas de una sonrisa.

Ascensión se acaba de dar cuenta de que lo que digan en el pueblo le trae sin cuidado. Tiene que hablar con Juan y convencerlo de que lo correcto es decir la verdad. De que hay que contarle todo a Margarita. Este sobrino suyo es algo especial. Se merece ser feliz; entre otras cosas, porque ya lo es.

## VIII

La noche anterior al día de la boda, Margarita casi no pudo dormir. A pesar de todo el cansancio acumulado, o precisamente por eso, apenas disfrutó de un par de horas de sueño y, aun estas, no fueron seguidas.

Cada vez que cerraba los ojos, la bruma de la somnolencia se tornaba rápidamente en niebla cerrada. Margarita no se veía a sí misma, pero sabía —por esa extraña forma de intuición fatalista por la que se saben las cosas en los sueños— que estaba en la casa, asomada a la ventana que daba al porche de madera. Lo que más le extrañaba era que ese porche solo existía en su imaginación y en la de Esteban, pues tenían planeado construirlo ese mismo año después de la boda. También sabía que el sueño acababa mal, antes incluso de soñarlo. Por eso, cada vez que se dormía y soñaba con la niebla y con Esteban caminando hacia ella cojeando de una manera demasiado ostensible para ser él, hacía fuerzas para despertarse antes de que su hombre terminase de desaparecer engullido por la espesa bruma. Entonces, abría los ojos como queriendo medir con ellos la capacidad de las órbitas en que estaban alojados, sacudía la cabeza un poco, evitando en lo posible molestar a su compañera de cama, y daba la vuelta sobre sí misma para ver si la nueva postura traía consigo otra clase de sueño menos lúgubre, más en concordancia con lo que el nuevo día le deparaba. Y así hasta el final de la noche, cuando, casi de madrugada, decidió que ya no intentaría conciliar más el sueño, sino que esperaría despierta el alba mientras velaba el de su hermana.

Cuando esa misma tarde los compañeros de Esteban abandonaron el taller después de brindar varias veces a la salud de los novios y de los padrinos, sus hermanos los dejaron solos y su hombre se despidió de ella hasta el día siguiente. Margarita, después de un suspiro tan grande como un domingo lluvioso y tan liberador que la dejó sin tensión corporal unos amables segundos, se dedicó a recoger, limpiar y organizar el desorden que habían dejado los trabajadores tras de sí.

Lo primero que hizo fue amontonar todo sobre la pila de la cocina para después lavar y secar cada cacharro antes de colocarlo en su gaveta correspondiente. Luego barrió y fregó a conciencia el entarimado del comedor, como hacía siempre, hasta dejarlo tan reluciente como cuando lo colocaron y, también como siempre, mientras escudriñaba con los ojos y con la memoria que todo estuviese en perfecto estado de revista antes de irse, se quitó el percutido mandil que llevaba puesto y lo restregó y lo escurrió en la pileta del lavadero hasta dejarlo immaculado.

Al salir a la calle con el mandil retorcido entre las manos para tenderlo en el alambre —gesto con el que daba por terminado cada semana sus quehaceres—, se encontró con don Alonso que, sentado en el poyo que estaba al lado de la puerta de la cocina, fumaba su habitual picadura. La muchacha lo miró de reojo y lo saludó. Este se la quedó mirando en silencio con el cigarrillo

liado paralizado a mitad de camino de sus yermos labios.

Margarita, inquieta, tendió por fin la sufrida prenda y, sin volverse, por temor no a que don Alonso pudiese pedirle que hiciese algo más que alargara su ya de por sí dilatada jornada laboral, sino simplemente a la conversación, enfiló la cuesta abajo sintiendo sobre sí el peso de la mirada de su amo hasta el primer recodo del camino. Solo entonces, fuera ya de su campo de visión, notó que había hecho el largo tramo hasta allí aguantando la respiración. Paró un momento, tomó aire varias veces, se apoyó en un negrillo y, desde detrás del tupido follaje, se volvió a mirar. Por entre las quebradizas ramas de su escondrijo, al final de la cuesta, divisó las volutas de humo del cigarrillo de don Alonso que, como ella, huían ligeras de su cautiverio.

—¡Pobre hombre, qué solo está!

La muchacha siguió entonces su camino sintiendo que dirigía sus pasos hacia la libertad. La casa y el matrimonio con Esteban, además del amor que por él sentía, significaban eso para ella. Significaban escapar de una vida en la que no se sentía encajar. Vivir con sus hermanos, pero no como sus hermanos, no le parecía natural y no lo echaría en falta. Suspiró resignada ante esa inapelable realidad y, antes de darse cuenta, ya entonaba una alegre coplilla.

Margarita bajaba hasta la casa para dejar la cama tendida con las perfumadas sábanas que había planchado y plegado un par de días antes. Lo que no se esperaba era tropezarse allí con Esteban. Habían acordado que él pasaría su última noche de soltero en el orfanato y que ella, aunque sí dormiría en la casa de don Alonso, no lo haría en su cuarto de siempre, sino en la amplia cama de Ascensión. Las hermanas la compartirían.

Esteban decidió, después de su intensa charla con Juan, que lo que mejor le vendría a su quebrantado cerebro en ebullición sería un buen paseo en solitario. A mitad de la higiénica caminata resolvió que se pasaría por la casa a cerciorarse de que todo estaba en orden; esto le daría algo más de tiempo en soledad.

Una vez allí, dedicó un buen rato a comprobar una ventana y su correspondiente contraventana solo para, al final, concluir que nada le ocurría. Ya había decidido marcharse cuando se dio cuenta de que no había tenido la previsión de cortar algo de leña. No es que se necesitase madera para calentar la casa en mitad del verano. La proximidad del bosque aportaba frescura, aunque nunca hasta el extremo de tener que encender la chimenea a finales de junio. Sin embargo, sí que haría falta para encender el fogón de la cocina. La noche siguiente, la de la boda, no se guisaría nada en ella, pero seguramente el lunes por la mañana Margarita querría agasajarlo con un buen desayuno. Además, ahora que lo recordaba, los dos tenían ese día libre, así que los fogones deberían encenderse más de una vez durante esa jornada.

Esteban acumuló un buen montón de ramas junto al tocón que en adelante usaría para trocear la madera. Sudaba generosamente cuando Margarita lo encontró. Se había desprendido de la camisa cuando se puso manos a la obra con el hacha, y su cuerpo, bello como el de un animal joven y sano, brillaba bajo los rayos de sol que el ramaje de aquella parte del bosque filtraba.

Esteban no era un deforme. Tenía una pierna y un brazo inútiles, pero todo el daño estaba por dentro, en los músculos y tendones. Si se le observaba de pie, parado en cualquier postura, no se advertía que fuese un tullido.

Margarita, guiada por el ruido que el hacha producía, había llegado hasta donde su hombre se

hallaba. Sobre las puntas de los pies se había ido deslizando entre los arbustos procurando no ser descubierta. Él no la había oído llegar y ella, por segunda vez en lo que iba de tarde, se sirvió de un árbol como escondite. Se dedicó durante un rato a admirar el cuerpo del hombre al que amaba, pero en menos de un minuto ya se había empachado de mirar y había descubierto que, al revés de lo que pasa con la comida, ese empacho solo le producía más hambre, así que, aprovechando un momento de silencio entre golpe y golpe del hacha, le mandó un sonoro beso por la espalda. Esteban dio un respingo y, prevenido, con el hacha dispuesta, se volvió. Margarita, con la malicia asomándole al rostro, le envió otro más. Cuando su hombre pudo localizar por fin, después de ese segundo beso, el sitio del que procedían, se topó con la sonrisa de la que al día siguiente sería su esposa.

—Pero bueno, niña, ¿qué haces tú ahí escondida? ¡Vaya susto me has dado!

—Mirándote.

—¿Mirándome? Anda, sal de ahí, que te vea yo a ti también.

Margarita dijo que no con la cabeza y que sí con los ojos.

—Sal de ahí y ven aquí, tonta, que no te voy a hacer nada.

—Me prometiste que respetaríamos la casa hasta después de la boda.

No es que Esteban y Margarita no se conociesen en el sentido bíblico del término. No era eso, sino que una tarde de hacía más de un año, mientras trabajaban en la que sería su habitación y el calor y Satanás enredaban en las mentes de ambos, Esteban le dijo a Margarita que no convertirían esa casa en la cueva de unas alimañas, sino que esperarían a que Dios los bendijese como marido y mujer para honrar el hogar que juntos estaban construyendo con su amor.

—¿Quién ha dicho nada de entrar en la casa?

Margarita estalló en una sonora carcajada.

—Eres malo, Esteban, muy malo.

—¿No es eso lo que a ti te gusta, que sea malo?

Margarita volvió a reír con más ganas si cabe mientras salía de detrás del árbol y se encaminaba hacia Esteban. Ella no podía, por razones obvias, practicar el juego adolescente de correr torpemente esperando, más bien deseando, que su hombre la atrapase, pero había inventado otro parecido del que, a la postre, obtenía el mismo resultado:

Avanzaba medio de lado como lo hacen los cangrejos en la orilla mientras dura la bajamar. Entonces, al pasar junto a Esteban, daba un paso atrás lo suficientemente rápido como para que él, que conocía el juego, tuviese que emplearse a fondo en producir una poderosa zancada que lo llevase hasta ella, y con el brazo sano asirla con fuerza y atraerla hasta quedar pecho contra pecho.

—Suéltame.

La débil protesta quedó ahogada por un beso. Esteban, con su brazo bueno, el sano, la subió al tocón sobre el que un momento antes partía madera y, sin dejar de besarla, buscó dentro de sus pantalones con la mano mala, la que no tenía fuerza.

Cuando el hinchado miembro asomó por encima del holgado cinturón, ella ya se había remangado la falda por encima de las caderas y rodeaba con las piernas desnudas la totalidad del contorno de su amado. Esteban, sin apenas esfuerzo, entró en Margarita. Los brazos de ella,



acuciados por la impaciencia, terminaron el trabajo agarrando con fuerza del final de la espalda a su hombre y atrayéndolo hacia sí.

La maleza era espesa en esa parte del bosque, el que quedaba junto a la casa, pero incluso así, don Alonso, que había seguido a la muchacha hasta allí, se dejó dominar por la impresión de que la pareja lo descubriría en cualquier momento. Bastaría, pensó él, con que uno de ellos mirara en la dirección en que se hallaba su improvisado escondrijo.

A juicio de don Alonso, su presencia en aquel lugar era tan obvia que por fuerza habrían de darse cuenta, más temprano que tarde, de que los estaba espiando. La pareja nunca se había amado en esa parte del bosque, tan cerca de la casa. La novedad del lugar elegido por los amantes le produjo tal estado de nervios que días después, imaginándose en aquel trance de nuevo, le había dado por reírse de sí mismo.

Hasta el día de hoy, y mientras había durado el noviazgo, la sombra de una encina rodeada casi en su totalidad de aligustre había sido el nido de amor de la pareja, y una peña algo elevada sobre el regular terreno, el punto de observación de don Alonso. Sin embargo, esa tarde, todo había sido muy distinto y, debido a la precipitación del momento, él se había visto abocado a elegir un escondite demasiado cercano y abierto como para sentirse a salvo mientras miraba.

Se agachó aún más, si es que eso era posible. Se encogió sobre sí mismo y pegó las piernas a su pecho hasta quedar en posición fetal. El miedo, esa sombra sin patas que acude sin ser llamada, había conseguido apoderarse de él y provocarle un ataque de nervios, lo que le produjo unas terribles ganas de fumar. Se las aguantó como pudo y esperó impaciente a que los jóvenes hubiesen acabado.

Sabía, por otras ocasiones, que enseguida se dirigirían al manantial que brota junto a la casa para refrescarse, aunque esta vez, debido a que la novedad parecía ser la causa última que guiaba sus voluntades aquella tarde, no podía estar del todo seguro. Había decidido no mirar más, pero afinó el oído en busca de una señal que le indicase que la pareja daba por terminado su encuentro amoroso. Ellos, ignorantes del sufrimiento que provocaban, ensimismados en su placer, aún se demoraron en culminar el acto. Entonces, satisfechos, abrazados y sonrientes, la pareja, retornando finalmente a sus abandonadas costumbres, se dirigió al manantial. Cuando llegó ese momento, el asustado mirón aprovechó para escapar camino arriba, por una vez sin el buscado premio, la muy deseada erección.

Don Alonso se había sentido tentado muchas veces de hacer uso, como hacían otros en su lugar, de su condición de patrón con Margarita. Sobre todo desde que esta se desarrollara, hacía de eso sus buenos cinco o seis años, pero siempre lo había retenido el saber que la muchacha era hija de Inés. Más tarde, cuando por una casualidad descubrió que la criada se entendía con el tullido, la seguía cada vez que se le presentaba la oportunidad y se masturbaba observándolos.

La imagen de los jóvenes fornicando era tan vívida en su mente que le bastaba con ir a sentir la respiración de Margarita, a través de la fina puerta de su habitación mientras esta dormía, para conseguir una fenomenal erección. Luego volvía a su cama a hurtadillas, sujetándose con ambas manos el tumefacto apéndice por debajo del camión para, una vez atrancado en su cuarto, entregarse al placer de los solitarios.

Sin embargo, esa noche, la que sería la última de Margarita en la casa, no se atrevió a ir a

escuchar tras la puerta donde dormían las hermanas. Se había enterado por Ascensión de que ambas compartirían catre y no le pareció apropiado ir en busca de su dosis de excitación. Se decía a sí mismo que, no pudiendo distinguir cuál de las dos respiraciones pertenecía a la sirvienta y cuál a su virginal hija, corría el peligro de incurrir en incesto. Ese pensamiento lo hostigó durante gran parte de la noche.

Ascensión, al contrario que su atormentado padre y su nerviosa compañera de cama, sí durmió bien. La mañana llegó para ella en el momento apropiado. Su apacible despertar y el amanecer coincidieron en el tiempo con sincronía de relojero.

Estaba vuelta a la pared cuando abrió los ojos, pero enseguida recordó que Margarita estaba a su lado y se volvió hacia ella para comprobar si esta aún dormía. La descubrió serena, con la mejilla apoyada apenas sobre el blando almohadón y la mirada risueña posada en la suya. Los ojos de la muchacha eran tan bellos en la tenue luz del alba que Ascensión los observó durante un tiempo antes de darse cuenta de que debía decir algo. Sonrió.

—¿Llevas mucho despierta?

—Sí, mucho. En realidad, casi no he dormido.

—Es normal. Yo, en cambio, me siento descansada.

—Yo también, aunque no haya dormido. A mí, esta noche, lo que me ha quitado el cansancio y hasta los nervios ha sido verte dormir.

—¡Qué tonta! ¿Cómo te va a descansar ver dormir a otra persona?

—No sé, yo... No lo sé explicar, pero me ha dado tranquilidad ver la suavidad de tu sueño, y lo cierto es que yo también me siento descansada.

—Bueno, pues mejor. Me alegro.

Las muchachas decidieron levantarse y bajar a desayunar antes de que Juan y don Alonso se despertasen. Preparar el desayuno juntas les aportó el sentimiento de hermandad que, sin saberlo, andaban buscando. Compartir la mesa les pareció algo más extraño, pero también lo disfrutaron.

A causa de los chascarrillos y las bromas típicas que se les gastan a las que se van a casar —aunque en esta ocasión la supuesta veterana hablaba de oídas y la presunta novata tenía que andar disimulando sus conocimientos para no escandalizar a su hermana—, se veían forzadas a dejar de comer a cada poco para reírse quedo de las ocurrencias de ambas y no despertar a los hombres con sus risas. Cuando terminaron el desayuno, dejaron todo en la pila y subieron al cuarto de Ascensión sin haber limpiado nada y con la intención clara, al menos por parte de la mayor, de no preparar más desayunos para nadie.

Una vez en el cuarto, Ascensión le pidió a Margarita que se desnudase y se metiese en el barreño que habían subido entre las dos.

—Yo te traeré el agua.

—Mejor lo hacemos juntas y así tardamos menos.

—Que no, que hoy es tu día y quiero traértela yo.

Cuando Ascensión salió del cuarto, Margarita se desnudó y se metió en el barreño aún seco. Ascensión, que llegó muy rápido con el cubo lleno casi a rebosar, jadeaba fatigosamente por el esfuerzo realizado. Margarita, reprimiendo un ahogado gritito, recibió el primer chorro de agua con sorpresa.

—¡Qué fría está!

—¿Quieres que caliente el próximo?

—No, mejor así.

Margarita mojó la pastilla de jabón oloroso que Ascensión le había dado y se lo restregó por todo el cuerpo, pero no fue hasta que su hermana abandonó el cuarto para ir a por más agua cuando se atrevió a pasárselo por sus partes más íntimas. Enseguida, Ascensión regresó a la habitación haciéndose coro con sus jadeos desacompasados. Una vez recuperado parte del resuello, se subió, abrazando el cubo que volvía a traer lleno, a una banqueta que había colocado previamente junto al barreño, pidió a Margarita que se levantara y, cuando esta hubo obedecido, fue vertiendo el agua pausadamente sobre su cabeza. Margarita la aprovechaba para, con sus propias manos, hacer resbalar la espuma por su cuerpo.

La muchacha se sentía tan fresca y limpia como la toalla que le tendía su hermana, y se entretuvo en oler la rica fragancia a flores recién cortadas que había quedado adherida a su piel. Una ola de buen humor la inundó.

Mientras Margarita se secaba, Ascensión aprovechó para sacar el vestido de novia que tenía guardado en uno de los cajones de la cómoda y lo tendió sobre la cama deshecha.

—¿Y eso?

—Tu vestido de novia.

—¿Mi vestido de novia? ¡Pero si yo ya tengo uno que me han prestado!

—Este era el de mamá, con el que se casó, con el que hoy te vas a casar tú y con el que quizás algún día...

—No digas bobadas, Ascensión. Ese vestido es tuyo y tú te casarás con él, no yo.

—Este vestido es tan tuyo como mío. Además, con el camino que llevo, como no lo uses tú, se va a quedar para nadie.

—Pero mira que eres... boba.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de las muchachas. A Ascensión le pareció que estaba echando a perder el día de Margarita y decidió cortar por lo sano.

—Vamos, pónitelo, no sea que haya que hacerle algún ajuste, aunque no creo.

Margarita se sorbió los mocos y luego se secó las lágrimas con la toalla, para después, ayudada por Ascensión, con los brazos estirados y la espalda doblada en una suave genuflexión, meterse de cabeza en el vestido de novia de su madre.

El vestido era de hilo rosa sin bordado alguno, cuello a la caja de casto escote, breve cinturilla rematada en seda a modo de único adorno y larga falda lisa sin vuelo ni miriñaque.

—Parece hecho para ti.

—¿Tú crees? Deja que me vea en el espejo.

Margarita se miró en la luna de cuerpo entero que su hermana usaba para probarse la ropa. Se vio hermosa, favorecida por el tono levemente encarnado del sencillo vestido. Se dijo que su madre tenía que haber sido una mujer de mucho gusto. Se sintió distinta y, por unos instantes, la vanidad se apoderó de ella. Giró hacia un lado y hacia otro sin apartar nunca la vista del espejo. Se imaginó siendo una señora, como lo era su hermana, como ciertamente lo había sido su madre. Pero enseguida, cuando ya su imaginación volaba alto, se reprendió a sí misma por ser tan ilusa y

dejó caer el breve vuelo del vestido con el que se había dedicado a hacer ondas que creasen la ilusión de movimiento, mientras se veía, ligera, casi ingrávida, caminando por imaginarias calles de Badajoz, de Sevilla, incluso de Madrid. Y se quedó muy quieta, paralizada, mirando de frente el reflejo de negra disfrazada que el espejo le devolvía.

Ascensión, que había notado que Margarita había perdido el brillo de su mirada, se apresuró a hablar.

—¿No crees que parece hecho para ti?

—Sí. No sé. Es muy bonito.

—Ven que te dé un beso.

Ascensión besaba efusivamente a Margarita cuando tocaron a la puerta. Las hermanas quedaron en suspenso, a la espera de algo más.

—Niñas, ¿sabéis qué hora es?

La voz de Juan se abrió paso a través de la madera. Ascensión se soltó de Margarita y corrió hacia la puerta para asegurarse de que estaba atrancada. Lo estaba.

—No puedes entrar.

—Pero ¿sabéis qué hora es?, ¿no pensáis bajar a desayunar?

—Nosotras ya hemos desayunado.

—Bien, dile a Margarita...

—Si crees que Margarita va a bajar a preparar algo el día de su boda, ya puedes sentarte a esperar.

Juan quedó perplejo en un primer instante, pero enseguida entendió que, en un día como aquel, las cosas no iban a ser como normalmente eran.

—Está bien, no pasa nada.

Don Alonso, que estaba de pie junto a la puerta de su cuarto y había escuchado la conversación entre los hermanos, no daba crédito a la facilidad con que Juan se había plegado a la voluntad de Ascensión. Se asomó al pasillo.

—¿Vas a dejar eso así? Hazme el favor, Juan. No solo eres el hombre, también eres mi primogénito.

—Hoy no, padre. Hoy me temo que, si queremos desayunar, tendremos que prepararlo nosotros mismos.

—Habrás visto semejante disparate...

Don Alonso avanzó furibundo hasta llegar a la altura de su hijo. La camisa a medio abrochar que llevaba puesta apenas conseguía mantener la marcha del cuerpo que la enarbolaba.

—Déjame a mí.

—No, padre. No le dejes. Hágame usted el favor a mí de volver a su cuarto a terminar de vestirse mientras yo preparo algo de comer.

Don Alonso no terminaba de entender a Juan, ese ser sumiso y silencioso en el que se había convertido su hijo desde el día en que murió su madre. No es que él fuese un insensible, pero le parecía que ya había transcurrido suficiente tiempo como para que las heridas hubiesen cicatrizado de una vez y que el muchacho despertase de nuevo a la vida.

—Aparta, Juan, ya les enseñaré yo.

—No, padre, hoy no. Déjelas. Soy el padrino y me gustaría que me hiciese el honor de dejarme invitarle a usted a desayunar.

—¿Invitarme?, ¿a mí? ¿Acaso lo que hoy se celebra me atañe de alguna forma?

—No, padre.

—¿Entonces?

—Déjeme invitarle porque soy el padrino, ¡qué más da de qué!

Don Alonso pareció aplacarse con las palabras de su hijo. En realidad, le gustaba ver, en acciones como esa, que este por fin comenzaba a salir de su ensimismamiento y era capaz de comportarse como el hombre que era y como el dueño del taller que pronto sería. Lo único que le recomía era que solo parecía encontrar ese coraje cuando necesitaba enfrentarse con él. Como el día anterior, cuando había venido a pedirle explicaciones y a preguntarle que por qué Esteban seguía cobrando menos que un aprendiz a pesar de los años de buen servicio que llevaba prestados a la casa. No es que Juan no tuviera razón en lo que le demandaba. Lo cierto es que solo a un descuido se podía achacar que Esteban siguiese con el mismo sueldo por tanto tiempo, y más cuando a finales del año anterior, el 14, se le había subido a todo el mundo. Había estallado una gran guerra en toda Europa por una tonta discusión sobre los Países Bálticos, según su modesta opinión, en la que España no había entrado, pero de la que estaban sacando tajada sus comerciantes, sus terratenientes y sus artesanos por la gran demanda de materias primas y alimentos que de los países en conflicto les llegaban, y, como consecuencia, la mano de obra, que siempre había sido abundante y mal pagada, se había convertido, de un momento a otro, en un bien escaso y valioso que había que retener. Pero, se preguntaba don Alonso, ¿habría reaccionado su hijo igual si ese maldito tullido amigo suyo no fuese a convertirse en el esposo de la detestable hija del pecado de su difunta esposa? El caso es que don Alonso estaba convencido de que, de un tiempo a esta parte, Juan le buscaba las cosquillas.

—Está bien, voy a vestirme.

—Sí, vaya. Yo, mientras tanto, iré ensillando dos caballos. Le espero en las cuadras.

—¿Dónde vamos?

—¿Le parece bien que nos acerquemos a la asociación?

Don Alonso dio la callada por respuesta. Él sabía que Juan conocía su debilidad por las migas con melón que preparaban los domingos en la asociación de labradores del pueblo y, por eso, no le costó interpretar en esa sugerencia las ganas que el joven estaba poniendo en agradarle, aunque solo fuese por esta vez.

Ascensión y Margarita habían escuchado toda la conversación entre el padre y el hijo con la oreja arrimada a la puerta de la habitación y el alma en vilo. Cuando esta hubo acabado, ambas se miraron y en los ojos ajenos pudieron leer el miedo que cada una sentía.

Juan tocó a la puerta con suavidad. Ascensión, que tenía aún apoyada la cabeza en ella, se sacudió con violencia por el susto recibido, pero enseguida se sobrepuso y se agarró al pomo con fuerza. Las manos le temblaban.

—No voy a abrir, Juan.

Ascensión susurraba. Juan la imitó.

—Os dejo la mula enganchada a la calesa.

Silencio.

—Yo no voy a regresar. Os espero en la puerta del orfanato.

Silencio.

—Mirad la hora, niñas. Son más de las nueve.

Margarita, que hasta ese momento no había abierto la boca, pensó entonces que las cosas estaban saliéndose demasiado de su camino y que, además, a ella ni le estaba pareciendo correcto ni lo había solicitado. Resolvió que la situación no iba a enfangarse más de lo que ya estaba y decidió tomar cartas en el asunto de la única manera que sabía: haciendo su trabajo.

—Gracias, Juan, pero yo puedo ir andando hasta el orfanato como lo he hecho toda la vida. En cuanto al desayuno, puedes decirle a tu padre que baje a la cocina cuando quiera, que en un momento se lo preparo.

—Tú no vas a preparar nada. Ahora mismo lo único que vas a hacer es sentarte en mi cama para que yo te maquille.

—Tampoco eso hace falta. Te agradezco de corazón todo lo que quieres hacer por mí, pero no es necesario, de verdad.

Don Alonso, sin esfuerzo alguno, podía escuchar la conversación que los tres hermanos sostenían, y como le pareció que Juan perdía autoridad por momentos, se dijo que era su deber ayudarle.

—¿Aún estás ahí, muchacho? Yo estoy casi listo. ¿Es que no nos vamos?

—Sí, padre. Solo me despedía de las niñas.

Juan comenzó a bajar las escaleras. En ese momento, aprovechando un descuido de Ascensión, Margarita abrió la puerta de la habitación. La claridad que entraba por la ventana del cuarto inundó el pasillo. La criada dio un paso al frente y las volutas de polvo que flotaban humildemente en la penumbra brillaron en la nueva y virginal luz de la mañana. Parecían querer revestir la figura de Margarita del halo de elegancia que tendría el retrato de una pastoril princesa, pero su boca, al hablar, desbarató el hechizo.

—Buenos días, Juan. ¿Qué quieres para desayunar?

Ascensión había sido apartada de la puerta por sorpresa y ahora, desequilibrada, miraba insólita el decidido perfil de Margarita. Juan, al que solo le había dado tiempo a bajar un par de peldaños, se volvió al reclamo de la voz a tiempo de ver a su padre saliendo de su cuarto antes incluso de que Margarita hubiese terminado de hablar. Don Alonso llegó hasta la sirvienta en tres marciales zancadas.

—¿Quién eres tú para llevar la contraria a nadie, criada del demonio?

Don Alonso se percató entonces de que Margarita vestía el traje que Inés llevara el día en que ambos se casaron. En su precipitación, la criada no había advertido que aún seguía llevando puesto el disfraz de señora.

—¡Quítate eso ahora mismo!

Margarita se miró el vestido como para terminar de entender a qué se refería su amo. Entonces, sin pensar en lo que estaba haciendo ni en sus consecuencias, con dos hábiles dedos, desabotonó la parte superior del vestido y dejó que este se deslizara por su cuerpo desnudo, dio un paso atrás y salió del cerco de hilo que la rodeaba.

Juan llegó hasta su padre en el momento en que este alzaba la mano para golpear a Margarita. Hizo amago de detener el golpe, pero en el último momento advirtió que no iba a ser necesario. Ascensión, que había recuperado el equilibrio perdido, recogió el vestido del suelo con una mano, mientras con la otra cerraba la puerta del cuarto con las dos hermanas dentro, donde las alcanzó el rotundo vozarrón de don Alonso.

—¡Putá!

Juan, traspasado por la intensidad del momento, encontró, sin saber muy bien dónde, las fuerzas necesarias para desbaratarlo con la única arma que tenía a su alcance: la ironía.

—No, padre, puta no. Más bien obediente.

## IX

Por ser la víspera de la festividad de la Virgen del Carmen, todas las beatonas de los alrededores se encuentran reunidas en la pequeña ermita que está a las afueras de La Cántara. Han madrugado para ir hasta allí y ahora, con el sol apenas rayando en el horizonte, todas comparten las migas que han preparado las primeras que llegaron. Entre ellas se encuentra Fátima, que desde hace algo más de cinco años ha vuelto a vivir a la pequeña aldea en la que se crio. Cuando la madre de don Alonso entendió que había dejado de ser la señora de la casa en favor de Inés, tomó la certera decisión de que se iría antes de que la considerasen un estorbo o, peor, una entrometida. No hubo en su decisión la voluntad de hacer sentir mal a nadie, ni tampoco buscaba con ello forzar a la pareja a que le pidiera que se quedase junto a ellos, así que, curándose en salud, decidió que esgrimiría como excusa el ineludible deber filial que tenía con su madre enferma, que se encontraba sola desde que enviudara y desvalida desde que los achaques de la edad la tuvieran postrada gran parte del día y quejosa toda la noche. Unos meses después, cuando la abuela de don Alonso murió y su hijo y su nuera le pidieron a Fátima que volviese con ellos, ya no quiso esta poner más disculpas. *El casado, casa quiere*, les soltó destempladamente, acabando de manera definitiva con la discusión.

Entre las que se han encontrado con la mesa puesta al llegar está Gadanha, quien, con una de sus nietas, ha recorrido andando los quince kilómetros que separan los dos pueblos.

Cuando el desayuno termine, dará comienzo el atavío de la imagen de la Virgen del Carmen que en la ermita mora, para que, como es costumbre, luzca sus primores en la romería que en su honor se realizará al día siguiente.

Ese día, uno de los más señalados para toda la parte alta del río Sotillo, vendrán jinetes de todas las comarcas de los alrededores, algunos incluso de otras provincias. Vestirán estos sus trajes de corto y lucirán sus brillantes zajones, engrasados la víspera, y no faltará en sus cabezas el consabido sombrero cordobés calado hasta los ojos. Llevarán, cómo no, la garrocha en ristre, con cintas de colores en todo lo alto de la enorme pica que, descansando sobre el estribo, alcanzará el cielo.

Sus caballos serán también dignos de admirar. Cepillados, lustrosos y enjaezados con los mismos colores que las picas de sus jinetes, pasearán gloriosos en comitiva, precediendo a la imagen y robando para sí más miradas que sus amos; más que la propia virgen.

El bullicio de gentes llanas que se reunirá en el encinar que hay en torno a la ermita se desperdigará por este, una vez acabada la romería, en busca de sombra. Se abrirán entonces los hatillos que las sufridas mujeres han cargado hasta allí. Parirán estas tortillas de patatas, guisos fríos de cordero, pan de hogaza y botas de vino. Correrán estas últimas de mano en mano,



atravesando el prado varias veces en cualquier dirección hasta que, nadie sabe debido a qué clase de magia, regresen a manos de sus dueños antes incluso de que lleguen a echarlas en falta. Aprovecharán los mozos nuevos para, al descuido, estrenar su primera borrachera. Bailarán las nuevas mozas entre sí esperando en vano a que los mozos de su edad les hagan caso, y se irán los que fueron nuevos mozos no hace tanto a perderse con sus mozas de las miradas inquisitorias de sus mayores. Reirán y cantarán los que fueron mozos hace mucho, los que ahora son padres, en grandes círculos de amigos y convecinos. Y se divertirán todos hasta que se agote el día y ya el sol no quiera regalarles más su luz. Y después, ya de noche, cansados pero aún felices, con la sonrisa fácil asomando a los labios por cualquier motivo, volverán a sus casas, y se acostarán en sus camas ringados, risueños y rijosos, y gastarán sus últimas fuerzas en complacerse mutuamente, en besarse, en amarse, en abrazarse, muy serios o muertos de la risa, con mucha ternura o con mucha pasión, antes de quedarse dormidos hasta el día siguiente, que ya no será como este, sino como todos los demás, desesperadamente igual a todos los demás.

Pero hoy es la víspera. Hoy el día aún viene preñado de las promesas de lo que les esperará en el Carmen, y dentro de la ermita se está fresco, no así afuera, donde el sol ha comenzado a dar castigo mucho antes de la temida hora del mediodía. Es por eso por lo que las pocas veces que se requiere algo del exterior, como un cubo de agua del cercano pozo o adquirir una cinta de cualquier color en la mercería de La Cántara, las experimentadas beatonas envían siempre a las más jóvenes, esgrimiendo a modo de letanía el argumento aprendido durante generaciones de que ellas también fueron jóvenes y les tocó pasar calor yendo y viniendo a por agua al pozo o en busca de cinta a la mercería.

Don Alonso, mientras tanto, anda desesperado. En cuanto ha conocido la noticia de que Inés está de parto, le ha faltado tiempo para ensillar su caballo y lanzarse al galope hasta la casa de Gadanha.

—¿Está tu abuela, niña?

Entrecortadamente por la falta de resuello, sin descabalgarse ni saludar siquiera, don Alonso le habla a una chiquilla tan rubia que parece extranjera. Ha cabalgado escasamente cinco minutos, pero debido a la tensión que le ha provocado la angustia de la situación en que está inmerso, suda incluso más que el animal que lo ha llevado hasta allí.

—Buenos días tenga usted. ¿Se refiere usted a mi bisabuela Luzía, la partera?

—Sí, a esa misma. Dile que salga, que andamos con prisa.

—No está. ¿Tiene usted una perra, señor?

Don Alonso, cualquier otro día, le hubiese dado la perra chica o gorda sin rechistar; incluso hubiera exhibido una sonrisa cómplice por el atrevimiento del que hace gala la chiquilla. Pero hoy no. Hoy no está para bromas.

—No me hagas perder más el tiempo y dime dónde está Gadanha, descarada.

—Pero si ni siquiera se ha buscado usted en la faltriquera. De seguro que por ahí tiene el señor una perra... o dos.

Don Alonso se imagina a su mujer partida al medio por el dolor y, haciendo un rápido balance de su situación, llega a la conclusión de que va a perder mucho menos tiempo si le da la perra a la mocosa. Se busca en los faldones y, con el índice, tantea el tamaño de las monedas que alberga en

su interior. Entonces, enganchadas en él, aparecen, ante la atenta mirada de la rubia pizpireta, dos piezas de a real. Le lanza una y se queda con la otra en la mano.

—¿Dónde está Gadanha?

—En el Carmen, señor. Se fue esta mañana muy temprano con mi madre.

—¿Te refieres a la ermita de La Cántara?

—Claro. ¿Es que hay más Carmen que ese?

—Bien, no hay por qué ponerse nervioso. A ver, niña, ¿quieres ganarte otro real?

—Sí, señor, ¿qué hay que hacer?

Don Alonso le pregunta a la niña si sabe lo que Gadanha necesita para atender a las parturientas, a lo que ella responde que sí. Le pide entonces que haga el favor de llevarlo todo lo antes posible al taller de madera y que, cuando llegue allí, pregunte por Felisa.

—¿Lo has entendido?

—Sí, señor. ¿Y mi real?

Don Alonso vuelve grupas y espolea a su caballo. Con la cabeza ladeada hacia atrás para hacerse oír mejor, grita en su huida:

—Cuando regrese del Carmen, si has hecho todo como es debido, te lo daré.

—No voy a poder yo sola con todo.

—Otro real para el ayudante que te busques.

Don Alonso regresa a casa, desmonta, le quita la silla y la brida al animal y lo engancha al carromato que usan en el taller para transportar y entregar las mercancías acabadas. Luego pasa por la cocina y le pregunta a Felisa por Inés. Parece que todo está bien. Aunque su mujer haya roto aguas, aún no ha empezado la labor propiamente dicha. Don Alonso informa a la cocinera de que tendrá que ir hasta La Cántara a por Gadanha y de que en cualquier momento de la mañana aparecerá una mocosa muy rubia con los aparejos necesarios para atender el parto. Seguidamente, pregunta por sus hijos. Ascensión está junto a su madre y Juan, sentado afuera, con el nuevo mozo.

Don Alonso se asoma a la calle y descubre a los dos muchachos compartiendo el poyo que hay junto a la puerta. No recuerda el nombre del zagal.

—Niño, ponte a las órdenes de la cocinera.

—Sí, señor, como usted mande.

—Juan, acompáñame. Agarra un botijo lleno, el que más fresco esté, y sígueme a la cuadra.

El asiento del carromato está concebido a manera de baúl. Su padre levanta la tapa y Juan deposita en el fondo el botijo, después lo asegura con una pequeña cincha a uno de los laterales. Su padre baja la tapa y ambos se sientan sobre ella. Cuando van saliendo, don Alonso recuerda que el caballo no ha bebido y le da la vuelta entera a la casa hasta llegar al abrevadero. No deja que el animal se sacie, podría sentarle mal.

Don Alonso decide que iniciará la marcha con un trote relajado y luego decidirá si lo mantiene o lo baja al paso; eso dependerá del cansancio que su ojo experto observe en el animal.

Son las once. Se ha hecho el cálculo mental de llegar a La Cántara sobre la una, dejar descansar al animal media hora y estar de vuelta con Gadanha alrededor de las tres y media o cuatro.

\*\*\*

La niña rubia ha dedicado el tiempo de ver partir al jinete a pensar. Decide que lo mejor será avisar a una prima suya, mayor que ella un par de años, que está aprendiendo el complicado oficio de partera con Gadanha, para que la ayude. De esta manera conseguirá con una sola persona un servicio doble: que le sirva de mula de carga y que escoja el material que habrán de llevar hasta el taller, pues ella ni lo conoce ni tiene intención de andar averiguándolo. Su prima es una muchacha sin lustre a la que acabarían por comerse las moscas de tan quieta como vive si no fuese porque su bisabuela Luzía la mantiene activa con la falsa promesa de convertirla en partera.

La rubia le cuenta a su prima que la bisabuela ha mandado decir que hay que llevar todos los utensilios necesarios para atender a una parturienta al taller de madera cuanto antes. No le nombra la rubia a don Alonso ni a los dineros que andan en juego, pues no tiene intención de compartirlos. La falsa aprendiz de partera obedece incauta, y ni siquiera le alcanza el seso para preguntarse cómo le ha podido llegar voz a su prima de la bisabuela estando ella en el Carmen.

Al rato ya van de camino. Camino en el que harán muchas paradas para descansar, y no es sino en la primera de ellas que la prima joven se las ingenia para que la mayor cargue el resto del trayecto con lo más pesado y difícil de llevar.

\*\*\*

Es pasada la una —pero por poco— cuando el carromato con el padre, el hijo y un no muy fatigado caballo llegan a la ermita de La Cántara. Al pie de la nombrada ermita, bajo la sombra de una fresca higuera, dos mozas observan a los recién llegados.

—¿Podrían indicarle a mi hijo dónde puede darle de beber al animal?

Las mozas se miran entre sí y vuelven luego sus miradas al pozo, al que señalan con un lento golpe de cabeza sin despegar los labios.

Don Alonso le pide a su hijo que lo desenganche y que le dé de beber, pero no mucho, y que luego lo manee y lo deje triscar algo de hierba, que eso acelerará la recuperación del caballo.

—No te olvides de tirar el agua caliente del botijo antes de volverlo a llenar, y déjalo junto a la higuera, a ver si nos aguanta fresco por lo menos la mitad del camino.

Juan va diciendo a todo que sí mientras se pone manos a la obra. Su padre entra en la ermita guiñando exageradamente los ojos para acostumbrarlos cuanto antes a la penumbra. Fátima, que lo ha visto entrar, se apresura a recibirlo.

—¿Hijo, qué sorpresa! ¿Has venido a ayudar con la imagen?

—No, madre, he venido en busca de Gadanha.

Fátima sabe que eso solo puede significar una cosa, e imagina que su hijo ha venido hasta La Cántara a uña de caballo para llevarse a la partera cuanto antes.

—¿Has comido algo, Alonsillo? Aquí hay comida de sobra.

—No, gracias, madre, no tengo hambre. Pero seguro que Juan sí que le acepta algo.

A Fátima le sorprende saber que su hijo ha traído consigo a Juan, y se pregunta cómo piensa llevarse a Gadanha de vuelta a Malcocinado. Ella conoce las cuerdas de la serrería. Su hijo solo

tiene un par de vacas lecheras y un borriquillo, al que sabe incapaz de mantener el paso del caballo. *Habr  pedido prestado otro a algún vecino.* Fátima prefiere no preguntar, nota a su hijo muy nervioso y, además, no tiene más que asomarse a la calle para salir de dudas.

— D nde est  mi nieto?

—Afuera, atendiendo al caballo. Dígame, madre,  por dónde anda la partera?

—Debe estar en el altar o, si no, en la sacristía terminando de comer. Ve a por ella, hijo, no te entretengas más conmigo.

Fátima echa mano al bolsillo que cuelga por delante de su mandil, halla en él lo que anda buscando y luego sale a la puerta gui ando mucho los ojos para acostumbrarlos rápidamente a la claridad. Su nieto est  a la sombra de la higuera, apartado un tanto de las mozas.

—Juan,  que no vienes a saludar a tu vieja abuela?

— Abuela!

Juan se ha puesto en pie de un brinco y ha salido corriendo hacia Fátima. Al llegar a ella, la abuela lo abraza con la mano que tiene fuera del bolsillo del mandil para enseguida apartarlo con cariño.

—Espera, escandaloso, que aplastas lo que tengo aquí guardado para ti.

El niño se aparta para descubrir que un hornazo grande y agrietado est  haciendo su aparición junto con la mano que su abuela mantenía oculta.

—Es de morc n.

A Juan se le agua la boca ante tan apetitosa visión, pero sabe que no debe tocar la comida que su abuela le muestra hasta que esta le haya dado permiso para hacerlo si no quiere que le caiga una reprimenda por maleducado.

— Es que no lo quieres?

—Claro que s , abuela.

—T malo, pues. Y dime,  hab is venido los dos en el carro?

\*\*\*

Don Alonso busca a Gadanha en el altar y no la encuentra. La portuguesa es muy peque nita, y bien pudiera ser que estuviese detrás de este sin llegar a destacar por encima. No est , pero sí alguien que se le parece mucho.

—Hola,  es usted la hija de la partera?

—Su nieta. Mi abuela no tuvo hijas hembras, solo varones.

— Y dónde está ella?

—En la sacristía. Acaba de bajar a almorzar.

Don Alonso baja del altar por una grada lateral y entra en la sacristía, donde unas desparramadas velas consiguen alumbrar escasamente diversas viandas puestas sobre una manta y a media docena de mujerucas que dan cuenta de ellas sentadas a la turca. Gadanha est  de espaldas a él y no lo ha visto entrar, pero ha advertido, por la forma de pisar del visitante, que se trata de un hombre.

—Que aproveche.

Mientras un coro de gracias le responde, sonriente, circunspecto, algo azarado ante la presencia de tanta mujer, avanza hasta llegar a la vera de Gadanha, se agacha y, en un susurro, comienza su parlamento.

—Buena mujer, mi esposa está de parto. ¿Podría usted acompañarme de vuelta a Malcocinado si no le es mucha molestia?

Don Alonso sabe que, con la gente humilde que tiene algo de poder, la arrogancia es un error. También sabe que lo que más valoran estas gentes es la educación, y que con unas gotas de ella bien usadas se puede conseguir hasta que un muerto de hambre le quite el pan de la boca a sus hijos para dárselo a otro con más posibles que él. Por eso rinde pleitesía, y por eso su voz es dulce y su tono agradable.

Gadanha se vuelve a su interlocutor con parsimonia.

—¡Ah, don Alonso!

—He traído un carro pensando en su comodidad. Lo tengo afuera, bajo la higuera.

—Bien, bien.

Don Alonso recuerda que al caballo no le vendría mal algo más de descanso.

—Pero termine usted de comer, señora.

—Enseguida voy.

—Afuera la espero. Y no tenga usted prisas, que son estas muy malas consejeras.

Don Alonso se vuelve por donde ha venido y, ya casi en la puerta, sentados en el último banco de la ermita, se encuentra a su madre y a su hijo, que está terminando de dar cuenta del hornazo. Fátima se interesa por Inés y don Alonso la informa de que todo va bien. Fátima le comunica a su hijo que ella está lista para partir en cuanto él se lo diga.

—Pero, madre, el caballo va a reventar, usted puede ir más tarde por otros medios, o si no mañana, con más tranquilidad. Me acerco yo a La Cántara y la recojo.

Asiente, dando a entender que se hace cargo de la situación y que no piensa insistir. A don Alonso se le antoja que su madre se ha convencido con demasiada facilidad. El silencio se instala entre los tres, roto tan solo por el leve sonido que los mordisquillos de Juan arrancan de cuando en cuando al menguado hornazo.

Afuera, bajo el implacable sol, el caballo hoza a su gusto. Las mozas, bajo su vegetal refugio, se han quedado dormidas, recostadas sobre el acogedor tronco. Durante largo rato todo es paz, y a la cabeza de don Alonso, que está convencido de que lo tiene todo bajo su gobierno, no acude ningún pensamiento que la perturbe.

Desde el fondo de la ermita llega un quedo bullicio de mujeres atareadas que no consigue sino arrullar aún más a don Alonso. *Se está fresco aquí y tranquilo*, piensa para sí. Abre entonces los ojos para elevar una plegaria a la imagen a medio ataviar, pero no llega a pronunciarla: la visión de Gadanha y su nieta avanzando por el pasillo central lo pone en pie de un salto. Da apresuradamente un par de pasos laterales para salir de entre los bancos y, una vez en el pasillo, se adelanta a abrir la puerta de la calle.

—Juan, engancha el caballo.

El niño se levanta, besa a su abuela y corre hasta la puerta y luego, a través del prado, hasta el animal. Lo agarra por las crines mientras le quita la manea y, con esta misma, lo enlaza del cuello

para dirigirlo hacia el carromato, lo apera y lo engancha en un santiamén.

—El botijo, padre.

—Llévalo atrás contigo, pero no dejes que le dé el sol.

Juan le pasa el botijo a su padre para que se lo sujete mientras él se sube al carro por la parte de atrás, recibe el agua de vuelta y se sienta usando la puerta posterior como respaldo.

—Ayúdame a subir, niño.

La petición de ayuda de la nieta de Gadanha coge por sorpresa a don Alonso, que no contaba con este pasajero.

—Mi madre va a acercarse luego hasta Malcocinado; quizá vaya usted más cómoda con ella.

Gadanha, que ya está acomodada en el asiento delantero, donde padre e hijo hicieron el viaje de ida, entiende perfectamente la preocupación del que en el día de hoy será su patrón, y se apresura a tranquilizarlo.

—Si lo dice usted por ir más ligeros, no tenga tantas prisas, que es su señora de las de labor lenta. ¿O ya no recuerda usted el parto de este muchacho y el de su otra niña? Un día entero se demoró este en nacer, y la menor, tres cuartas partes de lo mismo.

Don Alonso calla y otorga y, con la cabeza gacha, se dispone a subir al sitio del conductor; pero cuando llega a la parte delantera se encuentra a su madre con un pie en el pescante y haciendo palanca con su propio cuerpo para auparse al carro.

—Ve tú atrás, hijo, que yo estoy mayor. ¿Guía usted, señora Luzía?

—No, guíe usted, que yo necesito mantener las manos firmes para esta noche.

Una inapreciable mirada de inteligencia se cruza entre las abuelas. Luzía y Fátima se conocen desde hace muchos años, aunque nunca se han tratado fuera de las ocasiones en que han coincidido cuando la primera ejercía su oficio. Luzía, bastante más vieja que su compañera de asiento, ya atendió a esta en el nacimiento de Alonso, casi medio siglo atrás, y ni siquiera fue este el primero de la interminable lista de partos que lleva a sus espaldas.

Sale el carromato, al fin, poco antes de las dos y media, tirado por un caballo bastante descansado y cargando con dos señoras —que no pararán de cuchichear mientras dure el trayecto— en el asiento delantero, con don Alonso medio acuclillado justo detrás de ellas, con el niño muy sentado mientras con una mano sujeta el botijo, y con la nieta de Gadanha también sentada, pero algo más desparramada, en un rincón.

No llevan precisamente un trote ligero; ni siquiera uno lento. Lo que llevan es, más bien, un paso cansino y torpe que a buen seguro les ha de llevar sus buenas tres o tres horas y media de camino, si no más.

\*\*\*

En la casa, mientras tanto, Felisa ya ha dado de comer a todos y ha dejado la cocina arreglada. Cuando han llegado las niñas con el material, también les ha dado de comer y luego les ha dicho que subieran un rato a relevar a la señorita Ascensión para que tuviese esta la oportunidad de bajar a almorzar. Ascensión, que por la mañana se sentía algo nerviosa, es ahora dueña de sus actos y está feliz de tener la oportunidad de poder actuar como una adulta por primera vez en su

vida.

Felisa le había dicho por la mañana que sería bueno que la parturienta pasease, que con los paseos los dolores iban a ser más llevaderos, y Ascensión, que es de natural obediente, ayuda a su madre pasillo arriba y pasillo abajo. Luego, cuando la nota fatigada, la deja tumbarse un rato en la cama, y la escucha amontonar quejidos hasta que estos empiezan a ocupar demasiado sitio sobre sus cabezas; entonces, la obliga a incorporarse y la pasea de nuevo a lo largo del breve pasillo.

Las dos primas y Esteban, por orden de Felisa, han encendido el hogar y han puesto sobre él un caldero que luego han ido llenando con el agua del caño que vierte sobre el abrevadero. Felisa, con unas sábanas viejas, ha preparado unos trapos que piensa echar en el agua del caldero en cuanto este empiece a hervir para desinfectarlos.

Los hombres del taller, sin más parte en el suceso que la de entretener la espera, miran y vuelven a mirar el lento reloj que cuelga de una de las altas paredes, pero no como todos los días para ver si llegan las siete y dar de mano al trabajo, sino para calcular por dónde debe andar don Alonso y qué podría haberle pasado para que aún no haya llegado con la partera. Los lamentos que de cuando en cuando consiguen escapar del piso de arriba e imponerse, por muy poco, a los que reinan en el taller tienen desquiciados a la mayoría. Pero aún es peor cuando, por petición de algún oficial, o incluso del más llano de los aprendices, todos guardan silencio, esperando, anhelando que al último gemido intuido por entre los resquicios que dejan buriles y serruchos le sigan unas imposibles palabras de consuelo que no llegan: *No temáis por mí, estoy bien*. La de por sí dilatada jornada se les está haciendo a todos eterna; además, con tanta distracción, tampoco está resultando demasiado fructífera.

Solo la casualidad quiere que la hora de la salida de los obreros coincida con la llegada del carromato.

Don Alonso se pone en pie en el carro cuando aún les queda un trecho para llegar. Con la cara, interroga a los hombres que se amontonan en la puerta del taller y que no se marchan por ver si le pueden ser de alguna utilidad al amo.

—¿Todo bien, señor?

—¿Y aquí?

El obrero en cuestión no sabe si está siendo preguntado por la señora o por las tareas del taller, pero no se atreve a pedir una aclaración que le saque de dudas.

—Sí, señor, todo bien.

El carromato se detiene, y algunos hombres se lanzan sobre él para ayudar a bajar a los ocupantes. Otros desenganchan y desaparejan el caballo, que viene muy sudado. Felisa aparece también por la puerta del taller rodeada por las primas y el mozo nuevo. Don Alonso se va hacia ella en cuanto la ve.

—¿Cómo está?

—Bien, señor; algo desesperada por la demora, pero bien. Ascensión se ha portado como una mujer y la ha estado acompañando todo el día, y estas dos muchachas y el nuevo me han ayudado a tenerlo todo a punto para cuando llegara usted con Gadanha.

—Muy bien, Felisa, muchas gracias.

Don Alonso sopesa por un momento la idea de decirle a Felisa que, si lo tiene a bien, puede

marcharse a su casa, pero se lo piensa mejor. Con su madre y con Gadanha aquí, prefiere que sean ellas las que se encarguen de tomar ese tipo de decisiones. Ahora, sin entretenerse en nada más, sube apresurado las escaleras que conducen a la vivienda, atraviesa el pasillo y entra en el cuarto. Ascensión, sentada junto a la cama, al ver a su padre en la puerta, le dedica una sonrisa. Inés, que también lo ha oído llegar, ni siquiera abre los ojos. Está exhausta.

—Hola, hija. ¿Duerme tu madre?

—No, pero está tan cansada que ni se mueve. He estado paseándola todo el día, pero desde hace un par de horas ya no ha querido levantarse más; no quiere ni abrir los ojos y, en vez de hablar, apenas me hace una señal con la mano para pedir agua.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Muy contenta. Tengo muchas ganas de ver al nuevo hermanito.

Padre e hija se sonríen. Don Alonso contempla en Ascensión la adulta que muy pronto será. Sin embargo, a él le gusta la niña que todavía es, y espera que aún se demore un tiempo en dejar de serlo.

—Eso está muy bien, pero ahora baja con el resto de los niños; yo me quedo con tu madre.

—Sí, padre.

Abajo, Gadanha ya se ha hecho cargo de la situación. Sus biznietas corren a por los utensilios para que los tenga dispuestos lo antes posible en el cuarto donde nacerá la criatura. Con Felisa, se ha informado de que sí hay agua en el fuego y de que también hay una pila de trapos limpios que se están secando, si es que no lo están ya, con rapidez al sol.

—Súbame la mitad de esos trapos a la habitación y una palangana con agua caliente.

Fátima se ha colocado estratégicamente cerca de Gadanha esperando el momento para subir con ella al cuarto.

Don Alonso, que ha tomado una de las manos de su esposa entre las suyas, la nota desfallecida, sin tensión. Blanda e inerte como si hubiese perdido la consciencia.

—Inés... Inés, ¿quieres agua?

Inés no habla, pero con un movimiento de la cabeza le dice que sí. Cuando él está a punto de soltarla para alcanzarle el agua, un latigazo, en forma de espasmódica descarga, hace estremecer la entrepierna de la parturienta. Ella, como si se tratara del hilo que la sujeta a la vida, se aferra a las manos de su marido, que tiene agarradas de cualquier forma, y se incorpora en la cama con gesto de dolor, mientras don Alonso aguanta sin rechistar el que él siente. Un estertor que no sabe llegar a ser grito sale de la boca de Inés mientras va soltando la presa en la que ha convertido las manos de su marido, y vuelve a quedar tumbada sobre la cama, más floja y más desmadejada que antes. Don Alonso, muy impresionado y aún más asustado, se olvida del agua y se dedica a acariciar el rostro de su esposa con sus doloridas manos. Y es así como los encuentran Gadanha y Fátima cuando llegan juntas a la habitación.

—Basta de llantos, chiquillos, que lo que hoy son penas y sufrimientos, mañana no han de ser sino alegrías en esta santa casa.

—Diga usted que sí, señora Luzía.

—Don Alonso, por favor, salga del cuarto, que ya ha hecho usted todo lo que estaba en su mano.



—Sí, señora, ahora mismo me voy, que no es mi intención la de andar molestando. A propósito, ¿no le parece que está mi esposa más débil que en los partos anteriores?

—Son los calores, hijo, ¿verdad, Gadanha?

—Y la edad, don Alonso, la edad, que para todas pasa, y nunca es para mejor.

Cuando las tres se quedan solas en la habitación, Fátima, por orden de Gadanha, echa el pestillo a la puerta mientras esta le retira la sábana y le alza el leve camisón a Inés para hacerle un palpamiento. La partera tiene, entonces, un gesto de entendimiento con Fátima similar al que tuvieron cuando salían de La Cántara en la carreta.

—Todo está en su sitio, señora. El parto será rápido cuando su cuerpo esté listo. Ahora levántese de la cama.

Entre su suegra y la partera ayudan a Inés a incorporarse, la desnudan y la sientan en la silla que hace las veces de descalzadora. Al poco, llegan las primas con el encargo de su bisabuela y llaman a la puerta. Fátima les abre, y pasan ellas con su carga, sin saber muy bien qué hacer con sus cuerpos ni con los utensilios que transportan.

—Dejad todo en ese rincón y volved abajo. No se os ocurra marcharos hasta que yo os lo diga, no sea que...

En el umbral de la habitación, cuando van saliendo, las primas se cruzan con Felisa, que trae consigo una pila mediana de trapos doblados en cuatro y, sobre estos, en equilibrio, una palangana humeante.

Gadanha, con un movimiento de la mano, le indica que siga hasta donde se encuentran ella y su señora. Coge, entonces, la palangana con ambas manos y la posa con delicadeza sobre el suelo; luego moja un par de trapos en el agua con cuidado de no escaldarse, se arrodilla frente a Inés y, separándole las piernas, la asea en lo posible.

—Buena mujer, hágame el servicio de desvestir la cama, voltear el jergón y volverla a vestir de limpio.

—Deme acá esos trapos.

Felisa le entrega la pila de trapos a Fátima y, sin transición, le da un tirón a las sábanas y desviste la cama. La cocinera, como ha tenido por costumbre toda su vida desde que su madre le enseñara los oficios de los que luego viviría, obedece a una y a otra sin decir esta boca es mía.

—Y dígame a las niñas que han venido con mis cosas que suban un balde de agua fresca, que esta mujer se nos va a asfixiar.

—¿Qué hago primero?

—Lo del balde, buena mujer. ¿Que no ve cómo está la pobre, que casi delira?

Felisa, sin soltar el improvisado hatillo de sábanas que tiene entre las manos, sale de la habitación a toda prisa.

—Vuelva a echar el pestillo.

Fátima obedece sin rechistar. Está ansiosa por hablar a solas con la partera y, en su apresuramiento, no se ha dado cuenta de que no lo están.

—¿Qué?, ¿qué hay de eso?

—Ahora hablamos.

Quedan las tres en silencio —las abuelas de pie, en medio de la habitación, mirándose la una

a la otra, mientras dejan pasar el tiempo, e Inés sobre la descalzadora, derrumbada encima del mueble que la sostiene y que es lo único que impide que no se desmadeje sobre el suelo— hasta que vuelven a tocar a la puerta. Es Felisa, que ha subido el balde ella misma y que, en cuanto lo deja en manos de Gadanha, se pone de nuevo manos a la obra con la cama.

La partera y Fátima levantan a Inés de la descalzadora. Gadanha se sube entonces a ella, para poder alcanzar con facilidad la cabeza de la parturienta. Con los pies sobre el mueble, agarra a Inés de un brazo y la atrae hacia sí, le recoge el pelo en un moño alto, y luego recibe el balde de manos de Fátima y comienza a verter la fresca agua del pozo a poquitos sobre la espalda y los hombros de aquella. La piel de Inés acusa el contraste de temperatura y se estremece como la de un nervioso potro de carreras mientras la vida le vuelve con cada borbotón.

—Dese una vuelta por la habitación para que el propio aire la seque y le baje la temperatura del cuerpo.

Inés, más espabilada a cada momento que pasa, obedece encantada. Incluso se atreve a separar un poco las piernas para que se refresquen también sus partes íntimas.

Gadanha le hace un gesto a Fátima mientras baja de la descalzadora con una agilidad impropia de su edad. Salen una detrás de la otra al pasillo, dejando a Inés con sus paseos y a Felisa terminando de vestir la cama.

—Dígame ya, por Dios, Luzía, que me tiene usted en vilo desde hace un rato.

—Siento decirle que esa criatura tiene demasiado espesa la cabellera como para ser blanca.

Fátima recibe las palabras de la partera como una afrenta, como si estuviera escuchando una innecesaria y desproporcionada penitencia de la que no se cree merecedora. Ciertamente es que cuando se enteró de que estaba preñada de su Alonso y las cuentas le cuadraron con el episodio del vaporcito, las dudas de que el padre fuese su anciano marido se amontonaron en su juvenil cabeza. Luego, con el pasar de los años, la falta de un segundo y más que buscado embarazo no hizo sino confirmar lo que, en el fondo de su corazón, ella ya sabía.

Pero no es Fátima de las que se rinden sin más y, enseguida, recuperándose, se aferra a una esperanza que se niega a perder todavía.

—Mi hijo Alonso también la tiene muy espesa, y bien blanco que me salió.

—Bueno, bueno, amanecerá y veremos, dijo el sabio. Ojalá tenga razón.

—De todos modos, no será malo estar prevenidas. No olvide el trato que tenemos; y por el dinero no se preocupe, que no le ha de faltar.

—Bien, bien. Descuide, que no se me olvida. Si nace negro, no lo dejo ni romper a llorar; le parto el cuello, lo envuelvo en unos trapos y lo hago desaparecer sin dejárselo ver a nadie, ¿no es eso?

—Sí, eso es. Y que Dios se apiade de nosotras.

—Y del bebé, señora Fátima. Y del bebé.

## X

Tras un tupido aunque reseco aligustre, de los que crecen junto al camino que lleva al taller, sosteniendo un herrumbroso pistolón sobre su regazo mientras fuma su habitual picadura, don Alonso mata el tiempo, ensimismado en sus macabros pensamientos.

Don Alonso enviudó el mismo día en que se convertía en el hazmerreír y en el cornudo del pueblo, durante la festividad del Carmen de hace ya muchos años, cuando su mujer murió dando a luz a una niña de la que, con enredos, le hicieron creer que no era el padre.

Margarita, sangre de su sangre, y él habían vivido desde entonces bajo el mismo techo sin que ninguno de los dos llegase a sospechar ni remotamente del parentesco que los unía.

Don Alonso la había tratado con soberbia, dejando que el orgullo extrajese lo peor de su carácter. Él, que nunca había sido cruel ni injusto con ninguna de las numerosas personas que habían trabajado en su casa, se había dedicado a humillarla cada vez que había tenido ocasión, la había menospreciado por considerarla de una raza inferior que ahora sabía que era también la suya, la había ultrajado con ofensivas palabras, tanto en privado como delante de cualquiera que tuviese oídos, y la había odiado por todo lo que su presencia en aquella casa significaba. Sin embargo, a pesar de todo eso, también la había deseado como mujer. Había ansiado su cuerpo de una manera retorcida y morbosa, no como se desearía a un igual, sino como se codicia la carne sin lustre de una prostituta en un día de borrachera. Esto último, sin duda, era lo que ahora más le mortificaba.

Margarita había crecido —pensaba estos últimos días don Alonso, desde que su madre le contara la misma historia que contaría tiempo después a Juan— sin el amor y el apoyo que como padre debería haberle dado, y esto, estaba convencido, había tenido un efecto pernicioso en su amor propio, haciéndole sentir que —siempre según su particular manera de pensar— nunca podría optar a algo mejor. Por eso se había visto empujada a aceptar la boda con un pobre diablo, con el hijo indeseado que una puta había olvidado en el orfanato a su suerte, con un tullido que jamás podría hacerla feliz y que, según él, no la merecía. Pero Margarita sí que era feliz. No era rica, ni ostentaba una posición dentro de la escogida oligarquía del pueblo entre la que se encontraba don Alonso, pero era feliz.

Para don Alonso, que espera ahora agazapado en su escondrijo completamente rodeado por la niebla para matar a Esteban, lo que Margarita vive con su marido no puede nunca ser considerado felicidad o, por lo menos, no la clase de felicidad de la que disfrutaban las gentes privilegiadas, con posibles y con poder.

A lo largo de los años, desde que la niña negra naciera, la cabeza de don Alonso se ha ido perdiendo en un laberinto del que ya no sabe regresar. Y Fátima, al descubrirle los lazos de

parentesco que verdaderamente le unen a Margarita y pedirle que deshaga todo el mal que ella causó, no ha hecho otra cosa que colocar un pequeño candil en la puerta de salida que está guiando a don Alonso fuera de ese intrincado laberinto. Por desgracia, la puerta de la que pende el candil no es la del perdón y la comprensión, sino la de la restitución por medio del fuego y la inmolación. Para don Alonso, que no se ha parado a pensar en las consecuencias que tendrán para él y sus dos hijos blancos que la gente conozca su verdadera raza, el camino de salida pasa por que su hija enviude cuanto antes para que pueda hacer una boda digna de la categoría del padre que desde ahora va a ser para ella, y no le importa tener que ensuciarse las manos con sangre para llevar a cabo su plan. De todos modos, ¿no lo hizo antes para deshacer un entuerto que no existía?, ¿por qué no hacerlo ahora por el bien de su recién hallada hija?

Ruidos en el camino lo rescatan, por un momento, de sus cábalas. Sin moverse de la fría roca sobre la que está sentado y que le está helando las posaderas, ahueca la mano para esconder la brasa del cigarrillo que fuma. Con la otra, se aferra al pistolón —que también debe estar frío, aunque no pueda sentirlo— dentro del envoltorio en que lo ha introducido para preservar de la humedad la pólvora con que ha cebado la única bala que él mismo ha alojado en la oscura recámara. Dos hombres, de los que trabajan para él, surgen entonces de la niebla y pasan despacio a su vera, murmurando entre sí sin descubrirle, sin sospechar que la muerte está aguardando a alguien en ese recodo del camino y vuelven, tan ignorantes como aparecieron, a ser engullidos nuevamente por la espesura.

Don Alonso, que ha perdido la razón, pues de ninguna otra manera podría explicarse que haya llegado a la conclusión de que matar a Esteban sea lo mejor para Margarita, no la tiene tan extraviada como para no darse cuenta de que su sencillo plan —matar a Esteban de un certero disparo y salir de allí lo más rápidamente posible sin ser visto— tiene un enorme agujero: el tullido podría venir acompañado. No conoce sus hábitos y no ha sido lo bastante precavido como para averiguarlos. No es que le importe acabar en el garrote vil, del que se cree de sobra merecedor, sino que tiene dudas sobre si Juan y Ascensión aceptarían desagraciar a su hermana y a los hijos de esta si con ello se ven obligados a confesar que ellos mismos son portadores de sangre negra, por lo que necesita salir con bien de este lance, al menos, durante el tiempo suficiente como para poner las cosas en su sitio.

Sin embargo, a pesar de que la cabeza le da para esto y para bastante más, en su obcecamiento por hacer justicia no es capaz de comprender que, aunque su hija enviude y él otorgue la más fantástica de las dotes al hipotético pretendiente, este nunca aparecerá; y si por un imposible lo hiciera, nunca sería la clase de hombre que él espera por yerno. Un hombre pío y cabal, que vea a través de la viudedad, la orfandad y la negritud de la desamparada familia, para tomarla a su cargo, sino más bien un amoral sin escrúpulos capaz de cualquier cosa por dinero.

Don Alonso cree que puede limpiar todo lo ocurrido en el pasado de un solo plumazo cuando, en realidad, lo que está haciendo es alimentar en su mente una fantasía pobremente elaborada. No se ha planteado siquiera cómo hará para presentarse ante ella como su benefactor. Tampoco ha pensado que sería más que aconsejable dejar pasar el tiempo entre el asesinato que planea cometer y la revelación que le hará a su «nueva hija», porque en su mente, el que ambas cosas se sigan en el tiempo sin transición no chirría como lo haría en la de cualquiera en sus cabales.

La culpa y los remordimientos de los actos llevados a cabo durante todos estos años lo ciegan. Estos últimos días, y también ahora mientras espera, solo piensa en cómo hará para presentarla en sociedad, en quién será el mejor tutor para que sus nietos estudien, en traerla a casa con él para hacerla disfrutar de la vida que se merece. Mira hacia el futuro y se ve irremediamente feliz junto a toda su familia, y el único inconveniente en el que ha podido pensar, la sola razón de que aún no haya puesto en marcha sus planes, es Esteban. Para él no hay duda de que el tullido sobra.

Otro mozo, solitario este, lo saca de sus pensamientos. Lo escucha llegar, y mientras aplasta lo que queda del cigarrillo contra el suelo, espera a que aparezca. Tampoco es Esteban, sino el muchacho que ayuda con el transporte de las maderas. Sabe don Alonso que este zagal es de los que suele llegar de los últimos al taller. *¿Se me habrá pasado Esteban?*, se interroga con incredulidad; como no está seguro, decide esperar todavía un rato más. Extrae un papelillo de su libro y lo coloca entre los labios, saca la bolsa donde guarda la picadura y deposita una pequeña cantidad sobre su mano izquierda. Pero mientras lo hace, un inesperado temblor da con el tabaco en el suelo. Don Alonso se siente extraño, mucho más que ayer o anteayer. Lleva un par de días sintiendo palpitaciones y sudores fríos que él ha achacado al nerviosismo que le ha producido la noticia que le dio su madre cuando fue a visitarla al convento.

En el camino no se oye un alma. Lo más probable es que todos sus empleados estén ya en el taller trabajando. Nadie que no vaya hasta allí utilizaría ese camino, pues se trata de uno de servidumbre que no conduce a ningún otro sitio y que muere a las puertas de la entrada principal de la serrería.

Don Alonso se incorpora; no va a esperar más. Ha decidido que otro día, con un plan algo más elaborado, lo volverá a intentar. Echa a andar, pero solo la parte derecha de su cuerpo responde. Al intentar tirar de la izquierda, gira en redondo mientras sufre un ataque que a él, más bien, le parece un golpe de fusta dado con saña. Cae al frío suelo desmadejado a dos palmos de la roca donde ha estado sentado. Impulsada por el movimiento involuntario del brazo, la bolsa de tabaco que sostenía ha ido a parar al camino; el pistolón, que tenía sobre su regazo y que no ha alcanzado a sujetar, queda entre sus piernas, y todo su ser, durante unos breves instantes, tiembla como una hoja que el viento, después de haberla arrancado de la rama a la que estaba prendida, acarreará por los aires, carente de voluntad, para depositarla en el suelo de cualquier manera. Lo único que sigue en su sitio después de la tremenda sacudida, como si fuese la enarbolada bandera blanca que se exhibe para pedir clemencia ante el enemigo en la derrota, es el frágil y olvidado papelillo que don Alonso colocara en la comisura de los labios un momento antes de que su cuerpo se revelase contra él.

Tendido sobre la húmeda y fría tierra, sin entender del todo lo que acaba de ocurrir, levanta al cielo su mano derecha con el único propósito de saber si esta aún le responde. Luego, poniendo un excesivo cuidado en su proceder, como si cada orden que su cerebro dictase tuviera que ser repetida por un segundo de a bordo y entendida por una inexperta tripulación, hace descender la mano hasta la cara para encontrársela desfigurada, paralizada en una extraña mueca que no es de dolor, sino de horror. Enseguida, muy asustado, conmina a su mano a bajar hasta el pecho, donde lo recibe, desbocado, el laborioso corazón. Junto al corazón, como la abandonada piel de una culebra, está el brazo izquierdo, inerte e inválido, desobediente y sin voluntad. La mano,

exhibiendo, ahora ya, algo más de fluidez, sigue bajando por ese costado hasta que, apoyado sobre una pierna, se topa con lo que, sin saberlo, andaba buscando. Con furia, con desconuelo, se aferra al pistolón como lo haría un náufrago a un salvavidas.

En el camino, mientras don Alonso intenta en vano sobreponerse a la nueva realidad, la juguetona bolsa de tabaco que momentos antes saliera volando como impulsada por el siempre caprichoso azar es izada por Esteban. Don Alonso, que no lo ha visto llegar, pero que ha adivinado que se trata de él, acalla un gemido. Con una única mano intenta desliar el arma de su envoltorio, lo que consigue solo a medias.

Esteban se ha quedado muy quieto mientras escucha trastear al otro lado del arbusto. En un principio, piensa que pudiera ser un jabalí o un venado que, aprovechando la protección que la niebla ofrece, se hubiesen atrevido a abandonar el amparo del cercano bosque, pero enseguida se da cuenta, por la torpeza de los movimientos que se insinúan a través del apretado tapiz que forma la bruma, de que se trata de una persona.

Alguien sano hubiese identificado aquel momento como el idóneo para echar a correr, pero Esteban, tullido desde niño, sabe que para él es inútil intentar la huida. Está asustado. Ha escuchado decir que una partida de bandoleros, como los que anduvieron por esa zona cuando los franceses, está asaltando a los viajeros para robarles, y que a alguno le han llegado a golpear; y que incluso a un joven de una comarca vecina le dieron un tiro en una pierna cuando este se negó a entregar los cuartos. Pero ¿qué otra cosa puede hacer él sino rezar porque sea un animal de cuatro patas lo que hay al otro lado del arbusto? Esteban traga saliva antes de preguntar al aire un «¿quién va?» desgañado y flojo para avisar de su presencia, y se asoma por encima de un aligustre mustio y sin flores con el miedo bailándole en los ojos. Cuando el nervioso tullido descubre a don Alonso extrañamente tumbado en el suelo, se tranquiliza un segundo, solo hasta que un examen visual más exhaustivo lo vuelve a preocupar.

Entre las piernas del maltratado anciano Esteban observa una mancha que aún se extiende por el pantalón: Don Alonso se ha orinado y defecado encima. De la parte paralizada de la boca le asoma una espesa baba que está empezando a mojar el papelillo que ondea en su comisura; el resto de la cara de ese lado pareciera que se le hubiese derretido sobre el cráneo. La respiración es profunda y desacompasada, el ojo que aún le responde parece el de un loco y, por si todo esto no fuese suficiente para asustar a cualquiera, Esteban descubre que, en la mano derecha, don Alonso sujeta un fardo de telas mal envueltas con el que le está señalando.

—¡Amo! ¿Está usted bien?

A don Alonso le tiembla el pulso en exceso; por eso decide no disparar desde la distancia a la que se encuentra. Intenta entonces pedirle que se acerque, pero lo único que sale de su boca es un balbuceo ininteligible.

—Voy a buscar ayuda. Estese quieto.

No puede permitir que Esteban se vaya, y para intentar evitarlo, ensaya un grito desesperado que lo deja sin aliento.

—Está bien, tranquilícese. ¿Qué es lo que le pasa?

Respira atropelladamente, intentando recuperar el resuello que ha perdido tras lanzar el alarido que ha tenido que proferir para que Esteban no se marchara. Usando el pistolón a modo de

banderola, le hace señas para que se acerque. Esteban abandona el camino. Cuando está junto a su amo, se arrodilla trabajosamente mientras frunce la nariz en un vano intento de conjurar el ácido olor a heces frescas y toma la mano izquierda de don Alonso.

—¿Qué le duele?

Por toda respuesta, don Alonso le descerraja un tiro a bocajarro en el costillar. Envuelto como está, el disparo que produce el viejo pistolón apenas hace ruido. Esteban intenta hablar, pero los pulmones, que se están encharcando con rapidez en su propia sangre, hacen acompañar a la sorprendida pregunta con un borbotón de sanguinolenta espuma.

—¿Qué... ha sido eso?

Sin llegar a comprender lo que ha pasado, Esteban cae de bruces sobre su asesino. Don Alonso suelta entonces el pistolón y agarra por la cabellera a Esteban para atraerlo hacia sí. Quiere hablar y no puede. Los proyectos de palabras se estrellan sin forma contra sus dientes. Un balbuceo extraño sustituye a los sonidos que deberían dar forma a sus pensamientos: *¿Crees que un tullido es digno de mi casa? Yo restituiré a mi hija y a mis nietos como se merecen.* Cuando ha terminado de hablar, se sacude de encima el cuerpo sin vida del tullido de un enérgico empujón.

Algo de sangre ajena, no mucha, mancha la pechera de su blanca camisa. Al intentar levantarse, solo consigue sentarse de medio lado. Recupera su bolsa de tabaco de manos de Esteban y la guarda. Recoge el pistolón del suelo, preguntándose qué ha de hacer con él. Dejarlo allí lo delataría, y llevarlo encima podría servir para inculparlo. Tendrá que deshacerse de él. Bajo la roca sobre la que ha estado sentado, excava con facilidad una pequeña cavidad con la mano que aún le responde, mete el fardo dentro y vuelve a llenarlo con parte de la tierra recién desalojada. Después, reculando con mucho esfuerzo, consigue llegar hasta un árbol cercano y posar sus espaldas sobre el tronco. Resoplando por media boca, con el papelillo tercamente colgando todavía de sus labios, intenta comprender lo que acaba de ocurrir.

Por entre la niebla, apenas un palmo por encima del cuerpo de Esteban, se muestra un disco solar blanco, perfecto. Don Alonso lo observa con la mirada alucinada, mientras en su azotada mente otra realidad comienza a abrirse camino. *Dios me ha castigado por matar a un inocente... No, no lo ha hecho; en realidad aún no lo había matado. Lo que ha intentado es detenerme, y si no lo ha conseguido, ha debido ser porque el diablo me ha ayudado. Yo debería haber muerto, y no él... No, tampoco es eso, pues si Dios me quisiese muerto, lo estaría. Lo que tendría que haber hecho es matar a mi madre después de haber restituido a mi hija con toda su familia. Ella fue la que me engañó, la que nos engañó a todos. ¡Maldita seas, madre! ¡Eres indigna de vestir los hábitos que llevas! Pero yo ahora tengo que vivir. Tengo que deshacer todo este mal. Tengo que...*

Un nuevo ataque hace que su cuerpo tiemble como si realmente estuviese poseído, haciendo que este resbale por el tronco en el que está apoyado. El brazo derecho se aferra con desesperación a la áspera corteza del árbol mientras dura la descarga, en un desesperado intento de contrarrestarlo. Cuando cesa, ya no le quedan fuerzas, y el sueño se apodera de él con facilidad.

No duerme mucho; apenas una hora. Cuando despierta, no recuerda dónde está, ni lo que ha

sucedido. Sin variar su posición, busca con la mirada un punto de apoyo sobre el que apuntalar su memoria, pero solo consigue ver su mano apoyada con suavidad sobre la cuarteada piel del árbol. Se agarra con fuerza de este y se impulsa para recuperar la posición que tenía antes del último ataque.

El cuerpo de Esteban, obviamente, no se ha movido de donde estaba. La niebla ha desaparecido y el disco blanco, algo más alto en el cielo, es ahora amarillo. El recuerdo de lo acontecido le golpea. *¡Dios mío! ¿Qué he hecho? Tengo que llegar hasta la casa.*

Desde donde se encuentra, hay que salvar una empinada cuesta de algo más de medio kilómetro para llegar a la puerta de la cocina. Se esfuerza por levantarse, pero no lo consigue, así que rueda sobre sí mismo hasta llegar al camino. Con el tacón de la bota rompe la fina capa de hielo que aún cubre uno de los numerosos charcos que han dejado las constantes lluvias del otoño. No espera a que el barro se asiente en el fondo; se amorra con desesperación sobre él, y bebe hasta quedar ahíto. El papelillo, desprendido por fin de sus labios, flota un momento alrededor de su boca antes de terminar de empaparse y hundirse hacia el fondo. Se pone a cuatro patas con la intención de subir la cuesta gateando, pero cuando quiere avanzar cae de bruces, rasguñándose la nariz y la frente. No se rinde. Si no puede avanzar gateando, lo hará arrastrándose. Medio cuerpo tirando del otro medio, unas veces boca abajo, otras boca arriba, otras rodando, pero siempre adelante, con la mente puesta en terminar, de una vez por todas, lo que nunca debería haber empezado.

Tres horas largas después, con el tibio sol como única compañía, ha llegado a la cima de la loma. Ya puede ver la casa. Su corazón se acelera. Intenta gritar, pero solo consigue emitir un gruñido sordo que a duras penas es capaz de abandonar su garganta, y que ni en sueños se acerca al deseado objetivo de alcanzar la casa. Su corazón sigue acelerándose.

Avanza un par de metros más. Está desesperado. Apoyándose sobre una mano, yergue todo lo que puede la cabeza para volver a gritar, pero esta vez la llamada de auxilio ni siquiera llega a producirse. Su corazón, el único músculo de su cuerpo que aún parece con fuerzas para seguir, ha aumentado su ritmo hasta provocar un nuevo ataque, más feroz y dañino que los anteriores, ya que actúa sobre un cuerpo muy mermado. Se le crispa el rostro y vuelve a caer de bruces, inconsciente, maltrecho, pero aún vivo. Por muy poco, pero vivo.

\*\*\*

—... Y ahí le encontramos, cariño, tirado sobre el barro, como si fuese un perro apaleado.

Felipe escucha a su tía Ascensión con los ojos muy abiertos y con la mano en el bolsillo, en busca del consuelo que siempre le aporta el acto de acariciar a Quina.

—Pobrecito. ¿Y desde entonces no habla?

—Desde entonces.

—¿Ni se ha vuelto a levantar tampoco de la cama?

—Tampoco.

—Podríamos intentar levantarlo, ¿no, tía?

—No creo que esa sea una buena idea. El médico dice que está muy delicado, que cualquier



esfuerzo podría matarlo.

—¿Podemos subir a verlo igual que ayer?

—Claro, mi amor. Terminó de desayunar y subimos.

Felipe ha subido a casa de su tío Juan en cuanto ha podido escapársele a su hermano. En un primer momento, lo ha acompañado a recoger los renacuajos, como hacen todos los días, antes de encaminarse al puesto de pesca; pero en cuanto ha cerrado el frasco de cristal mediado de agua con las capturas dentro, le ha dicho a su hermano que no iba a poder acompañarle porque no se encontraba muy bien y prefería volverse a casa con madre.

—Te acompaño.

—Que no, que no. Que no hace falta. Tú vete a pescar, que si no luego se hace muy tarde y no entran.

—¿Estás seguro?

—Que sí, Luis. Ya ves tú lo que voy a tardar en volverme por las vías hasta el bosque, agarrar por la linde y plantarme en casa.

—Pues hala, derechito y sin entretenerte, que si no luego me la cargo yo.

Luis odia ver enfermo a su hermano. Sabe que es un ser débil y que cualquier mal viento se lo puede llevar por delante. Pero hoy, en realidad, no lo ve tan mal, ni siquiera un poco mal, lo que le alivia doblemente. Luis llevaba rato temiendo que el interrogatorio de Felipe sobre la muerte del negro empezase, incluso se le había hecho extraño que la batería de preguntas no se hubiese iniciado todavía, por lo que verlo marchar le ha quitado un peso de encima. Es por eso por lo que ha accedido tan rápidamente a dejarlo ir solo.

La tarde anterior, Felipe había quedado muy impresionado con la visión del anciano postrado en la cama. Al principio había tenido algo de miedo, pero enseguida se había dado cuenta de que el viejo era inofensivo y que, cuando lo había atraído hacia sí, tan solo había sido para poder verlo mejor.

Después de la visita, durante el regreso a casa, cogidos los tres de la mano, Felipe no había parado de hacer preguntas que su madre y su hermano intentaban contestar, más o menos, al ritmo que este las formulaba. Sin embargo, cuando, después de varios rodeos, por fin llegó adonde pretendía llegar desde un principio, el silencio se instaló entre ellos y no obtuvo ninguna respuesta. Su hermano, más serio que de costumbre, le apretó un poco más la mano para que entendiese que no debía seguir por ahí.

—Mamá, ¿don Alonso es mi abuelo?

Hoy no se ha atrevido a hacer esa misma pregunta a Ascensión, pero aprovecha para hacérsela a don Alonso cuando se queda a solas con él.

—Señor, ¿es usted mi abuelo?

Don Alonso, sintiendo su corazón latir en algún lugar de la garganta, resopla con fuerza, saca la mano de entre las sábanas y señala al niño. La boca deforme del castigado anciano se frunce entonces en una esforzada vocal de carne seca, de pellejo sin lustre salpicado de hirsutas canas..., algo así como si se dispusiera a silbar.

—Pu.

—¿Yo?

Don Alonso golpea con el índice en el pecho de Felipe y respira profundamente varias veces antes de volver a hablar.

—Pu, epo.

—¿Yo, nieto? ¿Eso es lo que quiere decir?

Don Alonso asiente y Felipe sonrío satisfecho. Entonces, en un estudiado gesto, se palpa el bolsillo, mira hacia la puerta para asegurarse de que siguen solos, y sacando a Quina en un rápido y furtivo movimiento, se la muestra a su abuelo sobre la palma de su mano.

—¿Le gusta? Se llama Quina.

Don Alonso vuelve a asentir, mientras una extraña mueca que en nada se asemeja a una sonrisa, pero que lo es, se asienta sobre su rostro.

## XI

La boda de Margarita y Esteban fue todo lo normal que cabía esperarse siendo estos unos contrayentes tan inusuales: el tullido hijo del pecado abandonado al nacer por su madre prostituta y una mulata que más bien parecía negra y que, para más escarnio, también era hija del pecado, o, al menos, de un pecado —o eso creía todo el pueblo, incluso ella.

Después de que don Alonso fuese tranquilizado y sacado, casi a la fuerza, por su hijo Juan de la casa para llevárselo a desayunar a la asociación de labradores, desde donde volvió de nuevo a esta para encontrársela vacía y pasar allí el resto del día, rumiando su amargura en soledad; después de que Margarita accediera, entre tiras y aflojas, a dejarse maquillar por Ascensión y a llevar puesto el vestido con que se casara en su día la madre de ambas; después de que la gran mayoría de los compañeros de Esteban pudieran convencer a sus respectivas, unos por las buenas y casi todos a las bravas, para que los acompañaran a tan inusual enlace; y después, sobre todo, de que el sacerdote se convenciera de que tales esponsales no eran una broma de mal gusto urdida por un párroco algo burlón que el desconfiado tenía en mente y que, tanto el uno como la otra, habían sido bautizados conforme a la ley de Dios y llegaban libremente al altar —para lo cual sor Patricia, con la voz casi en grito, tuvo que recordarle al sacerdote, entre otras grandes verdades, que todos somos hijos de Dios, que los caminos del Señor son inescrutables y que, además, a este le gusta escribir derecho con renglones torcidos, a lo que el cura respondió que para este caso en concreto, como para tantos otros, era de mejor aplicación aquello de que Dios los cría y ellos se juntan—, y sin ningún otro contratiempo reseñable, se selló, al fin, el sagrado sacramento.

En el patio del orfanato se comió mucho y se bebió más a la salud de los novios. Y aunque lo cierto es que tanto Margarita como Esteban lo que realmente querían era que todo terminase cuanto antes para poder retirarse solos a su nido de amor, no les quedó más remedio que cumplir con el mandato de las tradiciones. Cuando hubo acabado el convite, Margarita se dejó pasear por todo el pueblo, como era costumbre, de la mano de la orgullosa madrina, para que todos pudiesen ver lo guapa que estaba la novia con su traje de hilo rosa y su maquillaje de polvo de arroz que, aunque en algo atenuaba la color de la muchacha, en nada conseguía disimular los rasgos negroides de la más bella entre las bellas, según pregonaba Ascensión. Al igual que no le quedó otra a Esteban que dejarse llevar a una cantina, y después a otra, para acabar, como también era costumbre, en la asociación de labradores donde se les hizo de noche.

Aunque había procurado beber poco, casi nada, el novio se sentía embriagado cuando Juan y los pocos mozos que quedaban festejando con él decidieron que ya lo habían retenido el tiempo suficiente y decidieron que lo acompañarían hasta el orfanato para que recogiese a su amada.

Cuando la ruidosa comparsa llegó al orfanato, todo en él era quietud y silencio. En la puerta, a

la que habían acudido cuando oyeron aproximarse a la comitiva desde la distancia, los esperaban Margarita, Ascensión y una más que risueña sor Patricia, quien, llevándose el índice a los labios, los instó a bajar la voz.

—No arméis tanto jaleo, demonios, que ya están todos los niños durmiendo; además, justo a esta calle da el dormitorio de los más chicos. Vamos todos a acompañar a los novios hasta su casa, que ya tendrán ganas los tortolitos de llegar.

—¿Usted también viene?

El extrañado mozo, uno de los que más perjudicados estaban, no hizo sino poner voz al desencanto general, pues aunque aún no tenían decidido en qué consistiría la picardía, todos, incluso Esteban, sabían que era tradición embromar a los hombres recién casados en sus noches de bodas.

—¡Por supuesto que voy!

Los mozos se miraban y cuchicheaban entre ellos mientras callejeaban por lo más antiguo del pueblo, que era donde se ubicaba el orfanato. *Aquí no hay nada que hacer*, decían unos. *¿Cómo que no?*, porfiaban otros. Y, al pasar por la plaza, epicentro logístico del pueblo, dos de los mozos, llegando a un acuerdo con la mirada en un instante como solo saben hacerlo los niños y los borrachos, tomaron la iniciativa y agarraron a Esteban por debajo de las axilas mientras uno de ellos gritaba con recio vozarrón.

—¡Del pilón no te libra ni la monja esta con todos sus hábitos!

Entonces, entre gritos de euforia y veloces carreras de apenas unos centímetros, entre codazos, patadas y algún mordisco, entre risas y caídas, todos los mozos, ganando para sí la posición que a cada cual le pareció más ventajosa mientras se dejaban llevar por la histeria del momento, levantaron a Esteban del suelo en un forzado equilibrio.

Como un Cristo yacente sobre sus improvisados costaleros, sumiso y resignado, el embromado se dejó hacer. A trompicones, casi nunca en línea recta, el caótico paso llegó a su destino apenas un par de metros más allá de donde había arrancado. De un fuerte empujón, al terminar la cuenta que alguno de ellos había comenzado a gritar y que entre todos habían acabado, lo tiraron a la enorme pileta, donde fue a dar de bruces, cual marioneta sin control, contra el agua.

Mientras Ascensión se tapaba la boca para no dejar escapar sus gritos y Margarita daba rienda suelta a los suyos pidiendo a los mozos prudencia para con su hombre, no fueran a lastimarlo, sor Patricia reía a más y mejor.

—Tranquila, hija, que el agua no le ha hecho nunca mal a nadie, y de esta manera lo tendrás más despejado para cuando lleguéis al dormitorio.

Una vez hubo salido Esteban del pilón y a los mozos ya no les quedaron más chanzas ni recomendaciones jocosas sobre la luna de miel, empezaron estos a despedirse y a marcharse en pequeños grupos y en distintas direcciones, dependiendo de dónde se encontraran sus casas o la ubicación del lupanar al que tuviesen pensado acudir.

Acompañando a la desgañitada Margarita y al ensopado y cada vez más aterido Esteban, quedaron solamente Juan, Ascensión y sor Patricia.

—Deberías quitarte esa ropa mojada cuanto antes si no quieres coger una pulmonía.

—¿No querrá usted, hermana, que ande desnudo por mitad del pueblo y en compañía de una

señorita, además?

—Vamos un momento al orfanato, que allí dejaste tu ropa de diario, y te cambias antes de seguir camino.

Volvieron entonces los cinco, como sor Patricia había dicho; se cambió rápidamente de ropa Esteban y reemprendieron la marcha al corto paso del novio. Todos menos la monja, quien, habiendo dado por cumplida su autoimpuesta misión de que no se propasasen los mozos del pueblo con su querido Esteban, decidió que se quedaría y se metería en la cama a descansar de tan largo día.

—Pasadlo bien, par de tórtolos.

Casi de amanecida, en esa incierta hora que precede al crepúsculo, se despidieron los hermanos de los novios y, por fin, pudieron quedar estos a solas en su anhelada casa ya como marido y mujer.

Una vez franqueada la entrada, se encaminaron directamente al dormitorio, se desnudaron, se comieron a besos y, sin deshacer la cama, sobre la colcha aún sin estrenar, se amaron. La luz del alba, que ya entraba débilmente en la casa atravesando con suavidad los visillos corridos, les permitió contemplarse mientras se entregaban el uno al otro. Sus cuerpos, que ya se conocían, experimentaron sin embargo nuevas y más puras sensaciones. Margarita, con aplastante lógica, lo achacó a que era la primera vez que compartían una cama y a que podían, sin el temor de ser pillados en falta, amarse libremente. Esteban, que se había criado entre religiosas, a que Dios estaba, ahora sí, vertiendo sus gracias sobre la pareja.

Cuando sus cansados cuerpos quedaron saciados y su sed de pasión satisfecha, se metieron desnudos bajo la colcha y se quedaron dormidos, con las piernas entrelazadas, casi al instante.

Era pasado el mediodía cuando Esteban despertó y comprobó extrañado que Margarita no estaba a su lado. Se incorporó en la cama, se recostó sobre el cabecero y dejó que el olor a café que inundaba la casa lo terminase de sacar de entre las sombras. Cuando acabó de despertarse y comprendió que su esposa no andaría muy lejos, la llamó por su nombre.

—¡Margarita!

Ella, apenas un instante después, sujetando un humeante vaso con las puntas de los dedos, apartó la entreabierta puerta del dormitorio con un golpe de sus caderas y, llegando hasta la cama, se sentó junto a su hombre.

—Por fin despiertas, dormilón.

Esteban sonrió mientras tomaba el vaso de manos de su mujer, soplaba en su interior y, con precaución, le tentaba un sorbo. Era café puro sin mezcla de achicoria, colado como jamás lo había tomado antes y como nunca más lo haría. El intenso sabor lo traspasó.

—Delicioso.

—¿Te gusta?

—No tanto como tú.

—Anda, zalamero.

Esteban, apurando de un solo trago lo que quedaba en el pequeño vaso, lo dejó en el suelo, y para demostrar que lo que acababa de decir no era ninguna zalamería, la abrazó y la besó. Enseguida comenzó a desnudarla. Él ya lo estaba.

—¿No prefieres comer primero?

—Sí, a ti.

\*\*\*

Sin embargo, fue el hambre, y solamente el hambre, lo que consiguió arrancarlos de la cama casi a la hora de cenar. Entre besos y arrumacos, prepararon juntos una tortilla que comieron a medias con avidez mientras pellizcaban con gula unas rebanadas de pan. Sin apenas transición volvieron a la cama, donde sus cuerpos quisieron unirse de nuevo, porque les parecía esta la forma natural de ser, y separados, la artificiosa y rebuscada.

El final del último encuentro los dejó saciados, entrepernados de nuevo, como se convertiría en costumbre entre ellos a partir de ese día, esperando a que el sueño los venciese mientras se miraban, sin verse, en la oscuridad.

Margarita quería dormir. Dormir y descansar de aquel día tan largo y tan hermoso que duraba ya casi cuarenta horas; pero un diminuto pensamiento, uno del tamaño de un grano de arena en un zapato, aunque igual de incómodo, le estorbaba para hacerlo.

—¿Duermes?

—Sí, ¿y tú?

—Yo no. Estaba pensando.

—¿En qué?

—Es que quiero pedirte una cosa. Es una tontería, una niñada, pero a la vez es una cosa seria, importante para mí...

—Pues dímela.

—Es que quiero que cuando estemos solos los dos, cuando nadie más pueda oírnos...

Margarita calló de repente, como avergonzada y arrepentida de antemano de lo que estaba a punto de pedirle a Esteban.

—¿Qué?

—Nada.

—Dímelo, mujer. Si de verdad es tan importante para ti, tienes que decírmelo.

—Vale, pero no te rías.

—No me voy a reír, y tú lo sabes.

—Quiero que en momentos como este, cuando tú y yo estemos solos, cuando nadie más importe...

Esteban, aunque sabía que su mujer no podía verlo, decía que sí con la cabeza a cada afirmación de Margarita para animarla a seguir. Se daba cuenta de lo que a ella le costaba hablar de aquel tema, y no quería que en el último momento se arrepintiese y decidiese no hacerlo. La muchacha calló de nuevo y luego soltó de golpe, casi con prisas, lo que tan largamente había guardado en su interior.

—... Quiero que me llames Carmen.

La garganta de Margarita se quebró al pronunciar ese nombre que ella sentía que le había sido arrebatado, junto a tantas cosas. Esteban no entendía por qué aquel nombre alteraba de manera tan

evidente la templanza que siempre exhibía su mujer, pero sí la importancia que para ella tenía. La abrazó con fuerza, arrimando su rostro al de ella, para que su mujer sintiese que podía confiar en él, como siempre. Las lágrimas que empapaban las mejillas de Margarita impregnaron las de Esteban, y él las acogió como la tierra de final de verano recibiría las primeras y anheladas gotas de lluvia de septiembre.

—Aquí, en nuestro hogar, nadie puede hacernos daño. Aquí todos nuestros momentos serán siempre como este. En nuestra casa mandamos tú y yo, y no existe el mal, mi amor. Aquí estamos a salvo de las miradas de los ignorantes que juzgan sin saber. Aquí, a la luz de tus ojos, yo me siento un hombre entero, y tú, mi amor, mi dulce amor... Tú siempre serás Carmen.

## XII

Margarita nació el 16 de julio de 1897 —día de la Virgen del Carmen, tal como su madre había deseado que ocurriera— cerca de las tres de la mañana. Mientras, don Alonso, persuadido por sus propios trabajadores, que vieron en esta una magnífica oportunidad para beber gratis, se emborrachaba en uno de los burdeles del pueblo. *Véngase con nosotros, amo*, le dijeron entre unos y otros. *Los hombres no tenemos nada que hacer aquí. Verá que, para cuando regrese, todo ha terminado*. Y mientras casi toda la chiquillería que había quedado en la casa dormía, Felisa desapareció en cuanto terminó de adecentar el cuarto.

A las once, las bisnietas de Gadanha se habían ido a la cuadra, donde se habían quedado dormidas sobre una pila de paja amontonada lo más lejos posible del caballo y de las vacas para que no las angustiasen con sus fuegos de animal en la bochornosa noche, hasta que la voz de su bisabuela las sacó de su sueño pasadas las cuatro.

—¡Meninas!

La mayor de las primas siguió durmiendo hasta que Gadanha se hubo ido y la niña rubia la despertó para referirle lo que su bisabuela les había pedido que hicieran.

—Id a buscar a don Alonso.

La voz de Gadanha sonaba muy cansada pero, sobre todo, preocupada.

—¿Ha parido ya la señora?

—Sí.

—¿Y ha ido todo bien?

Gadanha asintió y se dio la vuelta. Ya ganaba la puerta en su resuelto caminar cuando la voz de la niña rubia la alcanzó.

—¿Dónde lo buscamos?

—¿Dónde va a ser, *minha filha*? A estas horas, solo puede estar donde las putas y, a buen seguro, borracho.

La rubia se alegró de oírlo. Se moría de ganas de ver el interior de un burdel, y si, además, don Alonso estaba borracho y el parto había salido bien, según su propia bisabuela, ese sería el momento de recordarle la deuda que con ella tenía el señor y, por qué no, ver de sacarle alguna perra más.

Ascensión, a la misma hora que las primas, se había metido en su cama y, en contra de lo que ella misma esperara debido a su estado de agitación, se había quedado dormida en cuanto hubo acomodado la cabeza sobre la almohada.

También Juan, más o menos a la misma hora que las niñas, tras despedirse de su nuevo amigo y acompañarle hasta el hueco de la escalera —que, a pesar de lo prometido por la señora, aún le



servía y le serviría por muchos años de dormitorio—, se había quedado dormido bastante rápido. Pero, pasadas las dos de la mañana, algo que no supo identificar interrumpió su sueño. Aún presa del sopor, escuchó un rato en la oscuridad con los ojos entreabiertos, tratando de descubrir qué era lo que lo había desvelado. Cuando ya casi se había convencido de que no había sido nada y se disponía a cambiar de postura en busca de algún pedazo de sábana que no exhalase fuego para seguir durmiendo, un grito en el que reconoció con facilidad a su madre lo incorporó como un resorte. Era la labor que acababa de empezar lo que le había sobresaltado. *¡Puja!*, oyó gritar a Gadanha. *¡Con fuerza!*, escuchó decir a su abuela. Y de pronto, el silencio. Un silencio sucio y embustero aderezado de respiraciones y sofocos que lo dejó en ascuas, apresado por una variedad de desasosiego que hasta aquella noche desconocía.

Juan se quedó sentado en la cama, apoyado muy fuerte sobre las palmas de las blancas manos, de las que había huido todo vestigio de sangre, respirando a pequeños sorbos para que el ruido de su propio fuelle no le estorbaba para oír. No tuvo que esperar mucho, apenas nada, para escuchar de nuevo el grito de su madre y las palabras de aliento de su abuela y la partera. En tensión, aguardó a que pasara el intervalo de los ruidos. Juan, como el niño espabilado que era, solo había necesitado eso para aprender la mecánica de los partos —al menos la de aquel, que tampoco sabía él a ciencia cierta si todos se desarrollarían de la misma manera—: los gritos y los silencios, los momentos de desesperación y los de la espera, los del esfuerzo y los del descanso. Cuando, después de soportar en soledad uno de los primeros, llegó el siguiente silencio, Juan se levantó y se fue hasta la puerta de su habitación, pero cuando tuvo el tirador en su mano, no supo qué hacer con él: la oscuridad que reinaba en el pasillo lo acobardó.

El frescor del suelo en sus pies desnudos vino a unirse al nerviosismo que lo atenazaba para azuzar, a modo de excusa dilatoria, su esfínter.

Los desesperados alaridos de su madre, imponiéndose con nitidez sobre los otros sonidos que le llegaban del final del pasillo, lo encontraron acucillado sobre la escupidera y con el liviano camión arremangado alrededor de su cintura. Los gritos y su alivio terminaron a un tiempo. Se irguió, esta vez más decidido, y recorrió de nuevo la distancia hasta el pomo, dispuesto a no permitirse otra duda. Saliendo del cuarto y deslizándose a tientas por la oscuridad, llegó hasta la puerta detrás de la cual se encontraba su madre. La puerta estaba cerrada, pero no atrancada. Aprovechando otro grito para que no le oyeran, la abrió y la entornó un tanto...

A la pobre luz de los quinqués, divisó a su madre con la cara desencajada por el esfuerzo. A su vera, su abuela le aplicaba paños húmedos sobre la frente, mientras, a los pies de la cama, Gadanha se inclinaba sobre la parturienta con las manos dentro de ella y la cabeza apoyada sobre el abultado vientre. La escena le pareció grotesca y demencial. *Mamá*, gimió muy bajito, solo para él, como pidiendo un auxilio que en realidad no deseaba, pues el espectáculo que sus atemorizados ojos escudriñaban con avidez era muchas cosas que a él no le gustaban y otras tantas que no comprendía, pero, sobre todo, era hipnótico.

Y es que Juan nunca había sabido huir de esas situaciones en las que aprender se paga con dejar de ser. Dejar de ser niño, dejar de ser confiado e ignorante. Porque cuando la ignorancia se acaba, cuando ya no se puede regresar a su refugio sino con fingida hipocresía, cuando excusarse con un «Yo no sabía» deja de hacerse desde la inocencia, entonces, en ese preciso instante, es

cuando comienza la edad de la sapiencia, y él, que sin pretenderlo acababa de alcanzarla, a partir de ahora sabría. Sabría que algo malo sucedió la noche en que nació la niña pequeña, la negrita, la hija del pecado, la hermanastra y sirviente de la que solo cabía avergonzarse y que él, sin haber hecho nada que fuese a su modo de ver mínimamente reprochable y sin siquiera una explicación, habría de ser imputado por ello.

Fue esa misma necesidad de saber, esa curiosidad que era el punto dominante de su carácter, la que lo llevó a conocer lo que ocurrió después, a la mañana siguiente, entre su padre y el negro. La curiosidad, que tantos éxitos le había granjeado entre los adultos y compañeros de aventuras de todas las edades, le estaba jugando una mala pasada de la que tardaría décadas en recuperarse y, cuando lo hiciera, tampoco habría de recobrar las cosas que dejó de ser esa noche.

—Ya casi está, Inés, ¿verdad, Luzía?

—Casi. Está costando tanto porque la criatura no ayuda; es posible que no nazca viva.

En aquella suposición tan brutal, tan carente de tacto, supo leer Fátima el aviso que le hacía la partera: el último empujón había dejado a la criatura a un tris de nacer, y Gadanha, que ya veía asomar por entre las piernas la coronilla de la pequeña, se daba perfecta cuenta de que aquel pedacito de cristiano no podía ser de raza blanca. Fátima asintió.

—No hagas caso, hija, que hasta Gadanha se equivoca de tiempo en tiempo.

Inés, angustiada por lo que acababa de oír y al borde mismo de la extenuación, se propuso hacer cuanto estuviese en su mano para que el bebé naciese rápido y bien. Se agarró con fuerza las rodillas hasta llevárselas a la altura del pecho, tensionó la encorvada espalda y levantó la cabeza, a la espera de la siguiente contracción, para empujar echando el resto y terminar de una vez con la incertidumbre de si estaba pariendo a un hijo al que podría criar o la vacía carcasa de un alma que flotaría eternamente en el limbo de los inocentes. Pero esa contracción nunca llegó, porque el solo hecho de prepararse para recibirla deslizó a la criatura por el túnel de la vida con tal brío que salió despedida, escurriéndosele de entre las manos a Gadanha, a la que cogió desprevenida, y fue a depositarse arrugada y palpitante sobre las maltratadas sábanas, donde rompió a llorar.

Juan, que ya tenía un pie dentro de la habitación, terminó de pasar.

—¡Está vivo!

La partera y su abuela se voltearon hacia el muchacho llenas de incredulidad. No así Inés, que, desmadejada, había reclinado la cabeza sobre las sudadas almohadas y se sonreía satisfecha. *Ya está, ya quiso Dios.*

—¡Juan, no puedes estar ahí! No es... bueno...

Fátima trataba de ganar tiempo para pensar. La portuguesa, queriendo enmendar su error, envolvió con rapidez al bebé para apartarlo cuanto antes de la vista de su hermano, pero también en eso falló: un impresionado y más que alegre Juan había llegado ya hasta los pies de la cama.

—¡Qué bonito!, ¡y cuánto pelo tiene!, ¡no para de llorar!, ¿le pasa algo?

Fátima agarró con brusquedad a su nieto por un brazo y lo arrastró al pasillo, fuera de la habitación. El rostro de la abuela reflejaba incertidumbre y miedo.

—¿Qué haces aquí? ¡Tú no deberías estar aquí! No tienes ni idea de la que acabas de liar.

A Juan se le terminó de borrar el resto de la sonrisa que aún sobrevivía en sus labios.

—Vuelve a tu cuarto ahora mismo.

—No, a mi cuarto no. No quiero estar solo.

—Entonces ve donde las niñas de Gadanha y les dices...

—Me da miedo salir a la calle. Es de noche, abuela.

La recién nacida seguía llorando a voz en cuello entre los brazos de Gadanha mientras la madre, algo más recuperada, la solicitaba con insistencia. Fátima perdía los nervios. La situación, que ella creía controlada, se le estaba escapando de las manos sin remedio; su desolación le impedía pensar con claridad.

El muchacho vio en la indecisión de su abuela un hueco por el que colarse.

—Deja que me quede aquí, en el pasillo. Te prometo que estaré calladito.

—No, no puedes quedarte aquí. ¿Ves algún hombre por alguna parte? Hasta tu padre se ha ido, y eso es porque no puede haber hombres en los partos; es de mal agüero. Así que no insistas más y vete al cuarto de tu hermana, o donde te dé la gana, ¡pero vete de aquí!

Fátima acababa de abrir una puerta de salvación por la que escapar de la comprometida tesitura en que se encontraba, aunque solo fue consciente de ello cuando Juan volvió a hablar.

—¿Le va a pasar algo malo a madre o a mi nuevo hermanito por estar yo aquí?

Una lucecita iluminó el confuso cerebro de Fátima. Optó entonces por dejar de reñirle para volverse más melosa, más convincente.

—No me extrañaría. No me extrañaría lo más mínimo.

El niño voló sobre el pasillo a oscuras hasta la habitación de su hermana. No se metió en la cama con ella, sino que se acurrucó en un rincón del cuarto y allí se quedó hasta que, ya amanecido, su padre entró a buscarlo.

Fátima regresó a la habitación con el germen de un nuevo plan brotando en su cabeza. Cerró la puerta y, esta vez sí, le echó tranca. Inés, que se había incorporado y estaba recostada sobre el cabecero, acunaba a su muy bien envuelta hija contra su pecho.

—¿Le doy de mamar?

—Claro, buena mujer. De seguro acepta los calostros con ganas.

Mientras Inés amamantaba a su pequeña, Fátima aprovechó para parlamentar con Gadanha. Lo hizo susurrando de una manera tan débil que incluso a la partera, que tenía la oreja prácticamente pegada a la boca de su cómplice, le costaba trabajo entender lo que decía.

—Todo esto es culpa tuya. Primero, por dejarte la puerta abierta y después, por haber permitido que esa niña del diablo arrancase a llorar.

Gadanha agachó la cabeza mientras Fátima se erguía sobre las puntas de sus pies un segundo antes de continuar hablando. Quería imponer su voluntad, y para eso necesitaba que la partera se sintiese en deuda con ella.

—Escúchame, Luzía. Lo pasado, pasado está. Ahora lo que hay que hacer es ver de ponerle remedio. Pero de eso me encargo yo; no quiero ya más fallos. Lo único que tienes que hacer es seguirme la corriente en todo lo que yo diga y mandar a buscar a mi hijo Alonso con tus nietas, o lo que quiera que sean tuyo ese par de muchachas.

Dicho esto, Fátima se dio la vuelta bruscamente para mirar a su nuera de frente. Su voz y su rostro se dulcificaron.

—Cuando termines de darle el pecho a tu hija, lo mejor será que intentes descansar un ratito,

Inés.

—No estoy cansada. Prefiero quedarme así, abrazando a mi chiquitina.

El deseo de Inés por permanecer despierta con su niña entre sus brazos era muy grande, pero no tanto como el cansancio que acumulaba su cuerpo.

—Haga caso a su suegra, señora Inés, y déjeme mirarla mientras tanto, a ver qué tal ha quedado ahí abajo.

La partera se acercó a la cama y desarropó a la madre. Sobre las sábanas, la placenta resplandecía, reseca ya por algunas partes, casi negruzca por otras. Con dos dedos separó los tumefactos labios de las puertas de la vida y asintió para sí.

—Está todo muy bien. No se ha unido, así que no hará falta hacer cura. Si separa un poco las piernas, la aseó en un decir Jesús.

Inés hizo lo que Gadanha le indicaba antes de cambiarse a la niña de pecho. Fátima, entre tanto, observaba impasible cómo la partera tomaba la placenta y, con cuidado, la depositaba en una pequeña talega que había rescatado previamente de una de las maletas que habían acarreado hasta allí sus biznietas, rumiando alguna herejía para sus adentros.

—¿No es muy oscura esta niña?

A Fátima, la pregunta de su nuera no la cogió desprevenida. Es más, la estaba esperando de un momento a otro, por lo obvio que resultaba el color de la niña, pero, a pesar de haberle dedicado al asunto gran parte de la energía que bullía en su efervescente cerebro, no había sido capaz de dar con una respuesta que la satisficiera y por la que estuviera dispuesta a apostar. Por toda contestación se limitó a sonreír. Afortunadamente para ella, a Gadanha sí se le había ocurrido algo.

—Sí parece, sí, pero la luz de los quinqués es engañosa, buena mujer.

La partera, que no conocía los planes de Fátima, avanzaba a tientas, volviéndose, en busca de aprobación, hacia el impenetrable rostro de la anciana mientras hablaba. No la encontró, si bien tampoco leyó nada en él que le exhortase a parar o a cambiar de camino.

—Ya verá mañana, a la luz del día, qué guapa y lustrosa se ve.

La niña estaba ahíta y se había quedado dormida mientras su boca continuaba instintivamente con la lactancia. Para ser una recién nacida, había mamado bastante, como con ganas de agarrarse a la vida. Al poco, suspiró con fuerza y sus gordezuelos labios liberaron el pezón del que lactaba. Unas gotas de leche rezumaron de la boca de la pequeña y se perdieron cuello abajo, entre los pliegues de las sábanas que la envolvían.

—Pásame a la niña, hija, y recuéstate, que ya la cargo yo hasta que te sientas más recuperada. Mira, en esta silla me voy a sentar a verte dormir. Aquí mismito, con tu hija en brazos. ¿Qué te parece?

A Inés se le cerraban los ojos en contra de su voluntad, debido a la fatiga de la doble labor que acababa de realizar. Fátima la observó debatirse entre la necesidad de descansar y el deseo de permanecer en vela, junto a su hija recién nacida. Gadanha, que creyó por un momento adivinar las intenciones de Fátima, estiró los brazos en dirección a la cama.

—Démela a mí.

—No, tú mejor vas a buscar a tus niñas para que salgan a encontrar a Alonso y le den la buena

nueva.

Gadanha salió del cuarto con la cabeza gacha mientras Fátima, que acababa de coger a su nieta en brazos, se sentaba en la silla. Inés, rendida a la evidencia de sus propias limitaciones, se fue quedando dormida sin apenas tiempo para terminar de acomodarse sobre la almohada. El pensamiento que la había acompañado durante toda la jornada escapó, apenas audible, de sus vencidos labios.

—En el día del Carmen... Ha nacido en el Carmen, ¡qué alegría!...

Fátima no perdió un segundo. En cuanto notó que su nuera se había dormido por completo, depositó a la niña en el suelo, sobre el entarimado, atrancó la puerta sin hacer ruido, se acercó sigilosamente hasta la cama y arrojó con las percutidas sábanas de hilo a su nuera. Luego se sentó a horcajadas sobre ella, procurando que los brazos de esta quedasen paralelos al cuerpo de su dueña, bajo la presión de sus muslos, y, con ambas manos, agarró una almohada y la presionó con fuerza sobre la cara de Inés.

Los segundos, eternos, se fueron consumiendo uno tras otro sin que se produjese reacción alguna. Y cuando al fin llegó, al contrario de lo que Fátima esperaba, esta fue apacible, sosegada, carente por completo de los movimientos bruscos y desesperados que, en buena lógica, deberían haber acompañado el intento de Inés de zafarse de la mortal presa. En vez de eso, un sordo gemido escapó de debajo de la almohada. Fátima, a pesar de lo doloroso que le resultaba ver sus propias lágrimas golpeando con repiqueteo insistente el dorso de sus crispadas manos, no aflojó ni un ápice la tensión de los brazos. Las piernas de Inés, cuando ya nada se esperaba de ellas, se dedicaron a lanzar una serie de patadas al aire que apenas dieron para levantar un par de cuartas las sábanas recién remetidas bajo el jergón. Inés estaba agotada, mucho más que antes. Abrió la boca para atrapar una bocanada de aire, pero solo consiguió que se le llenase con el almohadón que Fátima mantenía firme sobre su rostro. Inés ya había decidido rendirse cuando, amortiguado, le llegó el tierno gorjeo de su hija recién nacida. Entonces, utilizando los músculos de la espalda y los de los apresados brazos, hizo un último intento que no logró sino dejar las cosas como estaban. Inés entonces se relajó, pero no se había dado aún por vencida; sabía que no se soltaría usando la fuerza, así que se concentró en aguantar viva mientras se fingía muerta.

Fátima, que había roto a llorar abiertamente, persistió en su letal mordaza. Inés aguanta. A Fátima, el dolor que sentía en las manos empezó a resultarle insoportable. Inés sigue aguantando, o eso cree ella. Fátima, haciendo un último esfuerzo, apretó con renovada saña durante unos segundos más antes de decidirse a soltar. Inés siente que la tenaza ya no presiona sobre ella con tanta fuerza, pero carece de la tensión necesaria para desmontar a su opresora de un empujón. En cuanto la otra retire las manos un tanto, el aire entrará de refilón por debajo de la almohada; debe estar a punto de hacerlo. La determinación por sobrevivir se mezcla, en una amalgama imposible, con la tentación de rendirse. Fátima ha soltado al fin su presa; Inés ve llegada su oportunidad y se dispone a respirar. Es entonces cuando se da cuenta de que sus pulmones no responden, y que ha dejado de sentir las pulsaciones de su corazón. Es entonces cuando, sabiéndose libre para salvarse, no es capaz de hacerlo; cuando su mente, en burbujeante frenesí, alcanza a comprender que ya no es obedecida por el inútil cuerpo que yace en la maltratada cama...

Mientras Fátima descabalgaba su exánime cuerpo con exagerado cuidado, paradójicamente o

no, Inés toma al fin conciencia de su propia muerte.

—Fátima, soy yo.

La voz de Gadanha le llegó acompañada de suaves golpes en la puerta. Fátima se alisó el vestido con ambas manos y, después de secarse las lágrimas de la cara y de retirar la almohada que aún seguía sobre el rostro antinaturalmente plácido de Inés —algo que, al contemplarlo, la llenó de una extraña felicidad, por lo grato e inesperado de la sorpresa—, recogió a la niña del suelo y, con ella en brazos, le franqueó el paso a la partera.

—Mi nuera ha muerto en el sobreparto mientras estabas fuera. Me ha confesado, justo antes de morir, que el verdadero padre de la criatura es el negro que la ayudaba con el huerto. Mientras agonizaba, me ha contado cómo la violó en una ocasión y cómo ella lo calló por vergüenza; y si te lo estoy contando a ti es porque me has visto sumida en un estado de nervios del que no me habré recuperado cuando lleguen tus biznietas con mi Alonso, ¿entendido?

El semblante de Fátima, en el que apenas se movían los músculos necesarios para articular las palabras que mecánicamente amartillaba, no expelió ninguna emoción que pudiera ser leída por su interlocutora. Si acaso indiferencia, o quizá ni eso. Gadanha, que tampoco quiere dejar traslucir sus sentimientos, no da crédito a lo que oye. Ella siempre pensó que si alguien debía morir aquella noche era la recién nacida. Y solo si nacía negra. No entiende qué ha pasado con el primer plan. Es cierto que el niño ha visto a su hermana viva, al igual que Inés, pero eso es algo que siempre se puede arreglar. Gadanha estaba convencida de que la nueva idea consistiría en esperar a que todos durmieran para deshacerse de la criatura. En su faltriquera nunca faltan las hierbas necesarias para esos menesteres y, en el caso improbable de que a la abuela le resultase incómodo matarla una vez que hubiese roto a llorar, ella misma lo habría hecho sin asomo de culpa. Además, disponían todavía de varias horas hasta el amanecer. Podrían haber embadurnado el cadáver de la pequeña en polvos de arroz y hacerla pasar por blanca hasta que se hubiese enterrado esa misma tarde, que tampoco estaban las temperaturas para dejar un cadáver de un día para otro.

Cualquier cosa hubiese estado mejor que matar a una cristiana decente. Aquello era un crimen se mirase por donde se mirase; un asesinato que muy bien podía acabar con ellas dos en la cárcel para el resto de sus días. No podía evitar pensar que Fátima se había precipitado, que no había pensado con claridad y que, llevada por un impulso, había actuado de la peor manera posible. Aun así, guardó silencio. Quería escuchar el resto del plan, por si había algo más que pudiera ayudarle a comprender tan mala decisión.

—Me voy a acostar en la cama de mi nieto, que es la que está vacía. Tú te quedarás aquí y te encargarás de contarle a Alonso todo lo que yo te acabo de referir, y cuando termines con la confesión de Inés, romperás a llorar y no pararás de hacerlo hasta que yo aparezca. Luego ya no volverás a abrir la boca sobre este asunto, ni cuando te marches de esta casa ni nunca. Dime si lo has entendido o si, por el contrario, te lo tengo que volver a repetir. Y quita esa cara de pasmo.

No, no había más. Aunque estaba decepcionada, Gadanha se guardó mucho de decirlo. Prefirió seguir en el papel de estar en deuda con ella porque supuestamente le había fallado. Se sentía en peligro a solas con su obligada compañera. No descartaba la posibilidad de que la quisiera muerta a ella también, para que no pudiera contar nada de lo allí sucedido, y no le diera la templanza a la novel asesina para esperar siquiera a otra ocasión que no la incriminase tan

flagrantemente como la de ahora. Gadanha, que había pensado con rapidez, decidió que le seguiría la corriente y que, para no despertar desconfianzas, lo mejor sería recordarle el trato que tenían.

—Por supuesto, digo... sí, lo he entendido, pero ¿qué hay de mi dinero? Guardar este secreto y apoyar su versión le va a costar más que el encargo de matar un recién nacido.

Fátima sonrió abiertamente, lo que tranquilizó a Gadanha.

—¿Cuánto?

—El doble.

—Está bien. En una semana me paso por tu casa y arreglamos cuentas.

—¿Y la niña?

—La niña me la llevo conmigo a la cama de Juan. Por cierto, lo primero que tienes que hacer cuando salgas de aquí por la mañana es procurar para ella una buena nodriza.

—Claro, eso es fácil. Una nodriza para... ¿cómo se va a llamar?

Fátima ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Inés pidió que le pusiéramos Carmen. Ya es 16.

\*\*\*

Cuando las primas llegan sujetando a un muy borracho don Alonso por debajo de las axilas al alimón, son ya cerca de las seis de la mañana. El cielo ha comenzado a clarear hace rato y en la casa no parece haber nadie despierto. Don Alonso saca de su faltriquera una llave que resulta innecesaria, pues, con el alboroto de la tarde anterior, nadie ha recordado cerrar la puerta del taller. A pasos cortos, ya sin la ayuda de las primas —a las que ha despedido con sonoros e inapropiados besos que además ha acompañado con un billete de cinco pesetas para cada una—, llega hasta la escalera bajo la que se encuentra dormido y sudoroso el nuevo mozo. Don Alonso, antes de acometer el primer peldaño, lo escucha roncar un momento. Con las manos sobre la boca, intenta retener la carcajada que le sube por la garganta sin conseguirlo del todo. Muy despacio, midiendo cada uno de sus pasos de beodo, pero muy digno, sube las escaleras y camina hacia su alcoba con esa risa fácil de los borrachos bailándole en el rostro. Al entrar, ve a su mujer en la cama. Gadanha, que está dormida en el suelo a los pies de esta, no es visible desde el umbral de la puerta.

Don Alonso se acerca a la cama de puntillas; lleva los labios fruncidos en un beso listo para ser dado. Cuando ya está encima de su mujer, con una mano apoyada en la almohada y la otra en el cabecero, nota que, a pesar de que esta tiene los ojos abiertos, Inés no le está mirando. La toca. No está fría, pero la sensación del contacto con su piel no le parece natural. Don Alonso se resiste a entender. Su voz de borracho retumba dentro de la casa como lo haría un solitario relámpago en una tarde serena.

—Inés, ¿qué tienes?

Gadanha se despierta de sopetón. Se levanta trabajosamente, sin prisas, dejando que huesos y carnes liguen de nuevo antes de exigirles que funcionen a pleno rendimiento. Da los buenos días y, sin transición, le comienza a revelar todo lo que Fátima le ha pedido que le cuente, mientras se restriega los ojos intentando conjurar el cansancio que el inquieto sueño ha adherido a ellos. El

rostro de don Alonso, que en un principio es de incredulidad, como si le estuvieran contando una historia imposible entre borrachos, poco a poco se va transformando en otro, espantado y ridículo, mezcla de terror y desesperación. Luego, doblegado por esas palabras hirientes y no pudiendo soportar por más tiempo la extraviada mirada de Inés, cae de rodillas al suelo y llora derrotado mientras termina de escuchar cómo su mujer, en su lecho de muerte, confiesa la vergüenza de haber sido violada por un negro. Gadanha, que había olvidado echarse a llorar llegado a este punto, rompe a hacerlo al contemplar a don Alonso completamente destrozado por culpa de las mentiras que le acaba de decir.

Fátima, que ha asomado por el quicio de la puerta sin que su hijo, de espaldas a ella, la oyera, no ha perdido detalle. Está satisfecha con el trabajo realizado por la partera, y sabe que ahora es ella la que debe darle continuidad. Entra en la habitación haciendo ostensibles gestos a Gadanha para que esta se marche, mientras simula un dolor que sí siente, pero que prefiere fingir.

—Hijo, qué duras pruebas nos pone el Señor.

Fátima y don Alonso, que se ha levantado en busca de consuelo al oír la voz de su madre, se funden en un abrazo. Después de permitirle apenas unos segundos de desahogo, los suficientes para que Gadanha abandone la estancia y los deje a ellos solos, la anciana agarra la cabeza de su hijo con ambas manos y la aparta de su pecho para dedicarle una larga y profunda mirada antes de hablar.

—Tú sabes cuál es ahora el deber de los hombres de esta casa. Lo sabes, ¿verdad?

A don Alonso le cuesta fijar la mirada. Las lágrimas emborronan las imágenes que su mente vuelve oscuras. Sigue borracho, aunque lúcido. Quisiera dormir y espantar así la realidad que le rodea, pero sabe que le será imposible hasta que cumpla con el deber de limpiar el honor de la familia.

—Sí, madre, lo sé.

\*\*\*

Juan oye a su padre pasar por el pasillo camino de su habitación. A punto está de salirle al paso, pero en el último momento se deja vencer por el miedo. Un par de horas más tarde, cuando lo ve entrar en la habitación de su hermana buscándolo, el desconocido que tiene delante y que lo está llamando por su nombre no le parece de este mundo: la visión tiene el cuero del semblante amarillento y los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño. Además, mira de una forma extraña, antinatural, como si una niebla espesa y heladora le turbase la visión.

—Vamos, Juan, no es momento de esconderse bajo las faldas de nadie.

Es entonces cuando advierte que su padre porta, terciado al hombro, el viejo escopetón de caza que lleva años sin ser descabalgado de la pared donde don Alonso lo colgó siendo él muy pequeño.

—¿Dónde vamos, padre?

—A cumplir con nuestro deber de hombres y a limpiar el honor de esta casa. Ponte unos pantalones, muchacho.

—¿Cómo están madre y el nuevo hermanito?



Don Alonso recobra unos instantes el sentido de la realidad. Mira a su hijo y lo ve como lo que realmente es: un niño. Por un instante se siente tentado de dejarlo en la casa; luego recuerda que su madre le ha preguntado si sabía cuál era el deber de los hombres de la casa, y él percibe que ella está en el pasillo, escuchando, velando para que ese deber se cumpla escrupulosamente. Como también sabe que a él le faltan los arrestos necesarios para llevarle la contraria, al menos abiertamente. Quizás pueda dejarlo a mitad de camino. O quizás debería llevarse también a ese nuevo mozo con el que su hijo parece haber hecho tan buenas migas y dejarlos a los dos en algún sitio, haciéndose compañía el uno al otro hasta que él vuelva. Sí, eso hará. Los dejará a los dos al principio de la cuesta, sus buenos quinientos metros antes de llegar al huerto, para que Juan no tenga que presenciar lo que a él no le queda más remedio que llevar a cabo. *¡Qué difícil es ser hombre siempre, pero sobre todo en momentos como este!*, piensa. *Me cambiaría por cualquier mujer de las que hoy hay en casa sin dudarle; incluso por Inés. Al menos, seguro que ella ya no sufre.*

—Padre, ¿está usted bien? Le he preguntado por madre y el nuevo hermanito.

Don Alonso no se ve con fuerzas para comunicarle a Juan la muerte de su madre. En un intento de calmarse, se agarra con una mano el agujero del vacío estómago del que ya ha vomitado todo lo que en él había y le responde solo a la mitad de la pregunta.

—Es una niña, Juan, una niña... Pero ahora atiende. Quiero que vayas a buscar al nuevo mozo y que luego esperéis los dos junto al abrevadero a que yo baje.

Juan se lo queda mirando. Quiere preguntar de nuevo por su madre, las palabras que su abuela vertió sobre él hace apenas unas horas han calado hondo en su inocente cerebro, pero no se atreve. En vez de eso, voltea la cabeza para mirar a su hermana dormir antes de irse corriendo del cuarto.

Fátima ve salir a su nieto de la habitación y no intenta detenerlo. Espera a que lo haga su hijo para abrazarse a él. Quiere infundirle el sentido de la responsabilidad suficiente para asegurarse de que no se va a echar atrás en el último momento. Si el negro que ayuda a Inés en el huerto no desaparece, todo podría venirse abajo y la muerte de su nuera habría sido en vano. No puede consentir que eso pase.

—Alonso, hijo. Sabes que preferiría que no tuvierais que hacerlo. ¿Quieres que te acompañe al menos un trecho del camino?

—No, madre. He sido yo quien no ha sabido cuidar de esta casa ni de quien en ella vive... Vivía. Es a mí a quien corresponde poner derecho lo torcido.

—Ve con Dios, hijo. Él sabe por qué lo haces y sabrá guiarte para que salgas con bien de las brumas en que ahora se ahoga tu pensamiento.

Don Alonso piensa que, en realidad, lo que Dios le pediría es que pusiese la otra mejilla y que perdonase al que lo ha ofendido. También piensa que muchas de las brumas que ahogan su pensamiento las ingirió él mismo en el burdel de donde fueron a sacarlo las Gadanha. ¡Menudo diablillo esa rubia pizpireta! Sin apenas darse cuenta, había ido entregándole todas las monedas que llevaba en su faltriquera, y aún creía recordar que le había dado un par de billetes para ella y para su prima cuando las despidió en la puerta del taller. Las picardías de la chiquilla casi le hacen sonreír. Tan solo un chispazo de la cordura que va perdiendo por momentos le hace recordar la situación en la que está metido y logra, por muy poco, reconvenirse a tiempo.

—Me esperan, madre. Quede usted con Dios.

La marcha hasta el promontorio donde comienza la cuesta abajo que lleva al huerto y luego hasta el río es lenta. Padre e hijo tienen que acomodar la suya a la más pausada de Esteban; también es silenciosa. El único que abre la boca es don Alonso, y solo lo hace en un par de ocasiones para pedir al tullido que, en la medida de lo posible, aligere el paso.

Cuando llegan a lo más alto del promontorio, don Alonso se detiene en seco. Sin hablar, con la vista fija en lo que hace, lía con destreza uno de sus cigarrillos de picadura. Una vez lo sostiene entre los labios, lo prende con su chisquero y se voltea a mirar a los niños.

—Esperadme aquí.

—Pero, padre...

—He dicho que me esperéis aquí. Y poneos a la sombra, que no sé lo que voy a tardar.

Don Alonso, con una mano apoyada sobre la culata del escopetón, enfila la cuesta abajo. El huerto no es visible desde donde ha dejado a los niños porque el camino describe una amplia curva. En realidad, el camino no es tal, sino una linde que separa el bosque de las tierras de labor y de los huertos. Los árboles, que se disponen en la parte cerrada de la curva, impiden ver a más de sesenta o setenta metros camino adelante.

Es al pie de uno de esos árboles, sentados sobre un pequeño tronco caído, desde donde los niños observan cómo se aleja don Alonso, pero en cuanto este se pierde de su vista, Juan se pone en pie de un salto.

—Espérame aquí.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ver lo que va a hacer mi padre en el huerto.

—No vayas.

—Debo ir, Esteban. Tú no lo entiendes, pero debo ir.

Sin darse tiempo a terminar de hablar, Juan se lanza bosque a través, trazando una secante a la curva que su padre describe con parsimonia. Tropieza un par de veces en su alocada carrera y al levantarse, algo magullado, de la segunda de ellas, decide que terminará de bajar algo más despacio mientras trata en vano de descubrir por entre los árboles la huidiza figura de su padre.

Cuando por fin sale al camino, no ve el huerto. Tarda un segundo en comprender, ayudado por el ruido del cercano río, que ha calculado mal y que ha salido algo más abajo de lo que pretendía. Sin volver al bosque, sube por el lindero en cuesta tan rápido como le dan sus piernas. Mientras corre con la cabeza muy erguida, sus ojos, que no paran de escrutar el cambiante horizonte, divisan a lo lejos la caseta de los aperos y, pocas zancadas más allá, la figura de su padre.

Don Alonso está plantado en medio del lindero, tiene las piernas exageradamente separadas y los pies bien hundidos en el polvo del camino. Las manos, en cambio, no están ociosas. Con calculada tranquilidad, se ha sacado la bandolera de la que cuelga el escopetón por la cabeza, para luego dejarlo caer hasta la altura del vientre, con los brazos paralelos al cuerpo y la mano que sujeta el cañón siempre más abajo que la que tiene sobre el percutor.

—¡Dionisio, maldito negro bastardo!

El nombre del negro que ayuda a su madre con el huerto se escucha con claridad por toda la comarca. Sin embargo, el resto de la frase va perdiendo fuerza con rapidez, hasta que la última

sílaba de la última palabra tiene que ser adivinada por Dionisio, que se encuentra de espaldas a menos de veinte pasos de don Alonso.

Dionisio da un respingo al oír el exagerado vozarrón que porta su nombre, pero se tranquiliza un tanto cuando se gira y descubre que es don Alonso quien está frente a él.

—¿Amo?

Don Alonso encañona a Dionisio y, sin mediar palabra, le descerraja un tiro en la cabeza.

Juan, que corría a intentar detener a su padre, se queda inmóvil, paralizado por fuera como una estatua de sal, con una mano tapándose la boca para impedirse gritar, mientras que con la otra sobre el pecho trata de sujetarse el desbocado corazón.

El antiguo esclavo, que en el momento del disparo ha sido sorprendido con las manos extendidas en lo que a Juan le ha parecido el vano intento de interceptar la bala, ha caído de bruces irremediablemente muerto.

Don Alonso baja el arma y, con ella colgando delante de él, da media vuelta y comienza a desandar el camino.

Juan sabe que tiene que irse ya si quiere llegar al promontorio antes que su padre, pero también sabe que no se marchará de allí sin antes ver el cadáver de cerca. Otra vez la maldita curiosidad.

Dionisio ha caído boca abajo, pero la cabeza está volteada a un lado, con el perfil descansando totalmente sobre el suelo, como si pretendiese escuchar lo que las entrañas de la Tierra, a la que ya pertenece, quisieran contarle. De la parte de la cara que es visible, falta el ojo; en su lugar hay un agujero del tamaño de una moneda pequeña. El de la parte posterior de la cabeza, por donde ha escapado la pieza de plomo, es más grande; tanto como una manzana hermosa. Las manos, estiradas hacia delante, han perdido la crispación de la vida; a la derecha le falta el pulgar. *Resulta que Dionisio sí ha acertado con la trayectoria de la bala*, piensa sin darse cuenta.

Juan rompe a llorar mientras corre bosque arriba, cargando, además, con la certeza de que su padre ya estará en lo alto del promontorio cuando él llegue, cosa que solo hace aumentar su ansiedad. De ser así, no le quedará más remedio que confesar que le ha desobedecido y que ha sido testigo de su vileza. Disparar a un hombre desarmado a sangre fría es una vileza.

Sin embargo, cuando Juan vuelve adonde lo espera Esteban, lloroso, magullado y bañado en sudor, lo encuentra solo. A don Alonso no le ha dado tiempo a llegar porque se ha visto obligado a detenerse a vomitar los espumarajos de su vacío estómago apenas toma conciencia de lo que ha hecho. Luego, preso de esa misma conciencia, se ha sentado un rato a esperar a que las manos dejen de temblarle y así recuperar algún dominio sobre ellas y el resto de su cuerpo.

—¿Qué has visto?

Esteban pregunta a Juan sin malicia alguna, más bien por cortesía, intentando mostrar interés por los asuntos que se trae entre manos su nuevo amigo. Ha escuchado un tiro bastante cerca, pero también una docena más de ellos provenientes de diferentes puntos del horizonte. Los cazadores abundaban por la región y no es extraño oírlos por la mañana temprano al acecho de lo que sus perros husmean. Juan, que ha regresado exhausto y sin resuello, se toma un momento para reponerse, pero, sobre todo, para terminar de creerse lo que está a punto de decir.

—Mi padre es un asesino.

### XIII

Al cabo de una hora, cuando Ascensión vuelve al cuarto de su padre a recoger a Felipe después de que se hubiera olvidado de él por completo, se lo encuentra riendo a carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—Estoy jugando con el abuelo.

En un primer momento, Ascensión no ve malicia en la palabra utilizada por Felipe para nombrar a don Alonso. *Abuelo* es una palabra que se aplica a las personas mayores, tengan nietos o no, sean o no los verdaderos abuelos de quien los llama.

—¿Y a qué jugáis?

—Pues él dice una palabra, así, como él las pronuncia, y yo tengo que adivinar lo que ha querido decir. Solo hay una condición: tiene que estar en la habitación.

—¿Ha hablado mi padre?

—Sí, bueno..., así raro..., pero sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho caca.

—¡Felipe!

—¡Ha dicho caca, tía Ascensión! De eso me reía cuando ha entrado usted, pero no se preocupe, que yo creo que ha querido decir taza.

Don Alonso asiente mientras una extraña mueca —una que Felipe ya ha aprendido que se trata de una sonrisa— se instala en su demacrado rostro.

—Ha dicho que sí, ¿lo ha visto, tía? Diga otra cosa, abuelo.

Ascensión lo ha visto y no da crédito. También ha vuelto a escuchar a Felipe llamar abuelo a su padre y esta vez no le resulta tan natural como la primera.

—Epo.

Ascensión da un respingo. Es lo primero que le escucha a su padre desde que quedara postrado sobre esta misma cama donde yace acostado y de la que no se moverá hasta el día en que le toque ajustar cuentas con el Sumo Hacedor. Felipe, sin embargo, pone cara de fastidio.

—Esa ya la ha dicho. Diga otra.

—Epo.

—¿Qué es epo, Felipe?

—A lo mejor lo que quiere es que la adivine usted, tía. Ande, intente adivinarla.

—No sé, ¿cepo?

—¿Cepo? ¡Pero si aquí no hay ningún cepo! ¡Qué risa, qué mal juega! Epo es nieto.

En ese momento, y ante la mirada alucinada de Ascensión, don Alonso saca la mano útil de

debajo de las sábanas y señala a Felipe mientras repite una y otra vez *Epo, epo*. A Ascensión se le escapa un gritito.

—¡Jesús, María y José!

Sin saber muy bien qué hacer, agarra a Felipe de la mano y lo arrastra fuera del cuarto escaleras abajo hasta la cocina, donde le encomienda una cesta con algunos tomates y pepinos y lo manda a su casa con la excusa de que ya es la hora de comer y su madre lo debe estar esperando.

Desde la entrada, hecha aún un puñado de nervios, observa alejarse al niño por la misma cuesta abajo en la que un par de años atrás encontraron a don Alonso a un paso de la muerte. En cuanto lo ha perdido de vista, corre a buscar a su hermano. Está donde siempre, en ese oscuro rincón donde le gusta trabajar la madera casi a tuestas. En un minuto, atropellándose en cada palabra, Ascensión le cuenta a Juan todo lo que acaba de pasar en el cuarto de don Alonso.

—¿Qué vamos a hacer?

Juan, que ni siquiera se muestra sorprendido por lo que acaba de escuchar, coloca la herramienta con la que estaba trabajando la madera en el viejo cangilón que perteneció a su abuelo y luego a su padre. Parece cavilar, pero no es así; en realidad ya lo tiene todo pensado. ¿Qué otra cosa podría hacer sin tener que soportarla hasta su muerte sobre su conciencia? Pero como Bótoa estaba tan cerca del final del embarazo, a Juan le dio por pensar que, después de tantos años de injusticia, ¿qué podría importar unos pocos días más? Solo unos pocos días más de tranquilidad, sin sobresaltos inesperados, para que su mujer pudiese afrontar el parto con la tranquilidad necesaria. Por desgracia, no ha podido ser, porque ahora que su padre lo ha destapado todo, descubriéndole a Felipe la relación que los une, no está dispuesto a consentir que su hermana se entere de lo acontecido por boca de nadie que no sea él mismo.

—Arréglate. Vamos a bajar a comer a casa de nuestra hermana.

Ascensión parece dudar.

—No creo que tenga mucho que ofrecernos. Yo mandé para una ensalada con Felipe, pero aun así...

Ascensión no espera una respuesta, y su hermano lo sabe. Habla para sí mientras corre a quitarse el delantal y a cambiarse de blusa a su cuarto. Al pasar por la cocina dispuesta para salir, toma una hogaza de pan a la que le faltan un par de rebanadas y una botella de vino. En la puerta le espera Juan, que se ha sacudido la mayor parte del aserrín que llevaba adherido a la ropa a manotazos y se ha mojado el pelo en la pila donde abrevan las bestias para alisárselo hacia atrás con las manos. Ascensión piensa que un hombre de bien como su hermano no debería andar hecho un Adán, pero calla. Sabe, de otras veces, que sus palabras caerán en saco roto.

—Trae eso acá.

Juan echa mano a la botella de vino y le da un tiento. No hay gula ni vicio en el gesto, tan solo busca calmar la sed con algo que no sea agua.

—¿No le decimos nada a Bótoa?

Juan sigue pensando que es mejor que su esposa no se entere de eso antes del parto. Una vez haya hablado con Margarita y los niños, les pedirá que no digan nada hasta que Bótoa dé a luz. Hacer partícipe a la parturienta de lo que ocurre solo añadiría incertidumbre y desasosiego a la intranquilidad que ronda las casas en las que hay un parto en ciernes.

—Se ha echado un rato; será mejor no despertarla. Está ya muy pesada y se cansa con facilidad.

Al cabo de veinte minutos llegan a la casita junto al río. Ascensión toca a la puerta, aun a sabiendas de que esta permanece siempre abierta. Margarita, vestida con su mejor sonrisa, los hace pasar y los acomoda junto a la mesa que Esteban talló en vida.

—¡Cuánto bueno! ¿A qué se debe la visita?

—¿Está Luis?

Felipe, que andaba revoloteando por ahí, entra como un torbellino a la casa y pide permiso para sentarse sobre el regazo de Ascensión. Margarita lo mira con severidad, pero su hermana lo encarama sobre sí mientras le busca las cosquillas con la punta de los dedos por todo el cuerpo.

—No, no está, pero no creo que tarde. Aquí solemos comer antes de la una y, por la hora que es, debe andar ya de camino.

Ascensión siente que algo que no es su sobrino se ha movido cerca de su mano.

—No tendrás ese bicho contigo, ¿verdad, Felipe?

Felipe se pone muy tieso. Los ojos, que se le quieren salir de las órbitas, buscan a su madre.

—No.

—¿Cómo que no?

—No es un bicho. Es Quina.

Ascensión coge a su sobrino con ambas manos por los hombros y lo planta en el suelo conteniendo una arcada.

—¡Qué asco!

Margarita ríe.

—Te está bien empleado por zalamera y por consentidora. A ver, ¿queréis algo o no?

Juan prefiere esperar a Luis para decir lo que tiene que decir, e interpreta la pregunta de su hermana a su conveniencia.

—Yo un vaso limpio, que me voy a tomar un vino.

Margarita pone tres vasos en la mesa acompañados de un plato en el que ha troceado uno de los tomates y uno de los pepinos que ha traído Felipe con sal por encima. También pone tres cucharas. Ella comparte la suya con su hijo, que en realidad es el único que come.

Antes de que el vino que Juan ha servido en los vasos se agote, aparece Luis. Trae la caña en una mano y un par de pececitos enganchados en el sedal por las agallas en la otra. Luis no parece sorprenderse de encontrar a sus tíos en casa a esa hora y, si lo hace, no lo deja traslucir.

—Buenas.

Margarita se levanta, recibe de su hijo los peces y los lleva a la cocina. Juan no le quita ojo a su sobrino. Es todavía un niño, de eso no cabe duda, pero solo por fuera; por dentro es tan maduro que asusta.

—Siéntate con nosotros, Luis.

Juan le sonrío. Luis no; ni siquiera le sostiene la mirada. Juan espera hasta que Margarita vuelva de la cocina y tome asiento junto a ellos. Felipe, con Quina sobre la palma de su mano, revolotea por toda la casa mientras la asustada Ascensión lo sigue con la mirada vigilándolo para que no se le acerque.

—Tengo algo que deciros.

Y Juan les cuenta de un tirón, sin permitir interrupciones, todo lo que su abuela Fátima le reveló unos días atrás en el convento sobre el verdadero vínculo que los une. Las caras de Luis y de Margarita son de incredulidad. Creen ver en todo este entramado un ardid para hacerlos aceptar una caridad que no quieren y que, además, detestan.

—Quiero que tus hijos y tú dejéis esta cabaña y os vengáis a vivir a la casa familiar, como os corresponde.

Margarita no puede por menos que estallar.

—¡Acabáramos! ¿Así que ese era todo el tejemaneje que os traíais entre manos estos días atrás? Ahora que vuestro padre está a punto de morir, le habéis perdido el miedo y os habéis atrevido a venir hasta aquí a ofrecernos vuestra caridad. ¿Pues sabéis lo que os digo? Que no la queremos, que no la necesitamos y que estamos muy bien los tres aquí, en nuestra... *cabaña*, como tú la has llamado.

—Te digo la verdad, hermana. Al menos, la verdad hasta donde yo la sé. Te he contado todo tal y como me lo contó la abuela Fátima el otro día. Si no me crees a mí, podemos acercarnos al convento, pedir audiencia y que te lo cuente ella misma.

—Ya está bien. No me gusta que vengas a meterles ideas en la cabeza a los niños. Es cruel.

Felipe, que hace rato que ha dejado de jugar con Quina, se ha apostado a la vera de su madre y se restriega contra ella en busca de calor. Cuando todos han terminado de hablar, el niño se dedica a tironear del vestido de esta hasta que consigue llamar su atención.

—Madre, don Alonso me ha dicho que soy su nieto.

—Es cierto, yo estaba allí.

Margarita se siente acorralada y busca consuelo en los ojos de Luis, que es el único que parece estar de su lado; pero el muchacho está ocupado en regañar a su hermano con la mirada y no es consuelo, precisamente, lo que sus ojos destilan. No le parece justo que Felipe tenga que soportar el enfado de Luis. Ella sabe que él no mentiría en algo así, pero no dice nada. Bastante tiene con tragarse los chillidos que le suben por la garganta con el ímpetu de un animal desbocado. También es consciente de que don Alonso no se prestaría para representar una pantomima como aquella y que, por lo tanto, su hijo y el viejo dicen, o creen estar diciendo, la verdad. Margarita entiende que necesita pensar antes de volver a decir nada. ¿Y si lo que cuenta su hermano Juan fuese la verdad? Definitivamente, necesita estar sola, salir de allí cuanto antes y pensar.

—Tengo que aclararme.

Al ver que su madre se dirige a la calle, sus hijos hacen el amago de seguirla, pero ella los detiene con un gesto de la mano antes incluso de que hayan tenido tiempo de moverse y les pide a los cuatro que la esperen un momento.

Una vez afuera, se dirige al tocón donde Esteban solía trocear la leña y se sienta sobre él. Sea verdad o no lo que acaba de escuchar, no está dispuesta a aceptar la caridad que sus hermanos le ofrecen a cualquier precio. Ella no es Ascensión, que por cobardía ha renunciado a hacer su vida; ni tampoco Juan, un ser apocado, siempre a la sombra de su padre, que no ha sido hombre hasta que el anciano se ha visto recluido en una cama y su dicharachera esposa lo ha ido sacando poco a poco del ensimismamiento en que vivía. Sea o no verdad que don Alonso es su padre, no debería



dejar que el orgullo le impidiese sacar una tajada favorable de la situación que se le presenta. Al fin y al cabo, ella es hija de Inés, y nunca ha sabido explicarse por qué los derechos que esa circunstancia le daban han sido ignorados por todos, incluso por sus hermanos. No, no está dispuesta a dejar volar la oportunidad de darles un futuro digno a sus hijos. Margarita intenta calmarse, junta las manos a modo de súplica, respira hondo y mira al cielo buscando una respuesta.

—¿Qué hago, Esteban? Si tú estuvieras aquí, conmigo, sabrías qué hacer.

Hablar con su hombre, aunque sea en forma de monólogo, le aporta el poso de tranquilidad que le estaba haciendo falta. Poco a poco, las ideas empiezan a ordenarse en su cabeza, y aunque todavía no sabe lo que va a hacer, sí tiene muy claro las cosas con las que no tiene intención de transigir por nada de este mundo. Ir a vivir con sus hijos a la casa familiar, como la ha llamado Juan, es una de ellas. Convertirse en una sombra o renunciar a ser ella misma como han hecho sus hermanos tampoco entra en sus planes. Pero lo que quiere, lo que le ha de pedir a Juan, ya que Ascensión bendecirá con una sonrisa cualquier cosa que su hermano acuerde con ella, aún no lo tiene claro. ¿Qué necesitan sus hijos y ella misma de las cosas que su hermano pudiera ofrecerle? Obviamente, dinero, pero no en forma de limosna, sino en forma de trabajo. Un trabajo con el que sudar a diario el pan que luego consumirán. ¿Y qué más? Margarita piensa un momento. ¿Estudios? Sí, eso estaría bien. No para ella, sino para sus hijos. A ella le gustaría que ellos saliesen del pueblo, que se formasen en una profesión y que se mudaran adonde nadie los conociese ni hubiese oído nunca hablar de ellos. Porque si una cosa tiene por cierta, si algo ha aprendido en esta vida, es que da igual el dinero que lleguen a tener o la posición que logren alcanzar: si Luis y Felipe no salen de Malcocinado, nunca pasarán de ser los hijos de la negra.

Los últimos pensamientos la han levantado del tocón con un gesto en la cara a medio camino entre la conformidad y el enojo. Una vez de pie, no quiere volver a sentarse. Se encamina de nuevo hacia la puerta de su casa, acompañada por la presencia de Esteban que, según ella cree, está a su lado tranquilizándola y ayudándola a pensar. Porque de no ser así, ¿de qué otra manera habría podido llegar ella sola a idear lo que está a punto de decir delante de todos?, piensa en una clara actitud de menosprecio hacia su persona y sus capacidades.

Margarita entra en la casa dueña de sí. Mientras se sienta a la mesa tomando a Felipe en brazos, sus hermanos y sus hijos la miran en silencio, con expectación. Ascensión, a la que el peso de su conciencia cristiana mantiene aprisionada desde que se enterara de la injusticia que se había cometido con Margarita, desea oír que su hermana acepta volver a vivir con ellos; que entre las dos llevarán la casa, y la cocina, y el huerto; que andarán juntas todo el día y que su hermana se sentará con ella de igual a igual en la mesa de los señores cuando se sirva el almuerzo. Juan, en cambio, no está tan seguro de quererlo. Se ha quitado un peso de encima cumpliendo el encargo de la abuela Fátima, y cree poder escapar del revuelo que irremediablemente se formará en el pueblo con tan escandalosa noticia si Margarita se niega a aceptar la ayuda que le ofrecen. Luis, tan asqueado como aburrido con la siempre incómoda situación de tener que estar esquivando la limosna que sus tíos le arrojan en su cara de hombrecito desnutrido, desea de todo corazón que su madre les dé una reprimenda tan grande a sus tíos que no les quede a estos ganas de volver por allí en mucho tiempo y, menos aún, a ofrecer su maldita misericordia de barrigas llenas de pan

diario. Felipe solo quiere que su madre vuelva a sonreír. A él no le importa quién paga la comida que se come, vivir en un lugar o en otro, ser blanco o negro, que su abuelo sea su abuelo o que el pueblo entero lo señale por la calle mientras susurran. Para él lo único importante es que su madre le dé un beso por las noches cuando lo pone a dormir en su cama, le sonría, le abraza y le desee felices sueños. Felipe no pierde el tiempo preguntándose si le gusta su vida o si le gustaría cambiarla; simplemente se ha dado cuenta de que vive mucho más contento si su madre lo está también.

—Juan, antes de nada, quisiera aclararte que esta casa donde vivo con mis hijos, la que Esteban arregló, casi levantó él mismo con tanto sudor, no es ninguna cabaña, sino nuestro hogar.

—No era mi intención molestartos; tú lo sabes.

—Lo sé. Solo te lo digo para que te sea más fácil comprender por qué no voy a aceptar tu propuesta de que vayamos a vivir con vosotros. Mira, Juan, si de verdad queréis ayudarnos...

—No es ayuda, Margarita, es justicia. Queremos que lo que por derecho siempre ha sido tuyo lo empiece a ser realmente.

—Me da igual cómo lo quieras llamar. ¿Estás más a gusto si lo llamamos justicia? Pues ya está. Si lo que queréis es hacer justicia, entonces te pido que mandes a Luis al seminario de Badajoz para que se eduque.

—No, madre, de eso ni hablar. Yo me quedo aquí con usted y con mi hermano.

—Claro que irás, porque tu tío va a correr con todos los gastos, ¿no es cierto, Juan?

—Por supuesto, si es eso lo que deseas... Aunque yo había pensado que empezase a trabajar conmigo en la serrería.

—No, Juan. Si quieres ayudar a tus sobrinos, consigue que Luis entre en el seminario. No para ser cura si él no quiere, sino para labrarse un futuro y para que vea algo de mundo también, y no se quede aquí en este bendito pueblo embruteciéndose de por vida.

Su hermano Juan asiente en silencio. Él había pensado en algo parecido para su hijo nonato, por eso no le es difícil entender a Margarita. Además —ha calculado rápidamente—, mandar a Luis fuera y sostenerlo económicamente puede llegar a darle la superioridad moral que necesita para pedirle a su hermana que guarde silencio sobre el asunto.

—En cuanto a Felipe y a mí, seguiremos viviendo aquí, en nuestra casa, y si de verdad quieres ayudarnos, o hacer justicia, o lo que sea, no me traigas dinero cada semana, ni me mandéis comida con los niños cada vez que os los crucéis. Más bien devuélveme mi antiguo trabajo. Felipe ya no me necesita aquí todo el día cuidando de él. Deja que me sienta útil, que me gane un jornal. Yo era buena cocinera; todavía lo soy.

—No creo que haya ningún problema en conseguir lo que me pides. Estábamos a punto de contratar a una muchacha del pueblo para ayudar a la cocinera nueva, ¿no es cierto?

No, no lo es, pero Ascensión, que conoce a Margarita, sabe que a su hermana hay que venderle las cosas así, sin que se note mucho que está siendo favorecida; por eso asiente con entusiasmo.

—Otra cosa más. Felipe comerá conmigo todos los días y luego me ayudará en la cocina para pagar con su trabajo por la comida.

—¿Para qué? Eso no es necesario. La cocinera nueva se lleva todos los días la comida para su prole cuando se marcha a casa, ¿por qué ibas a ser tú menos? No, no me parece bien.

—Escucha, Ascensión, yo sé que a ti, que llevas toda la vida siendo dueña y señora de todo lo que te rodea, te parece natural que alguien que no tiene se lleve la comida que ha sobrado sin necesidad de pagar por ella. Pero para mí, que tengo alma de pobre, y que me moriré con ella por mucho dinero que llegue a tener, eso es mendicidad, y nada de lo que me puedas decir hará que piense de otra manera.

Un silencio incómodo se instala en la casa. Juan y Ascensión se sienten como si, en vez de haber sido portadores de buenas noticias, estuvieran en deuda con su hermana, aunque, sin duda, es Luis el que, de los cinco, siente que le ha correspondido la peor parte. ¿Qué va a hacer él en un seminario? Su sitio está aquí, ayudando a que su pequeña familia salga adelante. Por ahora prefiere callar, porque no le parece bien llevarle la contraria a su madre delante de sus tíos, pero él sabe que aún no se ha dicho la última palabra sobre el tema. No, no se marchará a ningún sitio sin presentar batalla.

Felipe, en cambio, sigue instalado en su particular mundo feliz. A él le ha parecido, sin llegar a entender muy bien todo lo que allí se ha dicho, que su madre ha salido vencedora de la batalla dialéctica que ha tenido lugar. Está algo apenado por su hermano, eso sí, pero como tampoco sabe lo que es un seminario, su pena no alcanza a eclipsar la felicidad que comparte con su madre.

Margarita se siente satisfecha con la forma en que ha manejado la situación. No sabe de dónde ha sacado el coraje para hablarle así a su hermano, ni entiende cómo ha sido capaz de pensar todo lo dicho y, mucho menos, de encontrar la manera de expresarse. Está contenta con lo que ha resultado de todo aquello, y sabe que Esteban, que no se ha movido de su lado, lo debe estar también. Ahora lo difícil va a ser meterle en la cabeza a Luis que lo mejor para él es marcharse del pueblo y encerrarse en un seminario los siguientes seis años de su vida, pero sabe que en última instancia cuenta con la ventaja que le da la obediencia ciega que sus hijos le profesan sin resquicio. Entra dentro de lo posible que las discusiones por este tema se den a diario entre los dos en el mes largo que aún queda para que empiecen los colegios, pero Margarita sabe que, al final, se impondrá su voluntad.

—Bueno, pues si todo está aclarado, voy a preparar esos pescados que ha traído mi hijo.

—Esto es muy poco para los cinco, Margarita. Mejor subimos al taller, que hoy hay migas con melón, y yo sé cuánto te gustan a ti las migas..., y el melón no digamos.

A Margarita se le ha hecho la boca almíbar, pero una vez más, su orgullo le impide aceptar la succulenta oferta que le hace su hermana.

—Mañana. Mañana comeremos todos allí, pero hoy sois mis invitados, dejadme que os atienda. Además, no creo yo que vaya a pasaros nada porque paséis hambre un día.

## XIV

Luis odió cada minuto de su primer año en el seminario de Badajoz. Por eso, cuando regresó al siguiente verano a Malcocinado —*Para que pases unos días con tu familia terrenal*, como le dijo su tutor de latín—, tenía la secreta convicción de que ya no volvería.

Se había propuesto hacer comprender a su madre que lo que él quería, y lo mejor para todos, era quedarse en el pueblo junto a ella y su hermano para ayudarla a salir adelante, como siempre había hecho. La respuesta de Margarita, al igual que todas las veces que lo hablaron antes de que él ingresase, fue tajante. *Aquí no haces falta, ya ves lo bien que nos apañamos tu hermano y yo. Como más ayudas es volviendo al seminario.* A Luis le resultó muy doloroso que su madre despreciase su ayuda de una manera tan poco delicada, y se lo hizo saber cada uno de los días de ese verano, pero ella no solo no retrocedió ni un centímetro en su posición, sino que, además, el día en que su hijo se marchaba para retomar los estudios, le hizo jurar que aprovecharía el tiempo que allí pasara en hacerse un hombre de bien.

El segundo año, bien fuese por intentar que este se le pasase más deprisa o por hacer honor a la palabra dada, Luis lo encaró de forma bien distinta. Se enfrascó en sus estudios sobre la Biblia de tal manera que, cuando la madre lo volvió a ver, como siempre en vacaciones, tuvo la impresión de que su hijo se había implicado en exceso. *Parece un místico*, le comentó Felipe a su madre entre risas. Tampoco ayudó que ese verano muriese don Alonso, que gracias a la alegría que Felipe le contagiaba en sus constantes visitas había logrado sobrevivir casi dos años al desahucio de un par de semanas que le augurara el médico del pueblo en su diagnóstico más optimista. Don Alonso murió feliz justo un día después de que lo hiciese Quina. Y Luis, muy influenciado por todo lo que traía visto y oído en el seminario, quiso ver en aquella coincidencia la tan esperada llamada al sacerdocio, y así se lo comunicó a la familia.

Margarita no dio muestras de que la noticia le afectase, sabía que ese era uno de los riesgos que había que correr cuando decidió mandar a su primogénito al seminario. En lugar de eso, escuchó lo que su hijo le exponía cada día y alabó sus opiniones y pareceres, mientras ella se dedicaba, por su parte, a conversar cada noche con Esteban, por ver si entre el fantasma y ella eran capaces de encontrar una solución.

Cuando creyó haberla descubierto tampoco dijo nada; prefirió esperar hasta el último día, para evitar así que su hijo tuviese tiempo de reflexionar sobre la tarea que ella le imponía y le rebatiera y cuestionara, dejando el plan en evidencia y, por tanto, inválido.

En el andén del apeadero del tren, de pie frente a su hijo, reteniéndose a duras penas las lágrimas, Margarita le pidió, mientras sonreía con dulzura, que para el siguiente curso, además de seguir aplicándose en los estudios como hasta ahora había venido haciendo, se hiciera amigo del

muchacho más simpático que hubiese en el seminario. Luis, pensando que esa era una recomendación más de las muchas que todos le hacían el día de su despedida, se abrazó a su madre, la besó, la soltó de nuevo y subió al tren.

Cuando Luis volvió a aparecer asomando la cabeza por la ventanilla de su compartimento tras haber acomodado la maleta, una algarabía de besos lanzados y de frases de despedida lo aturdieron apenas un instante. Con voz chillona, casi histérica, su madre los mandó callar a todos, y cuando el tren ya arrancaba, mirándolo fijamente a los ojos, le habló por última vez aquel verano.

—No vayas a echar en saco roto lo de hacerte amigo de alguien simpático.

Margarita pensaba, con acierto, que su hijo no podía ser el único alumno del seminario que hubiese ingresado en él sin poseer una clara vocación, sino todo lo contrario, y que animándolo a hacer amistad con alguien de carácter alegre, del estilo de su hijo pequeño, pudiera ser que Luis se diese cuenta por sí solo de que la recién surgida vocación no era sino una consecuencia del ambiente de mojigatería e impostada beatitud en el que seguramente estaba inmerso el seminario. No era una apuesta muy segura ni un plan muy desarrollado, pero no se perdía nada intentándolo.

Andrés, natural de Castilleja de la Cuesta, provincia de Sevilla, hablaba con un acento festivo y pegadizo y se desenvolvía con un desparpajo impropio del sobrio edificio en el que moraban. A Luis le costaba imaginárselo llevando la vida modélica que se suponía que todos habrían de llevar cuando se ordenaran sacerdotes. Ese tercer curso, a pesar de lo distintos que eran y debido a la insistencia que Luis mostró los primeros días del otoño, se hicieron inseparables. Andrés, que siempre había llamado a Luis el Soso en sus conversaciones con el resto de los seminaristas, comenzó a llamarlo Luisito en las largas y amenas charlas que mantenían después de las clases.

—No, Luisito, ¿cómo se te ocurre decir tal cosa? Contar un chiste no es pecado. Pecado sería contarlo mal.

Aquel verano, el de después del tercer curso, su madre lo encontró muy guapo. Había crecido bastante, y aunque seguía tan serio como siempre y aún se percibía que seguía bulléndole la idea de tomar los votos, también se le notaba más abierto. Y cuando, una tarde en la casa taller, señalando la barriga de Bótoa, que estaba de nuevo embarazada, Luis le hizo una broma a su tío, a Margarita casi se le saltan las lágrimas de la emoción.

—A ver si hay suerte, tío, y este le sale leche como el primero, y no café.

Definitivamente, su hijo se estaba convirtiendo en alguien muy normal. Ahora solo faltaba centrarlo.

—Hijo, quiero que este curso pienses en tu futuro. ¿De verdad quieres ser cura?

—Creo que sí, madre.

—Bueno, no es que esté mal, no diría yo eso, pero tú piénsatelo, ¿lo harás?

El segundo embarazo de Bótoa no había sido la única novedad de ese verano. Su tía Ascensión, liberada de la promesa que le hiciera a su padre de no casarse hasta que él hubiese fallecido para poder cuidarlo mientras durase su enfermedad, había accedido a sus cuarenta y dos años cumplidos a dejarse visitar por un viudo de más de cincuenta, sin hijos ni parientes próximos, que llevaba toda la vida trabajando como oficial ebanista en el taller que ahora era de su hermano.

Tres años atrás, Juan no había podido evitar que el rumor de la impureza de la sangre que corría por las venas de la familia se extendiese por el pueblo. Avergonzado por el acto en sí, le había pedido a Margarita que ni ella ni sus hijos contasen nada de aquello. Y aunque lo cumplieron escrupulosamente, no impidió esto que las gentes del pueblo se oliesen gato encerrado. *Demasiada generosidad tan de repente con la negra y con sus hijos*, decían. La vuelta al trabajo de Margarita y los dispendios que hacía Juan para mantener a un diácono con todos los gastos consiguientes un curso detrás de otro no encontraban otra explicación entre las gentes llanas, que precisamente por serlo suelen acertar en estos temas que a nadie más deberían interesar fuera del ámbito familiar. Pero a pesar de todo, pudieron más en el ánimo del viudo ebanista las ganas de dejar de estar solo que el qué dirán del pueblo deslenguado.

Ese verano, Luis le comentó a la pareja en una de las visitas dominicales en las que coincidió con el viudo en casa de sus tíos que, si esperaban, él mismo los casaría.

—Si esperamos más, me será imposible tener hijos con este señor. ¿No ves que a ninguno de los dos nos queda mucho para que se nos pegue el arroz definitivamente?

Se casaron ese mismo invierno, un domingo de febrero. La novia, aunque ya no era una moza, lució bella en el traje de hilo rosa que usaran, antes que ella, su madre y su hermana. El novio, sin embargo, un anciano prematuro muy seco de carnes, parecía vestido de prestado dentro del traje que ya se pusiera en su juventud en su primer enlace. Luis no pudo acudir a la ceremonia, de la misma manera que no acudirían los deseados hijos al matrimonio, ni ese año ni ningún otro. *A quien Dios no le da hijos, el diablo le manda sobrinos*, solía quejarse con amargura la pobre Ascensión, pero luego recapacitaba. *No se puede tener todo, y yo tengo mucho*, se decía para consolarse.

Y no fue porque no lo intentasen, nada de eso, que en más de una ocasión hubo de acudir el antiguo viudo en busca de ayuda al médico y al boticario, cuando no a la bruja del pueblo, para que le auxiliasen en encontrar las fuerzas que le faltaban para aplacar el tremendo fuego de su segunda esposa.

El cuarto año de Luis fue el de las dudas, el de reunirse con su consejero espiritual cada dos por tres, siempre con la misma monótona cantinela: *Serviré, padre*, o más comúnmente en corrillos improvisados con el resto de condiscípulos: *¿Has sentido tú la llamada?* Algunos decían que sí, otros que no, y la gran mayoría, que no sabían, que había habido señales, pero que carecían de la sabiduría necesaria para interpretarlas.

Fue el siguiente verano, el que siguió a aquel año repleto de dudas, cuando Luis, que había cumplido ya los dieciséis, se fijó por primera vez en María de la Jara. Ella era un año menor que él, más baja que alta, morena de piel y apretada de carnes.

Luis llevaba dos semanas en casa cuando coincidió con ella en el remanso que hace el río bajo los llorones —sus buenos dos kilómetros fuera del pueblo, siempre en dirección al mar, aunque aún muy lejos de él—, donde los mozos y mozas de toda la comarca solían darse refrescantes baños cuando llegaba el calor.

Ellos, los mozos, usaban calzón hasta media pierna. Ellas, camisa y enaguas. Las de María de la Jara, como las del resto de las muchachas, eran blancas de paño vasto, aunque a Luis le parecieran especiales, como si se tratase de la envoltura que el sabio diablo da a los pecados que

han de proveer la perdición del alma del pobre incauto que beberá de ellos, por el simple hecho de que fuese ella quien las vistiera.

Cuando esa bulliciosa tarde del recién estrenado verano María de la Jara emergió del agua con las ropas pegadas a las prietas carnes, mientras ganaba la orilla caminando torpemente sobre los redondeados guijarros, Luis sintió un pinchazo en el estómago que lo obligó a caer sentado sobre sus nalgas y un golpe en su interior que lo dejó de rodillas, postrado ante un verdugo que ni siquiera imaginaba que pudiera serlo.

Sobre la húmeda pradera que tapizaba la margen del río desde la que observaba el cautivador espectáculo, Luis no solo quedó paralizado: también perdió el habla y hasta el recato, cosa que todo el mundo sabía que el muchacho nunca descuidaba.

En el camino de vuelta al pueblo, sin pararse en consideraciones, se las ingenió para integrarse al grupo en el que ella andaba. Luego, pensando que así se libraría del testigo de vista que más le podía importunar, mandó a su hermano por delante y lo riñó con la mirada cada vez que este se volvía hacia él o simplemente se detenía, hasta que lo vio perderse en el polvo de la tarde.

Unos cientos de metros antes de llegar al pueblo, haciendo acopio de un descaro que ni siquiera él sabía que poseía, se atrevió a cogerle una mano a la muchacha. Ella, que hacía rato que se barruntaba las intenciones de Luis y que, por alguna razón que no llegaba a explicarse del todo, estaba deseando que este se atreviera a llevarlas a cabo, no se soltó. Los dos, presas fáciles del natural nerviosismo que produce la inexperiencia, enrojecieron hasta los tuétanos aunque, como ninguno se atrevía a mirar al otro, a ambos les pasó inadvertido el mal trance por el que pasaba su compañero.

Luis, en el colmo del atrevimiento, tiró de ella sin importarle las risas ni los comentarios del resto de los muchachos del grupo en el que iban, y la sacó del camino. Juntos, como estarían desde ese día el resto del verano, se internaron corriendo en el bosque. La alocada carrera terminó junto a un descascarillado eucalipto, donde la fragancia que el árbol dejaba escapar los envolvió. María de la Jara, abriendo una puerta que antes que ella habían abierto todas las mujeres de la historia cuando se habían visto en la situación en que se hallaba la moza aquella tarde, se apoyó de espaldas en el tronco. Luis, que erróneamente pensaba que la puerta la había derribado él y solo él, la tomó de la cintura y la besó largamente. Al separarse, se miraron a los ojos esperando a que el otro rompiese el incómodo silencio. Luis no supo qué decir y a ella no se le ocurrió otra cosa:

—Pero, chico, ¿tú no ibas para cura?

—Eso está por verse.

Luis llegó a la casa junto al manantial con el sol muy bajo y los ojos rebosando desasosiego. Al entrar, saludó a su madre, que lo estaba esperando con la cena servida. Felipe, que se encontraba en su cuarto, apareció en la puerta con Furia sobre la cabeza. Furia era el hurón blanco que había llegado para sustituir a Quina.

—Luis tiene novia.

—¡Mentira!

—A ver, hijos, por favor, tengamos la fiesta en paz.

Margarita prohibió a sus hijos hablar más sobre el tema, pero luego, a la luz de las velas, mientras Felipe se hacía el dormido, le habló a Luis de las mujeres, de cuán volubles podían llegar a ser, y caprichosas y manipuladoras... Y le aconsejó muchas cosas, pero más que ninguna otra, le pidió prudencia.

—Pero usted no es así.

—Yo soy tu madre, y esa es otra categoría de mujer completamente distinta a la que tú te vas a tener que enfrentar a partir de ahora.

—¿Fue usted así con padre?

—Claro que no.

—¿Entonces?

Margarita no contestó a la pregunta que su hijo le hacía, sino que, obviándola, volvió a decirle que tenía que ser prudente; prudente e inteligente al mismo tiempo..., aunque en este caso en particular venían a ser la misma cosa. Le dijo que ella ya intuía que un mozo tan apuesto como era él tenía muy difícil llegar a ordenarse. Y él supo que ya no le hablaba de mujeres, sino de sus estudios. Le dijo que ahora era primordial que acabase los dos años que le quedaban en el seminario para que lo admitiesen en alguna universidad y que, además, debía hacerlo sin quedar en mal lugar con los curas, pues Felipe también iría a ese mismo seminario pronto. Le dijo que no estaría mal que le hablase desde principios de curso a su consejero espiritual sobre las dudas que albergaba acerca de su vocación, para ir preparando el terreno. Luis juzgó prudente no revelar a su madre que eso ya venía haciéndolo desde el curso pasado.

Al iniciarse su penúltimo año, antes incluso de que las hojas de los árboles comenzasen a amarillear en sus ramas, decidió sincerarse con Andrés. Le contó que había conocido a una moza en verano; le dijo que lo que sentía por ella le estaba haciendo dudar sobre su futuro en el sacerdocio. Andrés, sonriendo con satisfacción por lo que oía, le confesó a su vez que él tenía novia para casarse en el pueblo, pero que quería ingresar en la Facultad de Arquitectura y que el seminario había sido la forma más asequible que había encontrado su familia —humildes zapateros de pueblo que lo mismo calzaban cristianos que herraban bestias— de procurarles los estudios necesarios para que pudiese tomar el examen de ingreso en la universidad de Sevilla con esperanzas de éxito.

La culpa compartida es siempre más llevadera, por lo que Luis pudo volver a concentrarse en sus estudios sin hacer demasiado caso a su conciencia.

Al verano siguiente, nada más llegar al pueblo, a las amigas de la que él pensaba que seguía siendo su novia les faltó tiempo para irle con el cuento de que María de la Jara se había casado en enero con bastantes prisas. Lo primero que pensó Luis al escuchar la inesperada noticia fue que María de la Jara era una fresca y que le había dado a otro, o a otros, lo mismo que le había entregado a él el verano anterior. Luego, arrastrado sin duda por las inseguridades que cargan consigo los novios primerizos, le dio por pensar que quizás la culpa también podía haber sido suya, que no había sido lo suficientemente convincente cuando se despidió de ella, y que la muchacha no le había creído cuando le había asegurado una y otra vez que no se haría cura, que volvería para casarse con ella en cuanto terminase su educación. Más tarde, dándole vueltas al asunto en su castigada cabeza, tratando de que el incidente se saldara sin culpables, quiso creer



que a María de la Jara simplemente le había faltado paciencia, o que el ardor que había entre ellos a ella se le había acabado, que la distancia y el tiempo lo había ido enfriando hasta dejarlo gélido y duro como el pedernal.

Pensó todo eso y mucho más durante los días que le duró la pena, e incluso después, muchas veces, durante su larga vida, cuando sin motivo, arrastrado por el tedio que amontonaba sobre él la existencia tranquila que llevaba, le daba por preguntarse, como a tantos otros, qué habría pasado si en lugar de esto hubiese pasado aquello. Pero nunca, ni siquiera cuando los años le dieron la experiencia y la capacidad para ver su pasado bajo el prisma que otorga la sabiduría, llegó siquiera a sospechar la verdad.

La muchacha, una semana después de que Luis se marchase de nuevo al seminario, había sido sorprendida llorando por su hermana mayor. Una vez pillada, la pequeña decidió dar rienda suelta al dolor que albergaba en su corazón, rompiendo a llorar de una manera menos contenida de como venía haciéndolo hasta ese día, pues había cogido la costumbre de sentarse a dejar caer unas cuantas lágrimas todas las tardes, cuando se sabía sola en la casa. Pero quiso la mala fortuna que ese día su hermana, la única que tenía y que ya no vivía con sus padres desde que se casara el año anterior, decidiera pasarse a esas horas a recoger las ropas que entre la madre y ella lavaban y planchaban para entregarlas después a las casas a las que pertenecían. La hermana de María de la Jara sabía que esa forma de llorar, en la edad en que la pequeña se hallaba, solo podía significar una cosa, así que, pasándole un comprensivo y tranquilizador brazo por los hombros, le pidió que no llorase más y que, en lugar de eso, le contase lo que le pasaba.

La mayor de las hermanas sonreía indulgente mientras María de la Jara le exponía sus cuitas. Incluso llegó a ofrecerle un par de consejos que la ayudaran a sobrellevar mejor el regreso de su amado, pero su rostro se volvió grave y su comprensión intransigencia cuando conoció por boca de María la identidad del que mantenía a su hermana sumida en aquel trance.

A la hermana mayor le faltó tiempo para irle con el cuento a su madre, y a esta, piernas para acudir donde su esposo.

—¡Con el hijo de la negra! ¿Pero dónde tiene esta muchacha la cabeza?

Ese fue el verdadero motivo de las prisas, y no andar tapando un embarazo, como todo el mundo supuso en un principio, aunque enseguida se supo que no había sido por eso cuando, con el pasar de los meses, se negó a crecer la barriga de la supuesta pecadora.

A los padres de María de la Jara les costó sus buenos caudales casar a su hija con el tonto del pueblo, y a ella, una buena tunda por intentar negarse al enlace y a cargar con un idiota por el resto de sus días para salvaguardar la honra y la limpieza de sangre de la familia.

Cuando Luis conoció la noticia de la boda, anduvo mohíno unos días por motivos del corazón, que no de vocaciones confundidas, pues había decidido que sería médico y eso, por ahora, lo tenía claro. La profunda pena que le desgarraba el alma y que no permitía que ningún alimento se le asentase en el estómago como es debido le duró exactamente una semana; justo hasta la tarde en que su meditabundo deambular lo llevó a una solitaria era en la que se tumbó a la sombra de un montón de paja, a seguir compadeciéndose de su mala fortuna. Porque esa tarde conoció a Tomasa. La moza, feúcha y esmirriada, era por demás generosa en lo referente a los avances carnales, lo que le curó en menos de diez minutos de su desenamoramiento.

Unos días después de la sanadora tarde en la era, conoció a María, pero no de la Jara, como la primera, sino del Calvario, más desaborida que Tomasa en la intimidad, pero muy guapa. También conoció ese verano a Sagrario, a Rosaura y a alguna más. El muchacho, sin siquiera buscarlo, se había convertido prácticamente de la noche a la mañana en un mujeriego. Resultó que las mismas razones que lo hacían despreciable a los ojos de los padres lo convertían en un personaje novelesco e irresistible en la ardiente imaginación de las rebeldes adolescentes, que se lo disputaban entre ellas como si Luis fuese la más preciosa y singular muñeca de porcelana con la que, hasta hacía tan solo un par de años, ellas aún jugaban.

Sin darse cuenta, entre tanto devaneo, uno de los veranos más felices de su vida, si no el que más, tocaba a su fin, y otra vez su madre volvía a la carga con los consejos y tareas para el curso entrante.

—Recuerda que es tu último año en el seminario. Deja un buen sabor de boca, para que no se ceben los curas en tu hermano y lo echen de allí. Recuerda que Felipe no es como tú; intenta echarle una mano cada vez que puedas. Recuerda lo duro que fue tu primer año.

—Sí, madre, no se preocupe usted.

Durante ese último año, nunca vio Luis a Felipe ni supo de él después de que, llegados al seminario en el mismo tren, cada uno tomase su camino —estaban en distintos edificios y la comunicación entre ellos era del todo imposible—. Así que no fue sino hasta el verano siguiente cuando se enteraría de que el siempre díscolo Felipe había dejado el curso a medias y regresado al pueblo porque decía ser más feliz un segundo cepillando madera podrida que todo aquel tiempo muerto recitando hipocresías.

Según le contó Felipe cuando se volvieron a ver, madre le había retorcido las orejas hasta casi arrancárselas cuando se presentó en la casa con la maleta a mediados de diciembre, pero él había permanecido en sus trece y Margarita no había tenido más remedio que aceptar que su hijo pequeño sería ebanista y que, en contra de lo que ella esperaba, este pasaría sus días en el pueblo hasta que la muerte, ya muy viejecito y achacoso, aunque conservando siempre intacta su rebeldía y sus ganas de disfrutar, le alcanzase.

Sin embargo, no había sido solo el amor a la madera lo que le había traído de vuelta, ni que echara de menos el pueblo y la libertad que en él disfrutaba, ni que le hiciese falta estar con Furia y sus amigos de correrías y también con su madre, aunque le castigase y le maltratase por desobediente.

El verdadero motivo de su temprana expulsión —porque eso es lo que realmente fue, aunque él contase a todo el mundo que había sido una deserción— no tuvo tampoco nada que ver con el rancio ambiente que, según el muchacho, se respiraba en el seminario, ni con que lo que allí le hacían aprender le pareciese una sarta de mentiras. La razón no fue otra que la de ser pillado por uno de los sacerdotes haciendo comulgar a los patos que vivían dentro del seminario con las obleas de consagrar. Felipe, que ya había sido castigado unas cuantas veces por su indisciplina, juró que se corregiría, pero la paciencia de los profesores —sobre todo, la de uno de ellos, que había sido untado de melaza y emplumado mientras dormía y que, aunque no había podido demostrarlo, tenía más que fundadas sospechas de que él había sido el autor de la fechoría— se había agotado, y Felipe fue enviado de nuevo a su pueblo con una carta escrita y firmada por todos

los que se sentían agraviados por el exseminarista, que no eran pocos, y que este destruyó en cuanto se quedó solo en el tren de vuelta hacia lo que él pensaba que sería una muerte segura a manos de su madre.

Pero de todo esto, a pesar de lo bien que le hubiese venido saberlo, no tuvo Luis noticias durante el curso. El revuelo que debía haber causado el incidente no salió nunca del círculo de los educadores, que se cuidaban mucho de que cualquier indisciplina pudiese llegar a oídos de los padres de los alumnos que con sus dineros sustentaban el buen funcionar del edificio en el que todos trabajaban y vivían.

El disgusto de recibir al pequeño de vuelta acaparó toda la atención de la atribulada madre, que no fue capaz de pensar en lo bien que le hubiese venido a su primogénito sacudirse de sus espaldas la pesada carga de intentar quedar bien con los curas para que estos no se cebasen en años sucesivos con su querido hermano. La vergüenza, por una vez, pudo más en su ánimo que la practicidad, y prefirió negarle a Luis el alivio que tanto necesitaba.

A este, la presión de disimular a cada rato con los profesores y la mayoría de los seminaristas se le estaba haciendo insufrible; además, las reuniones que mantenía todos los lunes y viernes con su consejero espiritual eran cada vez más intensas. Andrés, la única válvula de escape con la que contaba dentro de las asfixiantes paredes del seminario, le sugirió que hablase con su consejero y le dijese que no se sentía capacitado para el sacerdocio, pero que le gustaría probar un par de meses en algún convento de clausura por ver si allí encontraba a Dios, y así lo hizo.

Una mañana de marzo, plena de hielos tardíos, partió Luis hacia la estación del tren con pasaje de tercera en la mano, instrucciones escritas del itinerario en el bolsillo y una carta de recomendación de su consejero, firmada a su vez por todo el profesorado, donde lo describían como un muchacho capaz, voluntarioso y algo perdido en el camino de la vocación, que buscaba retiro para poder pensar.

Llegó al convento anochecido, donde lo recibió el padre Cristóbal, el confesor de la orden; un señor mayor, lleno de achaques y por completo carente del más mínimo sentido del humor, cuya mayor virtud era la de ser un hombre práctico. Luis había llegado en calidad de ayudante del prelado, puesto que, hasta aquel día, no existía, por lo que el padre tuvo que inventar sobre la marcha cuáles serían sus deberes en el cargo. Decidió y le expuso allí mismo —sentado en una silla que no parecía muy cómoda, pero que a Luis, al que no se le había dado permiso para sentarse, le pareció el paraíso— que lo asistiría en misa como si fuese un monaguillo y lo ayudaría con el huerto cada mañana; y que, además, lo acompañaría allá donde fuese para que así se hiciese una idea lo más clara posible de lo que era el sacerdocio. También hubo de buscarle acomodación. Para tal efecto, el padre Cristóbal pidió a las hermanas que le ayudaran a vaciar de trastos un cuartucho anejo a la sacristía y a meter en él un pequeño camastro arrimado a un rincón.

—Dígame, joven. ¿Qué es lo que ha decidido que estudiará cuando ingrese en la universidad?

La pregunta lo cogió desprevenido, abrió la boca para protestar, pero en el último momento, cuando ya casi articulaba la primera sílaba, prefirió no hacerlo. ¿Para qué, si ni siquiera era capaz de convencerse a sí mismo?

—Acomódese en su cuarto. En menos de una hora las hermanas nos traerán la cena.

Durante el refrigerio nocturno, frugal e insípido como solo podía serlo en un convento de

clausura, ninguno de los dos habló. Luis terminó enseguida, pero decidió que esperaría cortésmente a que el padre Cristóbal le hubiese dado fin a su ración para pedir permiso y retirarse a dormir. Estaba tan en las últimas que le parecía imposible permanecer despierto un segundo más; ni siquiera sabía si le alcanzaría la voluntad para desvestirse antes de derrumbarse sobre el camastro. Por eso, el anuncio que le hizo el padre Cristóbal, cuando daba uno de los últimos bocados y él veía ya cercano el liberador consentimiento para retirarse, lo percibió como una ofensa a su integridad física y lo dejó indefenso, abatido y entregado a su suerte última, que Luis, quien nunca había sido una persona débil, daba por cierto que sería su muerte por agotamiento.

—Espero que no esté muy cansado. Al traernos la cena, una de las hermanas me ha comunicado que sor Carmen agoniza; posiblemente no pase de esta noche. Lleva enferma mucho tiempo y está muy mayor. Ya han mandado recado a sus familiares, que a más tardar estarán aquí mañana o pasado.

Los familiares que llegaron a media mañana del día siguiente fueron sus tíos Juan y Ascensión. Margarita, que no podía saber que su hijo estaba allí, pretextó tener que quedarse a atender la cocina para no ir con ellos cuando sus hermanos intentaron convencerla de que ella también debía ir a despedir a su abuela.

—Además, no la conozco. No, no iré. No me parece apropiado.

Si hubiese sabido esa noche que la anciana decrepita que estaba a punto de ayudar a morir en gracia de Dios era su bisabuela Fátima, hubiese sentido algo más de entusiasmo al conocer la noticia de que no podía marcharse a la cama; y, durante la noche, cuando ella habló y habló hasta segundos antes de su muerte, le hubiese prestado atención a todo lo que la moribunda sacó de su conciencia con voz desmayada y firme propósito de enmienda. Pero no lo hizo. Quizás fue mejor así, aunque eso no lo consoló al día siguiente, ni impidió que se sintiese mal cuando sus tíos, después de dar gracias al cielo por que la abuela Fátima hubiese estado acompañada por Luis en sus últimos momentos, le preguntasen por sus últimas palabras, sus últimas voluntades, sus últimas indicaciones...

¿Cómo explicarles a sus tíos que él no había visto antes de aquel día a la bisabuela Fátima y que, por lo tanto, le había sido imposible reconocerla?, ¿que él, la noche antes, se encontraba al borde de la extenuación cuando aquella pavesa humana empezó a monologar a media voz? Luis solo podía guardar silencio cuando Juan y Ascensión le preguntaban. Por fortuna para él, el padre Cristóbal, celoso guardián de los sacramentos de Cristo, salió en su auxilio.

—Todo lo que la hermana Carmen nos contó anoche es secreto de confesión; espero que lo comprendan.

El padre Cristóbal no estaba del todo seguro de si Luis había llegado a escuchar algo de lo que le había contado la anciana hermana. A pesar de que incluso lo había oído roncar en un par de ocasiones, hubo largos ratos en los que, en el engañoso parpadeo de la única vela, le pareció que el muchacho entreabría los ojos y prestaba atención.

—¿Qué tengo que hacer yo, padre?

—Acompañarme hasta que el alma de la hermana ya no nos necesite. Si va a ser sacerdote, esto le ayudará a curtirse, y si no lo va a ser, tampoco le vendrá mal la experiencia.

La celda de la anciana olía a atmósfera estancada, a linimento casero y a orín. El padre

Cristóbal parecía acostumbrado; a Luis, sin embargo, le llevó un rato relajar los músculos de la cara que había contraído por el asco. La anciana era un saco de huesos sujetos por muy escasa carne y cubiertos por una macilenta y reseca piel.

La hermana Carmen ya susurraba cuando ellos entraron, y así estuvo toda la noche, incansable, regurgitando el veneno que había ido acumulando durante su interminable vida, hasta que expiró momentos antes de rayar el alba.

—Lleva así más de dos horas, padre. «Confesión, confesión, que venga el padre Cristóbal», es todo lo que dice.

—Está bien, puede marcharse, hermana. Si necesitamos algo, le mandaré a mi nuevo ayudante.

A Luis le pareció observar una mueca irónica en la cara del padre al decir esto último, pero no pudo asegurarlo; la claustrofóbica celda estaba casi en tinieblas. Una temblorosa vela, de pie en su palmatoria, se erguía, apenas eficaz, como una solitaria e incapaz combatiente contra la maraña de sombras que las gruesas paredes y la noche tejían a su alrededor.

Había una sola silla, que el padre Cristóbal tomó para sentarse junto a la cabecera del camastro. Él, como ya era costumbre entre ellos, permaneció de pie, junto a la puerta. Después de un rato, pediría permiso para sentarse en el suelo, a los pies del catre, en un rincón a oscuras, donde aprovecharía a lo largo de la interminable noche para echar alguna que otra incómoda cabezada. Entre sueño y sueño, cada vez que el abuso de una postura o el frío que se colaba por todas las rendijas de la celda lo despertaban, tan solo acertaba a oír el runrún de la monótona voz de la moribunda anciana. La voz, que tenía sobre él un milagroso poder narcótico, lo acunaba de nuevo hasta el siguiente sueño con la eficacia del más potente de los láudanos que él jamás hubiese visto preparar.

La hermana Carmen, Fátima, había empezado su interminable confesión por la parte que para ella resultaba más fácil, no así menos dolorosa. Sin embargo, el poder contar esta vez con la buena voluntad con que había actuado le hizo algo más llevadero el dolor de admitir que fue ella la causante de la locura de su único hijo al desvelarle cómo le había engañado, cómo le había hecho creer que Margarita no era hija suya. Luego, y siempre retrocediendo desde este último, había ido desgranando todos los pecados mayores que en su vida había cometido, pues se dijo para sí que no valía la pena entretenerse en nimiedades, teniendo como tenía tantos pecados mortales por confesar.

Confesó haber acechado en los tres partos de sus nietos para matarlos y hacerlos desaparecer si estos nacían negros o mulatos, pues sabía perfectamente que su hijo Alonso no era blanco, aunque a simple vista lo pareciese. Confesó que, al no poder matar a Margarita, la tercera de sus nietas, que sí nació prieta, mató a la madre. Su nuera Inés, una santa mujer a la que Dios sin duda habría reservado un lugar especial a su lado. Confesó que, luego del homicidio, inventó una violación que no había tenido lugar para justificar que la niña tuviera rasgos negroides. Confesó haber empujado a su hijo y a su nieto al asesinato de un pobre negro que ayudaba a Inés en las duras tareas de un huerto que tenía la pareja. Confesó haber odiado a la pobre Margarita por haber nacido y sobrevivido, recordándole, con su sola presencia, el pecado cometido y su cobardía. Y que por eso, por no poder soportar la presencia de su nieta y por las culpas que en ella despertaba, había tomado los hábitos, y no por vocación..., aunque sí era cierto que, al cabo de

los años, había llegado a amarlos y que, también por ese motivo, una vez ordenada después de sus años de novicia, había tomado el nombre de Carmen, pues su nieta había nacido en ese señalado día y, por creerla hija del pecado, su hijo Alonso le negó tan bello nombre. Por último, confesó haberle sido infiel a su querido esposo, pecado nimio si se lo compara con todos los demás, pero que, por ser el germen de toda la maldad que vino después, quiso explicarlo con detalle y largueza.

—Padre, yo tenía tan solo dieciséis años. Era además muy bella y, por tanto, muy deseada por todos los mozos de mi aldea. Mis padres vieron en mi belleza una manera de salir de la miseria y me casaron con un hombre pudiente, pero muy mayor... No le voy a mentir, padre, yo tampoco deseaba casarme con ninguno de aquellos pelagatos que andaban todo el santo día babeando por mí. No, señor, no lo deseaba, pero sí deseaba sus cuerpos atléticos y flexibles, duros y fibrosos. Aun así, con mucho esfuerzo, me mantuve pura hasta el día de mi boda con Arnaldo.

»Lo cierto y verdad es que yo esperaba que, aunque viejo, mi marido me hiciese vibrar de placer en la noche de bodas. No fue así, y yo me dije que aquel simulacro mecánico, más cerca de un ejercicio gimnástico que de un acto carnal propiamente dicho, no podía ser el volcán arrasador del que hablaban todas mis amigas y conocidas que estaban ya casadas y por el que yo llevaba esperando tanto tiempo.

»En fin, padre, lo que pasó, el acontecimiento que desencadenó todo lo que vino después, fue que mi marido se obstinó en llevarme a conocer el mar y, no contento con eso, se empeñó también en embarcarnos en un viajecito de ida y vuelta a San Sebastián. Yo, que nunca había salido del pueblo y de nuestro ambiente, me sentí de pronto pequeñita y frágil, expuesta a un montón de cosas nuevas y tentadoras que me asediaban en cada cruce del camino y que me hacían vibrar, sin yo quererlo, sin pedir permiso, muy dentro del alma. En un momento, casi de la noche a la mañana, dejé de ser provinciana y estrecha de miras y me convertí en una dama cosmopolita y sabia que se atrevía con todo, o eso pensé entonces. No pretendo con esto excusarme por lo que hice, pero lo cierto y verdad es que, si mi marido no se hubiese empeñado en que hiciésemos aquel viaje, si yo nunca hubiese salido del laberinto de un solo camino que se enmarañaba con simpleza entre Malcocinado y La Cántara, jamás en la vida me habría atrevido a hacer lo que hice; es posible que ni tan siquiera hubiese sentido la tentación de soñarlo... En fin, de nada vale ya.

»El caso es que una mañana, ya en el viaje de regreso, atracamos en Faro. Yo pretexté encontrarme mal para no tener que acompañarle a ver no sé qué iglesia de no sé qué estilo arquitectónico en la ciudad. Lo cierto y verdad es que yo había visto embarcar esa misma mañana, mientras desayunábamos en cubierta, a tres caballeros, uno de ellos bastante enfermo, y a un cafre que les servía de asistente. El cafre sería de mi edad, quizás algún año más joven..., con los negros nunca se sabe, ellos no llevan el mismo ritmo de envejecimiento que nosotros. La cosa es que el joven cafre era un animal muy bello. Su piel morena, perlada por el sudor, brillaba bajo el sol haciendo espejear los haces de luz que alcanzaban sus músculos en tensión. Y algo dentro de mí, algo físico y verdadero como el sol de cada día, se desató en alguna parte de mi cuerpo, provocando un chasquido tan limpio y sonoro como el que produce una rama seca que se desgaja del árbol al que estaba prendida antes de caer al vacío y perderse para siempre. Yo también me perdí, desde ese día y para siempre.

»Lo cierto y verdad, padre, es que yo lo malicié todo desde un principio. Me convencí de que, si conseguía meterlo al camarote, luego él no se atrevería a contar nada por puro miedo, y así lo hice. Aceché el pasillo por la puerta entreabierta de mi recámara, y cuando lo vi pasar camino de cubierta con algo entre las manos, esperé, muerta de nervios, su regreso apostada en medio del pasillo. Lo que portaba era una jofaina que seguramente había ido a llenar de agua a cubierta. Lo detuve con un gesto de mis manos, le quité, casi tuve que arrancarle, la jofaina y pasé al camarote indicándole con un gesto de la cara que debía seguirme. Él me miraba confundido, con los ojos muy abiertos, y me hablaba. Creo que usaba el portugués para comunicarse, un portugués raro que mezclaba caprichosamente con algún otro idioma. El caso es que yo no le entendí nada. Dejé la jofaina en el suelo y tranquilé la puerta, me saqué el camisón por la cabeza y él enmudeció.

»Yo pensaba que era imposible que él pudiese abrir los ojos más de lo que ya los tenía, pero me equivoqué. Como no se decidía, yo misma lo desvestí. Él se estaba muy quieto al principio, aunque lo cierto y verdad es que casi no tuve que hacer nada por animarlo..., usted ya me entiende, padre. Su animalito cobró vida antes incluso de que sus raídos pantalones se posaran sobre el suelo. Lo empujé sobre la cama y lo cabalgué, primero rozándome contra su miembro, luego con él dentro. Noté cómo se venía dentro de mí, pero yo no podía parar. Además, al contrario que mi viejo marido, el muchacho seguía tan duro como antes de vaciarse. Sentía que algo en mí cobraba vida o, mejor dicho, que despertaba a ella. Recordando aquel momento, no puedo evitar pensar que así debió sentirse Eva, nuestra madre común, cuando Adán la penetró por primera vez, joven, bella, plena de vida. ¿Cómo no creerse con fuerzas para revelarse contra Dios y proclamar que la propia creación de ese Dios venido a menos ha crecido hasta hacerse más poderosa que su creador?, ¿cómo no hacerlo cuando una puede llegar a sentirse así?

»Cuando ya no pude más, me desplomé sobre él. Sudábamos. Es curioso, padre, pero justo en aquel momento pensé que no éramos distintos en absoluto, aquel joven cafre y yo. Que los dos éramos obra de un mismo Creador, y que cuando ese Dios al que acababa de desafiar dijo que nos había hecho a su imagen y semejanza, no se refería al aspecto exterior, sino a nuestra alma. Lo besé, padre. Lo besé llena de amor y agradecimiento. Su saliva me supo mejor que el más exquisito de los manjares. Por un momento estuve dispuesta a dejarlo todo y a fugarme con mi salvador, con mi Adán. ¿Qué habrá sido de él? ¿Qué vida habrá llevado? Yo, pensé ese día y muchos de los que le siguieron después, habría sido una esclava como él, a su lado, y no me habría importado en absoluto. No me habría importado ser una esclava todo el día si cada noche él me hubiera hecho sentir esa otra clase de esclavitud, esa contra la que no se lucha, esa que más bien se desea. La esclavitud no del amor, sino del deseo, si cada noche él me hubiera hecho sentir esclava de su ser. Si cada noche me hubiese hecho sentir como Eva. Como la carne de Eva.

»Estuvimos un rato más así, pero enseguida a él le entraron las prisas y no paraba de hablar en su idioma de cafre, o en portugués, no sé. Se incorporó despacio, aún dentro de mí, para enseguida, apartándome con delicadeza, salirse de mí todavía enhiesto. Se vistió con rapidez, cogió la jofaina y se dispuso a salir del camarote, indicándome con la vista que debía abrirle la puerta cuanto antes. Yo sabía que se tenía que marchar; tan solo quería retenerlo el mayor tiempo posible junto a mí. Otro instante, otro minuto más; lo imposible: que se quedase en mi vida para siempre. No, eso no podía ser, yo lo sabía.

»Desatranqué la puerta con las manos temblando, fingiendo una torpeza suprema que retrasase aún más el momento de liberarlo. Con el paso por fin franco, inventé una última excusa que lo retuviera otro infinito segundo. Me señalé el pecho y, mordiéndome el labio inferior para exagerar el principio de mi nombre, pronuncié «Fátima». Entonces, posé mi dedo en su pecho de ángel y él, con una voz casi humana, dijo: «Dionisio». Luego se marchó.



*La carne de Eva*  
Casaseca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Casaseca, 2015

© de la imagen de portada, José Antonio Casaseca Díaz, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13659-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.,  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

## Biografía



Casaseca es un señor muy casado que lleva años empeñado en criar un par de niñas, y que tuvo la puntería de nacer en Badajoz allá por el 69.

Este tipo sin nombre y con un solo apellido, al que parece habersele posado en la cara un niño arrugado, está tratando ahora de rascarse una viruela de esas que va trayendo la edad, pero que se incuban toda una vida, dedicando los tiempos que antes invertía al esparcimiento, a parir literatura.

De momento, su malsana e incontrolable imaginación ha regurgitado *La carne de Eva*, aunque ya ha amenazado con no pararse aquí.

Solo el tiempo dirá cómo evoluciona el enfermo, desde aquí, desde la cómoda poltrona de lector, únicamente nos resta desearle que no se cure todavía.

SAUTIER

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

[Los dados del Señor](#)

Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil

[Béndelet](#)

Juan Antonio Caro Cals

[El misterio de tu caligrafía](#)

Víctor García Barquero

[Luz de otoño](#)

Antonio Asúnsolo

[Cortando el aire](#)

Pilar Laura Mateo Gregorio

[Ahora](#)

Juan Fernando Ramírez Custodio



**CASASECA**



**La carne  
de Eva**

**Click**  
EDICIONES